

# EL CIRCO GALLIANO

Enid  
Blyton



Lectulandia

Para Jimmy Brown es un sueño hecho realidad cuando su padre consigue un trabajo como carpintero para el Sr. Galliano, y Jimmy y sus padres salen de su casa para vivir en una caravana y viajar, de lugar en lugar con la gente del circo.

Lectulandia

Enid Blyton

# El circo Galliano

Circo Galliano - 1

ePub r1.0

Titivillus 10.02.2019

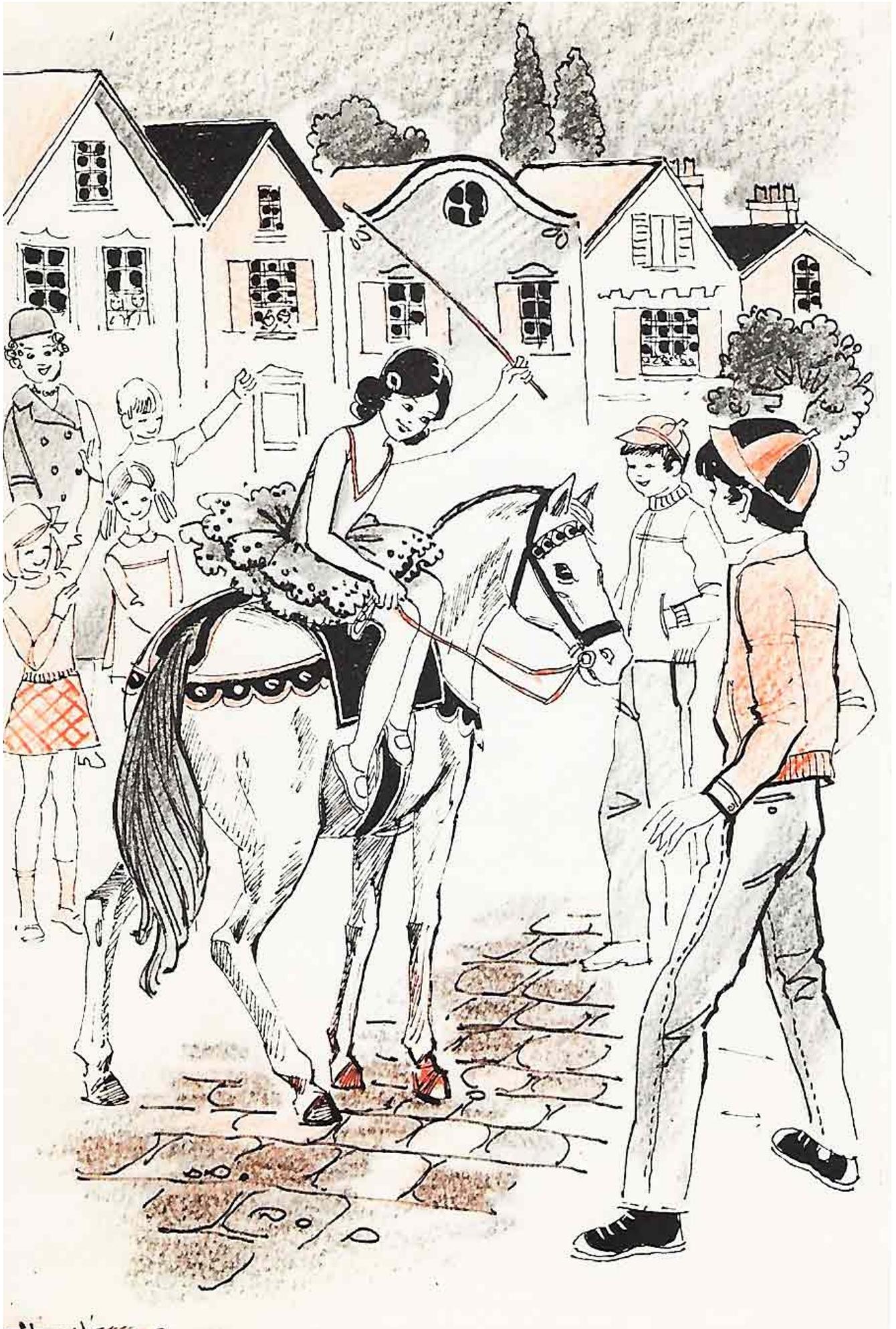
Título original: *Mr Galliano's circus*  
Enid Blyton, 2018  
Traducción: María Quadras  
Ilustraciones: José Correas

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---





## CAPÍTULO PRIMERO

# EL CIRCO LLEGA A LA CIUDAD

Una mañana, justo cuando Jimmy Brown dejaba sus libros al terminar la clase, oyó gritar en el exterior:

—¡Ya llega el circo!

Todos los chicos miraron desde sus pupitres excitados. Sabían que el circo tenía que llegar a la ciudad y esperaban que el desfile con sus carromatos, sus jaulas y los caballos pasaría por las calles cuando ya hubieran salido de la escuela.

—¡Vamos! —chilló Jimmy—. ¡Ya se oye el ruido de los cascos de los caballos! ¡Adiós, señorita White!

Los chicos se despidieron de su maestra y salieron corriendo a la calle para contemplar la llegada del circo. Justo a tiempo. Una hilera de preciosos caballos negros encabezaba el desfile, y en el de delante iba montado un hombre vestido de rojo que tocaba un cuerno. ¡Era estupendo!

Luego seguía una carroza que parecía de oro, en la cual iba sentado un hombre guapo, algo grueso, y a su lado una mujer redondita vestida de seda de color rosa.

—Ese hombre es el propietario del circo —dijo alguien—. Es el señor Galliano... Y la que va con él es su mujer. ¡Caramba, parecen muy elegantes!

El señor Galliano se quitaba el sombrero continuamente para saludar a la gente y a los chicos que le rodeaban. Actuaba como si fuera un rey. Llevaba un bigote muy fino, con las puntas caídas hacia abajo, y su sombrero era negro y reluciente. A Jimmy le pareció espléndido.

Luego venía un grupo de caballos blancos, y en el primero, conduciendo a los otros, iba una linda niña vestida con un reluciente traje blanco. Tenía el cabello oscuro y rizado, y sus ojos eran tan azules como las nomeolvides de los jardines de las casitas de las cercanías. Al ver a Jimmy le hizo una mueca y le dio un ligero latigazo. Le tocó en la muñeca, sobresaltándole.

—¡Eres muy mala! —gritó Jimmy.

Pero la niña se echó a reír y le sacó la lengua. El muchacho se olvidó en seguida de ella cuando vio lo que seguía en el desfile. Era un payaso vestido de rojo y negro que llevaba un sombrero alto y puntiagudo; y no caminaba como todo el mundo... no, lo que hacía era avanzar dando vueltas sobre sí mismo con las manos y los pies, apoyándose primero en las manos y después en los pies, y luego otra vez en las manos.

—Eso se llama hacer la rueda —dijo Tommy, que estaba al lado de Jimmy—. Tiene gracia, ¿verdad? Fíjate, es igual que la rueda de un coche, dando vueltas y

vueltas sin parar.

De pronto el payaso se puso en pie y se quitó el sombrero, luego volvió a poner las manos en el suelo y los pies hacia arriba, con el sombrero encima. Entonces se puso a caminar muy aprisa sobre las manos de manera que los pies parecían la cabeza con el sombrero puesto. Todos los chicos reían a carcajadas.

Luego venía una larga sarta de carromatos pintados de alegres colores. A Jimmy le encantaban. Había uno rojo, con ventanitas, cuyas cortinas agitaba el viento. También había uno azul y otro verde. Todos tenían pequeñas chimeneas por las que salía el humo que luego quedaba atrás, flotando en el aire.

—¡Cuánto me gustaría vivir en una de estas casitas con ruedas, y andar por carreteras y ciudades y pasar las noches en medio del campo! —suspiró Jimmy.

Los caballos que tiraban de estos carromatos no eran tan bonitos como los negros y los blancos que encabezaban el desfile. Jimmy casi no tuvo tiempo de mirarlos porque grandes gritos resonaron en la calle:

—¡Ahora viene el elefante!

Y así era. Se acercaba majestuosamente, arrastrando tres jaulas tras él. Parecía no notar el peso en absoluto, porque era tan fuerte como veinte caballos. Era un animal enorme, con una larga trompa que se balanceaba, y al llegar delante de Jimmy la dirigió hacia él como si quisiera darle la mano para saludarle. Jimmy se puso muy contento, y sintió no tener una galleta o un bizcocho para dárselo al elefante.

El enorme animal siguió pesadamente su camino, arrastrando las jaulas. Dos de ellas estaban completamente tapadas, así que no se veía a los animales que iban en su interior, pero la tercera estaba abierta por un lado y Jimmy pudo ver a tres monos. Estaban uno al lado del otro sobre una barra horizontal, vestidos con chaquetas rojas, y miraban a los niños y a los mayores que les rodeaban, observándoles con ojos inquisitivos y penetrantes.

—¡Mira! Allí hay otro mono... en el hombro de aquel hombre —dijo Tommy.

Jimmy miró hacia donde señalaba su amigo y vio que en el escalón de la jaula de los monos había un hombrecillo con el rostro casi tan arrugado como el mono que llevaba encima del hombro. El animalito se abrazaba fuertemente a él, rodeándole el cuello con sus flacos bracitos. Al pasar por delante de los chicos cogió el sombrero que el hombre llevaba en la cabeza y lo agitó para saludar a los niños y niñas.

—¿Has visto? —dijo Jimmy, encantado—. El mono le ha quitado el sombrero de la cabeza y nos ha saludado. ¡Fíjate! Ahora se lo pone otra vez en la cabeza. Es graciosísimo.

El desfile terminó por fin y todos los caballos, jaulas y carromatos fueron a parar al campo del colono Giles, donde debía quedar instalado el circo. Los chicos regresaron a sus casas pensando en todo lo que habían visto y deseosos de ir a ver el circo que debía abrirse el miércoles.

Jimmy se lo contó todo a su madre, y también a su padre. El padre de Jimmy era carpintero y hacía casi un año que no tenía trabajo. Esto le apenaba mucho, porque

era un buen trabajador y le disgustaba que su mujer tuviera que pasarse el día barriendo y fregando para ganar algún dinero.

—A mí —dijo el chiquillo cuando acabó de comer, y deseando que todavía quedara algo más para tomar— me gustaría mucho ir a ver este circo.

—Ya sabes que no puede ser, Jimmy —dijo su madre—. Es mejor que no pienses más en esto.

—Ya lo sé, mamá —dijo alegremente Jimmy—. No te preocupes. Aunque no pueda ir a ver el circo iré a mirar a los animales y al payaso y a todas las cosas en el campo.

Aquella tarde, al salir de la escuela, Jimmy se deslizó por debajo de la cuerda que rodeaba el circo y se paseó entre las jaulas y carromatos mirándolo todo. Al principio le gritaron que se marchara; luego fue el propio señor Galliano quien se le acercó con su bigote erizado por el enfado para decirle que se fuera de allí.

Jimmy se asustó entonces, pero en el momento en que iniciaba la retirada oyó una voz que le llamaba desde un carromato. Volvió la cabeza para ver quién era y vio a la niña de cabellos rizados.

—¡Hola, chico! —le dijo—. Ayer te vi mientras mirabas nuestro desfile. ¿Vendrás a la función mañana por la noche?

—No —respondió Jimmy—. No tengo dinero. Oye... ¿podría mirar un poco dentro del carromato? ¡Parece tan bonito!

—Sube por la escalera y mira todo lo que quieras —dijo la niña.

Jimmy subió por la escalerita instalada en la parte trasera del carromato y miró hacia el interior. Había una cama en el fondo, junto a la pared de madera, y un fogón negro, encima del cual hervía un puchero. También había una mesa pequeña, un taburete y una silla, y estantes llenos de cosas diversas y una alfombra de alegres colores en el suelo.

—¡Es estupendo! —dijo Jimmy—. No entiendo por qué la gente vive, en casas en vez de comprar carromatos.

—¡Yo tampoco! —dijo la niña.

Jimmy la miró y ella le hizo entonces una mueca horrible.

—Eres muy poco amable —dijo Jimmy—. Un día el viento cambiará, y tu cara te quedará fea para siempre.

—Eso es lo que te debe de haber pasado a ti —dijo la niña aguantándose la risa—. Por eso tienes esa cara tan rara.

—No es rara —dijo Jimmy—. Oye... ¿quieres decirme por qué me pegaste con el látigo ayer? Me hiciste daño.

—No quería hacerte daño —dijo la niña—. ¿Cómo te llamas?

—Jimmy —respondió él.

—Yo me llamo Lotta —dijo la niña—. Y mi padre se llama Laddo, y mi madre se llama Lal. Montan los caballos del circo y saltan de uno a otro. Yo también monto.

—¡Oh! —exclamó Jimmy, pensando que Lotta era verdaderamente muy lista—. Me gustaría venir a verte.

—Ven mañana a esta hora y te acompañaré por todo el circo y te lo enseñaré todo —dijo Lotta—. Ahora he de irme. Tengo que cocer las salchichas para la cena. Lal se enfadará cuando vuelva si no las encuentra cocidas.

—¿Le llamas Lal a tu madre? —preguntó Jimmy sorprendido.

—Claro que sí —dijo Lotta sonriendo—. Y a mi padre le llamo Laddo. Todo el mundo lo hace. Adiós, hasta mañana.

Jimmy regresó a su casa muy excitado. ¡Pensar que al día siguiente le llevarían de un lado a otro por el campamento del circo y podría verlo todo de cerca! Era mucho mejor que poder asistir a la función.

## CAPÍTULO II

# JIMMY SE HACE AMIGO DE LA GENTE DEL CIRCO

Al día siguiente por la tarde, en cuanto se terminó la escuela, Jimmy echó a correr hacia el campo donde estaba instalado el circo. Habían levantado la gran carpa donde tendría lugar la función aquella noche. Toda la gente del circo había estado atareada durante el día para tenerlo todo dispuesto para la noche.

Jimmy buscaba a Lotta. El hombrecillo propietario de los monos se acercó a Jimmy.

—¡Márchate en seguida a tu casa! —le dijo—. ¡Vete! ¡No queremos chicos aquí!

—Pero... —empezó a decir Jimmy.

—¡Cómo! ¿Te atreves a desobedecer al gran Liliput? —dijo el hombrecillo, corriendo hacia Jimmy.

Éste no sabía qué era lo que podía sucederle, pero una voz gritó desde el carromato cercano:

—¡Liliput! ¡Liliput! ¡Es un amigo mío! ¡Déjalo!

El hombrecillo dio media vuelta y saludó.

—Perdona —dijo—. Desde luego, cualquier amigo tuyo será bien recibido aquí, querida Lotta.

—No seas tonto, Liliput —dijo la niña, saltando del carromato y corriendo hacia Jimmy—. Éste es Jimmy. Y éste es Liliput, Jimmy. Tiene monos. ¿Dónde está «Jemima», Liliput?

—Por aquí debe de rondar —dijo Liliput—. ¡«Jemima», cariño! ¡«Jemima», cariño! ¡Ven aquí!

Una mona pequeña de ojos brillantes saltó de un carro y corrió hacia ellos a cuatro patas, luego se abalanzó sobre Liliput, saltó sobre su hombro y le puso los brazos alrededor del cuello.

—Es «Jemima» —dijo Lotta—. Es la mona más simpática del mundo..., ¿verdad, Liliput?, y la más lista.

—Es verdad —dijo Liliput—, es listísima. Mira, «Jemima»... allá está «Nobby». ¡Ve a montarlo, corre!

La mona dejó oír un pequeño chasquido, saltó al suelo y corrió sin hacer ruido hacia un perro grande de color castaño que estaba husmeando por el campo y saltó sobre su espalda, se agarró a su collar y empezó a dar saltitos arriba y abajo para que se pusiera en marcha. Jimmy se desternillaba de risa.

—Ven conmigo —dijo Lotta, deslizando su desnudo brazo moreno en el de Jimmy—. Vamos a ver al payaso.

El payaso vivía en un carromato bastante descuidado, completamente solo. Estaba sentado delante de la puerta, dando brillo a unos zapatos negros que pensaba llevar aquella noche. No parecía un payaso. Iba sin pintar y llevaba un sombrero viejo y deslucido. Pero resultaba muy gracioso.

—¡Caramba, caramba! —dijo al ver llegar a Jimmy—. Aquí está el Príncipe de Quién Sabe Dónde, tan cierto como yo me estoy tomando mi desayuno.

El payaso se puso en pie y saludó cortésmente. Jimmy se echó a reír.

—No es verdad que esté tomando su desayuno —dijo.

—En ese caso no puedes ser el Príncipe —dijo el payaso—. Esto lo demuestra... no puedes ser el Príncipe.

—Claro que no —dijo Jimmy—. Me llamo Jimmy Brown, ¿y usted?

—Me llamo Stanley Pegajoso, y soy famoso en todo el mundo —dijo con orgullo el payaso dando un nuevo restregón al zapato.

—¡Qué nombre tan raro! —dijo Jimmy—. ¿Por qué te has puesto el nombre de Pegajoso?

—Porque yo me pego a mi trabajo y mis compañeros se pegan a mí —dijo Stanley.

Luego saltó de su carromato y empezó a cantar una canción al mismo tiempo que hacía juegos malabares con sus dos zapatos, el cepillo y la caja de betún, tirándolos al aire y recogiénolos hábilmente uno después de otro y volviéndolos a tirar al aire cada vez a mayor altura.

Jimmy lo miraba y parecía que los ojos estuvieran a punto de saltarle. ¿Cómo era posible hacer eso? El payaso recogió todos los objetos hábilmente con una sola mano, dio dos o tres saltos mortales y aterrizó con un ruido sordo en el interior del carromato.

—¿Verdad que es simpático? —dijo Lotta—. Siempre está así. Ahora ven a ver al elefante. Es estupendo.

El elefante estaba solo en una tienda muy alta, comiendo heno con satisfacción. Una de sus patas estaba atada a un sólido poste.

—Pero no hay necesidad de atarlo —dijo Lotta—. Nunca se le ocurriría escapar. ¿Verdad que no, «Jumbo»?

—¡Rrrumf! —dijo «Jumbo», y levantó su trompa para coger uno de los rizados de Lotta.

—¡No seas malo, «Jumbo»! —dijo Lotta apartando la trompa—. Mira, éste es Jimmy. Di Jimmy, «Jumbo».

—¡Rrrumf! —dijo «Jumbo», y lo dijo tan alto que la corriente de aire hizo volar el gorro de Jimmy. El elefante bajó la trompa, atrapó el gorro del suelo y lo volvió a poner en la cabeza del asombrado Jimmy.

—¡Rrrumf! —dijo «Jumbo» nuevamente, y volvió a tomar heno para comérselo.

—Es muy listo —dijo Lotta—. Sabe jugar al críquet tan bien como tú. Coge la maza con la trompa y golpea la bola cuando se lo dice su guardián, el señor Tonks. Ahora vamos a ver los perros.

Jimmy ya había oído a los perros mucho antes de verlos. Eran diez «terriers», todos iguales. Estaban en una jaula muy grande, ladrando y corriendo de un lado a otro. Tenían un aspecto limpio, sedoso y feliz. Cuando Jimmy acarició a uno de ellos, todos se apiñaron a su alrededor.

—Éste se llama «Dark», y éste «Níqquer», y este «Boy», y ésta «Judy», y éste «Punch», y éste... —empezó a decir Lotta. Pero Jimmy no podía distinguir un perro de otro. Estaba tieso allí, sin moverse, dejando que le lamieran las manos tan aprisa como podían.

—Los saco a pasear una vez al día —dijo Lotta—. Me llevo a cinco cada vez. Tengo una correa larga y cada uno va atado a ella con otra correa más corta, así puedo con los cinco. Pero dan muchos tirones...

—¿Qué hacen en el circo? —preguntó Jimmy.

—Oh, muchas cosas diferentes —dijo Lotta—. Saben andar sólo con las patas de detrás y algunos saben bailar dando vueltas y vueltas siguiendo el compás de la música. Ésta, «Judy», sabe saltar a través de un aro puesto a la altura de mi cabeza. Es muy lista.

—Me gusta «Judy» —dijo Jimmy dejándose lamer los dedos por la perrita de color de arena—. ¿Cómo hacen para enseñar a los perros, Lotta? ¿Los castigan si no lo hacen bien?

Lotta miró a Jimmy horrorizada.

—¡Castigarlos! —dijo—. Ya veo que no sabes lo que es un circo, Jimmy. Todos nosotros sabemos que ningún animal trabajaría bien si no les tuviéramos cariño y los tratásemos bien. Si el señor Galliano viera a alguien pegando a un perro o a un mono lo despediría en seguida. Todos queremos a nuestros animales, los alimentamos bien y los cuidamos. Entonces están tan contentos y nos quieren tanto, que disfrutan actuando y trabajando con nosotros.

—A mí también me gustan los animales —dijo Jimmy—. Y nunca les haría daño, así que no me mires de ese modo, Lotta. Lo que más me gustaría sería tener un perro... pero mi padre no podría pagar la licencia, así es que nunca lo tendré. ¡Me gustaría mucho estar en un circo!

—Y a mí me gustaría que pudieras estar en este circo —dijo Lotta—. Casi siempre hay niños en los circos..., pero aquí soy la única niña y muchas veces estoy muy sola.

—¡Oh! ¡Mira! ¿Quién hay allí? —dijo Jimmy de pronto, señalando a un hombre que estaba haciendo las cosas más extraordinarias sobre una ancha alfombra, fuera del carronato.

—Es Oona, el acróbata —dijo Lotta—. Se está entrenando para esta noche. ¡Oona! ¡Éste es un amigo mío! ¿Dónde está tu escalera? ¡Súbela con las manos y

quédate en lo alto cabeza abajo para que lo vea Jimmy!

Oona les estaba mirando en aquel momento por entre sus piernas, en una posición muy rara. Les sonrió, enseñando los dientes, y se puso en pie.

—¡Hola, jovenzuelo! —dijo—. ¡Así es que quieres ver mis trucos antes de venir al circo esta noche!

—No vendrá —dijo Lotta—. Por favor, haz lo mejor de tu repertorio para él, Oona.

Oona era un muchacho fuerte y esbelto, con un enmarañado cabello rubio. Sacó de su carromato una escalera y la colocó en el suelo; luego dio algunas volteretas en la alfombra y empezó a subir los peldaños de la escalera apoyándose solamente en las manos y agitando las piernas en el aire. Una vez estuvo en lo alto de la escalera, permaneció quieto apoyado solamente en la cabeza y Jimmy abrió desmesuradamente los ojos como si no pudiera creer lo que veía. Oona se dio un ligero impulso y fue a caer a los pies de Jimmy.

—¡Ya está! —dijo—. ¡Es tan fácil como guiñar el ojo! Pruébalo tú mismo, jovencito.

—¡Oh, es imposible! —dijo Jimmy—. Ni siquiera sé caminar con las manos.

—«Eso» sí que es fácil —dijo Lotta.

Y con gran sorpresa de Jimmy, se tiró hacia adelante con ligereza y caminó algunos pasos sobre sus manos.

—¡Me gustaría mucho saber hacer eso! —dijo Jimmy—. Todos los chicos de la escuela se quedarían pasmados.

—Pruébalo —dijo Lotta—. Yo te aguantaré las piernas hacia arriba hasta que sepas aguantar el equilibrio. De un modo u otro, Jimmy consiguió sostenerse sobre las manos mientras Lotta le aguantaba los pies hacia arriba.

—¡Camina... camina sobre tus manos! —le gritaba—. Sigue adelante yo te sostengo las piernas en alto.

—No puedo —balbuceó Jimmy—. No puedo mover las manos... mi cuerpo pesa demasiado.

Lotta empezó a reír; reía tanto que soltó las piernas de Jimmy y el chico se encontró tumbado en el suelo, aplastado en la hierba, y riendo también.

—De momento servirías para payaso, pero no para acróbata —dijo Oona riendo—. Ahora, marchaos..., necesito entrenarme.

—Debo ir a ayudar a vestir a Lal para esta noche —dijo Lotta a su compañero mientras se alejaban—. Adiós, Jimmy. Vuelve mañana.

Jimmy echó a correr hacia su casa con la cabeza llena de elefantes, monos y perros, y gente que se paseaba cabeza abajo caminando sobre las manos. ¡Cuánto le gustaría formar parte del circo!



### CAPÍTULO III

## JIMMY APRENDE LAS COSAS DEL CIRCO

Todos los días iba Jimmy al campo en donde estaba el circo para ver a Lotta y escuchar lo que ella le contaba. Era una niña vivaracha, de buen corazón, pero rebelde y traviesa, y sabía hacer las muecas más horribles que Jimmy hubiera visto nunca. También pellizcaba muy fuerte, y Jimmy pensó que no había derecho, ya que él no la pellizcaba nunca.

El circo tenía éxito, y todas las noches se llenaba del público de la ciudad, y como el espectáculo era realmente bueno, muchos iban tres o cuatro veces. El señor Galliano llevaba su gran sombrero tan ladeado que Jimmy se extrañaba de que no se le cayera.

—Cuando Galliano lleva el sombrero hacia un lado es señal de que el circo está ganando mucho dinero —le dijo Lotta—. Pero cuando lo lleva bien puesto, en medio de la cabeza, sabes que las cosas no marchan bien. Entonces se pone de muy mal humor y cuando lo veo venir me escondo debajo del carromato. Nunca había visto el sombrero tan ladeado como ahora.

Jimmy pensó que el circo era algo extraordinario. Incluso los sombreros parecían tomar parte en la excitación. El señor Galliano le daba un poco de miedo, pero a pesar de esto sentía simpatía por él. ¡Era un hombre tan imponente y su rostro estaba tan encarnado, y su bigote tenía un aspecto tan feroz! Casi siempre llevaba un látigo en la mano y lo hacía restallar a cada momento. Hacía un ruido semejante a un tiro de pistola y Jimmy se sobresaltaba cada vez que lo oía. Jimmy se fabricó él mismo un látigo tan largo como el del señor Galliano, pero por más que lo probó muchas veces nunca pudo hacerlo restallar.

Jimmy no tardó en conocer a toda la gente del circo. Pronto aprendió a distinguir a cada uno de los perros y los llevaba a pasear el sábado por la mañana, porque aquel día no tenían clase en el colegio. Lotta y él llevaban cinco perros cada uno. Resultaba difícil llevarlos ordenadamente. Los suyos se enredaban continuamente los unos con los otros, pero los de Lotta no. Los perros querían mucho a Jimmy y ladraban de contento al verle.

Cada día se encargaba de llevarles agua fresca, y también limpiaba su grande y aireada jaula y ponía serrín limpio. Le gustaba mucho que los perros corrieran junto a él, lamiéndole y alborotando.

A «Jumbo», el gran elefante, le llevaban dos veces al día a un río cercano para que bebiera agua. El señor Tonks era quien lo desataba y lo llevaba hasta allí. Un día

Jimmy le preguntó si se lo dejaba llevar a él para regresar al circo. El señor Tonks miró al chiquillo.

—¿Qué harías si se te escapara? —preguntó—. ¿Podrías cogerlo por la cola y arrastrarlo hasta el circo, o te lo cargarías sobre los hombros para traerlo?

Jimmy se echó a reír.

—Me parece que si se escapara tampoco usted podría volver a traerlo, señor Tonks —dijo—. Pero «Jumbo» no se escapará, ¿verdad? Aunque sea tan grande, es el animal más dócil que he visto. Mire como alarga su trompa hacia mi mano..., como si me pidiera que le acompañara yo.

—«Jumbo» no lo haría si no te tuviera simpatía —dijo el señor Tonks—. Acércate... pon el pie sobre mi mano y te ayudaré para que te montes encima de «Jumbo».

Esta invitación llenó de alegría a Jimmy, que en un segundo quedó instalado sobre el cuello del elefante. Tal como le dijo el señor Tonks, se sentó con las piernas cruzadas. El cuello del elefante era tan ancho que resultaba muy fácil. De este modo regresaron al circo. Entonces, con gran sorpresa de Jimmy, «Jumbo» levantó la trompa y rodeó firmemente con ella la cintura del niño, luego lo levantó en el aire y lo dejó suavemente en el suelo.

—¡Oooh! —dijo Jimmy estupefacto—. Muchas gracias, «Jumbo».

—¡Caramba! —dijo el señor Tonks, sorprendido—. «Jumbo» no hace esto a no ser con alguien a quien tenga una gran simpatía. Ahora es para ti un amigo de verdad. Tienes mucha suerte.

Desde entonces, Jimmy y «Jumbo» iban juntos cada día hasta el río; el chico encima de la cabeza del elefante. Jimmy guardaba parte de su pan con queso para «Jumbo», y el elefante ya lo esperaba cuando le veía llegar. A veces le rodeaba el cuello con la trompa y a Jimmy le hacía gracia. Le parecía una gran serpiente.

El único del circo por quien Jimmy no tenía simpatía era un hombrecillo de mirada torva que se llamaba Harry. Éste no sonreía nunca a nadie. Regañaba a Lotta y le tiraba del pelo cuando pasaba por su lado. Una vez Jimmy vio que intentaba pegar a «Jemima», la mona, cuando corría cerca de él.

—No me gusta Harry —le dijo Jimmy a Lotta—. Tiene una cara antipática, de mala persona. ¿Qué es lo que hace en el circo, Lotta?

—En realidad no pertenece al circo —dijo la niña—. Es lo que llamamos el hombre que sirve para todo... Hace todos los trabajos raros... coloca los bancos en la pista, arregla todo lo que no funciona bien, hace todas las cosas especiales que necesitamos. Siempre hay mucho trabajo para él. Tiene muy buenas manos... El señor Galliano no le despide por esto, pero tampoco le tiene mucha simpatía.

—Hace un momento he visto que quería pegar a «Jemima» —dijo Jimmy.

—También lo he visto yo —dijo Lotta—. Pero «Jemima» conoce bien a Harry. Le tiene manía... Una vez fue a buscar su caja de clavos y se llenó los mofletes con unos cincuenta clavos. Harry no podía encontrarlos por ningún lado... y «Jemima» los

llevaba en la boca. Yo vi como los cogía y tuve que esconderme debajo de nuestro carromato para que Harry no me viera reír.

Jimmy rió también.

—¡Bravo por «Jemima»! —dijo—. Bueno, pero es una lástima que os tengáis que quedar con Harry, Lotta. Si yo fuera el señor Galliano lo despediría en seguida... Siempre está gruñendo y de mal humor. Ayer me tiró su martillo.

—Oh, no te hubiera tocado —dijo Lotta—. Tiene mala puntería. De todos modos, Jimmy, no te pongas en su camino. Aunque no nos guste lo necesitamos... Sin él no podríamos instalar la lona del circo ni la pista... Además, es muy listo para hacer escaleras especiales y cosas por el estilo... y sabe componer los carromatos.

En aquel momento se acercó el señor Galliano con el sombrero más ladeado que nunca, y se dirigió hacia Jimmy. Había oído decir que el chiquillo sabía tratar estupendamente a los animales y esto siempre complacía al señor Galliano. Tenía cariño a todos los bichos, hasta a la diminuta ratita blanca, y Lotta le había explicado a Jimmy que una vez que uno de sus caballos estaba enfermo, el señor Galliano no se había movido de su lado durante cuatro noches y no había dormido ni un momento.

—Hola, chico —dijo—. ¡Ya vuelves a estar aquí! Tendrás un disgusto cuando nos vayamos, ¿verdad?

—Mucho disgusto —dijo Jimmy—. ¡Creo que la vida del circo es estupenda!

—No te gusta vivir en una casa, ¿verdad? —dijo el señor Galliano, que tenía la costumbre de acabar sus frases con una pregunta.

—Preferiría vivir en un carromato —dijo Jimmy.

—Y te gusta mi circo, ¿verdad? —dijo el señor Galliano retorciendo su enorme bigote y erizándolo más todavía.

—Nunca he visto el circo de verdad —dijo Jimmy—. No tengo dinero para poder ir a la función del circo por la noche. Pero conozco a todos los animales y a toda la gente de aquí.

—¡Cómo! ¡Este chico no ha visto nuestro circo, el mejor del mundo! —gritó el señor Galliano enarcando sus negras cejas hasta su rizado cabello—. Ha de venir esta noche, Lotta, ha de venir... ¿Verdad?

—Me gustaría mucho —dijo Jimmy, y enrojeció de alegría—. Muchísimas gracias.

—Dale esto al hombre de la taquilla —dijo el señor Galliano dándole una tarjeta en la cual estaba impreso su propio nombre—. Esta noche te veré bajo la lona, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo Jimmy, guardándose cuidadosamente la tarjeta en el bolsillo.

Lotta se puso muy contenta y estrujó el brazo de Jimmy.

—¡Esta noche nos verás a todos en la pista! —dijo—. Yo también montaré esta noche porque es sábado... No lo hago siempre, pero el sábado es una noche especial. ¡Ven temprano!

El niño corrió a su casa para la comida. Estaba terriblemente excitado. Todos sus compañeros de escuela habían visto el circo, pero él, Jimmy, tenía una entrada especial, una de las tarjetas del propio señor Galliano... y además conocía a toda la gente del circo. Conocía a todos los perros... ¡y había montado a «Jumbo»! ¡Había acariciado a «Jemima», la listísima mona! ¡Ah! ¡Aquella noche pasaría un rato estupendo!

—El circo empezaba a las ocho y duraba dos horas. Jimmy ya estaba en la puerta a las siete y cuarto, y entregó su tarjeta al hombre que estaba allí. Era uno de los que cuidaban de los hermosos caballos del señor Galliano.

—Con esta tarjeta puedes sentarte en donde te dé la gana —dijo, haciéndole una mueca—. ¡Caramba! El viejo Galliano estaba muy generoso esta mañana... Dar entradas gratis a quisquillas como tú.

—No soy un quisquilla —dijo Jimmy muy ofendido, porque era muy alto para su edad.

—Bueno, entonces puede que seas un camarón —dijo el hombre de la taquilla.

Jimmy pensó que toda la gente del circo era igual... Siempre se les ocurría una contestación oportuna. Tal vez cuando él fuera mayor también sabría inventar respuestas rápidas y graciosas..., pero para entonces el circo ya se habría marchado.

El niño penetró en el gran entoldado, iluminado con enormes luces. Todavía no había mucha gente. Alrededor de la gran pista roja del centro había numerosos bancos. El señor Tonks esparcía serrín por la pista silbando ruidosamente.

Jimmy escogió un asiento de primera fila y silbó para llamar la atención del señor Tonks. Éste fingió quedar muy sorprendido al ver a Jimmy allí.

—¡Hola, hola! —le dijo—. ¡Por lo visto alguien te ha dejado una fortuna! Es raro verte «a ti» aquí, en uno de los mejores asientos... ¡Qué modo de despilfarrar el dinero!

—No, no lo despilfarro —dijo Jimmy—. El señor Galliano me dio una entrada.

El entoldado se iba llenando de gente, y a las ocho no quedaba ni un sitio vacío. Jimmy pensó que el señor Galliano debía haber ganado mucho dinero aquella noche y se preguntó si no se le caería el sombrero, porque lo llevaba completamente de lado.

En uno de los extremos del circo había una entrada tapada por rojas cortinas. De pronto, las cortinas se apartaron y resonaron dos trompetas:

«¡Tan-tan-tará! ¡Tan-tan-tará! ¡Tan-tan-tará!».

¡El circo iba a empezar! ¡Qué divertido!

## ¡JIMMY VE EL CIRCO!

«¡Tan-tan-tará!». Cuando resonaron de nuevo las trompetas, seis hermosos caballos negros irrumpieron en la pista y empezaron a dar vueltas a la misma galopando graciosamente uno tras otro. El señor Galliano iba de un lado para otro con largos pasos. Iba vestido con un magnífico traje negro, con el sombrero completamente ladeado y sus bigotes tiesos como alambres.

Hizo restallar su látigo, y los caballos galoparon un poco más aprisa. Luego lo hizo restallar dos veces más y los caballos se detuvieron, dieron rápidamente media vuelta y galoparon en dirección contraria. Daba gusto verlos. ¡Cómo aplaudía la gente!

Tres de los caballos salieron de la pista. Los tres que quedaban siguieron galopando; parecían disfrutar mucho. El señor Galliano gritó algo y un organillo empezó a tocar música de baile.

Los tres caballos estaban gozando. La música les gustaba mucho. El señor Galliano hizo restallar fuertemente su látigo. Al momento, los tres caballos se levantaron sobre sus patas traseras y empezaron a balancearse siguiendo el compás de la música. Su piel brillaba como si fuera de seda. El látigo restalló de nuevo, y los caballos volvieron a poner las cuatro patas en el suelo y empezaron a galopar otra vez alrededor de la pista. Cada vez que la música tocaba determinados acordes, los caballos daban media vuelta y galopaban en dirección contraria.

La gente aplaudía a más no poder cuando los caballos se retiraron, y todavía no había cesado de aplaudir cuando el payaso Stanley Pegajoso penetró en la pista. Estaba muy gracioso. Llevaba la cara pintada de blanco, pero la nariz y los labios eran rojos, y tenía unas inmensas cejas postizas que subían y bajaban sobre la frente.

Llevaba una escoba en la mano y comenzó a barrer la pista... pero se cayó sobre la escoba. Al levantarse vio que sus piernas habían quedado enredadas una con otra, y al empezar a desenredarlas se dio cuenta de que la escoba había quedado enredada en ellas. Entonces, naturalmente, cayó otra vez sobre la escoba, y todo el mundo se rió a carcajadas.

Stanley dio varias volteretas, caminó sobre sus manos, llevó una sombrilla con un pie y dio la vuelta a la pista caminando sobre una gran pelota; e hizo tantas cosas graciosas, que a Jimmy le dolía el costado de tanto reír.

Luego salió Lal, la madre de Lotta, con los diez perros. Estaban preciosos, corriendo excitadamente alrededor de la pista, meneando la cola y haciendo resonar sus ladridos en el gran entoldado.

En la pista había diez pequeños taburetes, y Lal golpeó ligeramente uno de ellos.

—¡Arriba, arriba! —dijo a uno de los perros, y el animalito saltó con precisión sobre el taburete y se sentó.

Luego los demás hicieron lo mismo y permanecieron sentados y quietos en sus taburetes con las bocas abiertas, las lenguas colgando y meneando las colas.

Lal estaba magnífica. Llevaba un vestido corto y vaporoso de color rosa fuerte que brillaba y resplandecía como si fuera de fuego. En su cabello llevaba una guirnalda de flores que relucían también. A Jimmy le pareció maravillosa. Hasta entonces siempre la había visto vestida con un jersey viejo y una falda, pero ahora parecía salida del país de las hadas.

¡Qué listos eran los perros! Jugaban a seguirse el uno al otro; el delantero iba y venía de un lado a otro y los demás le seguían formando hilera, sin equivocarse ni un momento. Luego se sentaron alargando una pata, como si pidieran limosna, y cuando Lal les tiró un bizcocho a cada uno lo tomaron uno tras otro y dieron un ladrido todos a la vez «Ahora dan las gracias», pensó Jimmy.

Lal corrió al extremo de la pista y recogió la pelota sobre la cual Stanley había caminado tan diestramente.

—¡Arriba! ¡Arriba! —gritó a uno de los perros, y el animal saltó sobre la pelota y repitió lo que había hecho el payaso: caminar rápidamente sobre la pelota mientras ésta rodaba. Lal le tiró un bizcocho por hacerla tan hábilmente.

Entonces «Judy», la perrita, impaciente por lucirse a su vez, saltó de su taburete y corrió hacia Lal. Sorprendida, Lal volvió la cabeza... porque «Judy» nunca se movía de su taburete hasta que le tocaba el turno.

Pero «Judy» había visto los aros de papel que Lal tenía preparados para ella y deseaba realizar su número y obtener su parte de aplausos; así, cogió con la boca uno de los aros y se lo llevó a Lal. Entonces lo dejó caer a sus pies y permaneció ante ella, moviendo su cola tan aprisa que casi no se veía.

Lal se puso a reír, cogió el aro y lo levantó hasta la altura de su hombro.

—¡Salta, «Judy»! —gritó.

Tan ligera como una pluma, «Judy» saltó a través del aro, rompiendo el papel al hacerlo. Luego Lal levantó dos aros más dejando entre ellos una distancia de dos palmos.

—¡Salta, «Judy», salta! —gritó.

Y «Judy», tomando impulso, saltó atravesando los dos aros. Todo el público aplaudió con entusiasmo a la lista perrita.

Jimmy tenía el rostro encendido de excitación y de felicidad. La gente del circo era maravillosa por lo que sabía hacer y por lo mucho que quería a sus animales; Jimmy estuvo mirando como se alejaban los perros detrás de Lal, muy satisfechos, un bosque de ondulantes colas. Sabía perfectamente que Lal les daría en seguida una buena comida caliente. Quería a los perros y los perros la querían a ella.

Luego volvieron a salir los caballos, esta vez los blancos. ¿Y sabéis quién venía con ellos? ¡La propia Lotta! Sí, la pequeña Lotta; pero no iba como siempre, con su raído vestido viejo, sino con un vestido de hada, con largas alas plateadas en la espalda. Sus oscuros rizos estaban peinados formando aureola y sobre sus largas piernas llevaba medias plateadas. También llevaba en la cabeza una diadema de plata y una varilla plateada en la mano.

«¡Es imposible que sea Lotta!», pensó Jimmy, mirando con atención a la niña. Pero, en efecto, era Lotta. Al pasar por delante de su asiento agitó su varilla, y... ¿sabéis qué hizo? ¡Le hizo una de sus horribles muecas!

Lotta dio un saltito sobre uno de los caballos blancos. Iba sentada sobre el caballo sin sujetarse a nada, enviando besos y saludando con la mano. Los caballos no llevaban riendas ni silla de montar, así que Lotta no podía sujetarse aunque quisiera.

Jimmy no la perdía de vista, y su corazón latía descompasadamente. ¿Qué haría luego? De pronto Lotta se puso de pie sobre el caballo y permaneció así, conservando perfectamente el equilibrio mientras el caballo galopaba dando vueltas alrededor de la pista.

Jimmy tenía miedo de que se cayera, pero Lotta estaba segura de que esto no sucedería. Había montado a caballo desde que era pequeña. Volvió a sentarse sobre el caballo y luego se puso nuevamente en pie, pero esta vez de espaldas, mirando hacia la cola del caballo. Todo el mundo pensó que era muy valiente y muy lista.

Luego salió Laddo, su padre, con un traje azul fuerte muy brillante, sembrado de relucientes estrellas. Todavía era más hábil que Lotta. La niña saltó del caballo cuando llegó su padre y fue a colocarse en el centro de la pista, mientras Laddo ocupó su lugar sobre el caballo, y fue saltando de uno a otro de los tres que galopaban dando vueltas alrededor de la pista. Luego, sin que los caballos se detuvieran en su galope, se sostuvo con las manos sobre el animal con los pies levantados y se deslizó por debajo del cuerpo del caballo para volver a subir sobre él por el otro lado... ¡De verdad! ¡Parecía increíble las cosas que llegaba a hacer!

A continuación, Lotta montó de un salto detrás de su padre y ambos salieron juntos de la pista, seguidos por una tempestad de aplausos y de aclamaciones. A Jimmy le dolían las manos de tanto aplaudir a Lotta. Se sentía muy orgulloso de ella.

Luego apareció «Jumbo» y demostró su habilidad jugando perfectamente al críquet. El señor Tonks hacía rodar la bola y «Jumbo» le daba con la maza, sin dejar de acertarla nunca. Una vez, con gran satisfacción de Jimmy, el elefante envió la bola directamente hacia Jimmy, que la pescó al vuelo subiéndose encima del asiento. Entonces la gente le aplaudió a «él», y «Jumbo» dijo muy alto: «¡Rrrumf, rrrumf!». Jimmy le tiró la bola y el elefante la tomó con la trompa.

La función del circo continuaba. Stanley Pegajoso, el payaso, salió varias veces y siempre hacía reír a todo el público, porque fingía tropezar con cosas que en realidad no estaban allí. Liliput y sus monos estuvieron muy bien. Los monos ayudaron a su dueño a poner la mesa con vasos, platos y bandejas; trajeron sillas y se sentaron a la

mesa. Llevaban baberos atados alrededor del cuello y se pasaban unos a otros una fuente con fruta.

La más lista era «Jemima». Mondó un plátano y se lo dio a comer a Liliput... Pero luego le metió la piel entre el cuello y su amo fingió perseguirla por toda la pista, haciendo reír tanto al público, que se les saltaban las lágrimas.

Luego «Jemima» se fue a un rincón, haciendo ver que lloraba. Cuando Liliput se le acercó, la mona le sacó el pañuelo del bolsillo y se lo pasó por los ojos, como si se secara las lágrimas, luego saltó sobre el hombro de su amo y extendió el pañuelo sobre su cabeza. Jimmy rió tanto con Liliput como con el payaso.

Naturalmente, Oona, el acróbata, también fue muy aplaudido, especialmente cuando subió por la escalera con las manos y permaneció en lo alto sosteniéndose con la cabeza. Stanley el payaso salió corriendo y probó de hacer lo mismo, pero claro, no lo logró, y cayó rodando por la escalera: ¡bumpu, bumpu, bump! Jimmy tenía miedo de que se lastimara, pero vio que Stanley hacía muecas y reía todo el rato, así es que supo que no le pasaba nada.

Oona realizó también otra habilidad. Tendió una cuerda de alambre de un poste a otro y caminó por encima. Estaba a la altura del sombrero del señor Galliano. Jimmy ignoraba que sabía hacer esto y se preguntaba cómo podría conservar el equilibrio. Debía ser muy difícil caminar por encima de una cuerda sin caerse.

—Es el mejor circo que ha venido por aquí —dijo un hombre grueso cerca de Jimmy—. La función ha sido muy bonita. La próxima semana volveré a verla. La niña que iba sobre el caballo lo hacía muy bien... ¡era una de las mejores!

Jimmy estaba deseando decírselo a Lotta. Al día siguiente no había función porque la gente del circo necesitaba un día de descanso, y Lotta le había dicho que podría pasar el día con ella.

«Ahora he de ir corriendo a casa —se dijo Jimmy—. Mi madre debe estar esperándome. ¡Cuántas cosas tendré que contarle!».

Y se dirigió corriendo a su casa, aunque le hubiera gustado ir a ver a Lotta vestida de hada con sus alas de plata y poder hablar un rato con ella.



## UN DISGUSTO PARA EL SEÑOR GALLIANO

Jimmy recordó que tenía que pasar el día con Lotta. Sería muy divertido estar con la gente del circo, ver al viejo «Jumbo», acariciar a «Jemima», la listísima monita, y dejarse lamer las manos por los lindos perritos. Jimmy cantaba en voz alta mientras se dirigía hacia el circo.

Pronto llegó. El sol brillaba sobre el cielo; seguramente haría un día estupendo. Pero mientras caminaba entre los carromatos y las tiendas, Jimmy se sorprendió al ver que todos parecían tristes y melancólicos.

«¿Qué sucederá?», pensó Jimmy. Al pasar por delante de un carromato vio al payaso Pegajoso tomando su desayuno de huevos con tocino. Parecía muy abatido, y era raro ver al payaso de este modo, él, que siempre estaba de broma y de buen humor.

Al ver a Jimmy le llamó:

—¡Oye, Jimmy, procura que no te vea el señor Galliano! Esta mañana ha prohibido que entre cualquiera que no pertenezca al circo.

—¿Cómo? —dijo Jimmy muy sorprendido—. Ayer fue muy amable conmigo, y me regaló una entrada para ver la función. ¿Qué ha pasado?

—Escucha un poco —dijo el payaso señalando la casita con ruedas azules en la que el señor Galliano vivía con su mujer—. Escucha un momento.

Jimmy escuchó. Parecía que hubiera media docena de vacas mugiendo dentro del carromato de los Galliano..., pero sólo era el señor Galliano, que gritaba muy enfadado con toda la fuerza de su potente voz. Mientras Jimmy estaba mirando el carromato azul, el señor Galliano bajó por la escalerita de detrás.

—Lleva el sombrero completamente recto —dijo en seguida Jimmy—. Siempre le había visto con el sombrero puesto de lado.

—Sí, eso significa que hay malas noticias —dijo el payaso—. Escapa, Jimmy, que no te vea.

Jimmy se alejó corriendo, dio la vuelta al carromato del payaso y llegó al rojo y blanco en el que vivía Lotta con Laddo y Lal, sus padres. Lotta estaba sentada afuera en los escalones, limpiando sus zapatos de circo.

—Hola, Jimmy —le dijo—. Ven.

—Lotta, ¿qué pasa esta mañana? Todos parecéis muy tristes y acabo de oír al señor Galliano muy enfadado.

—Tiene motivos —dijo Lotta bajando la voz—. Ya conocías a Harry, el carpintero que ponía los bancos, se encargaba de montar y desmontar el circo y hacía

todos los arreglos y trabajos que siempre se necesitan... Bueno, pues esta noche ha huido llevándose todo el dinero que el circo ganó esta semana.

—¡Eso es terrible! —dijo Jimmy, asustado—. ¿Y ahora no tenéis dinero?

—Ni un céntimo —dijo Lotta—. Y esto es muy duro, porque ninguno de nosotros tenía nada guardado. Y lo peor es que Harry nos hará mucha falta... No sé cómo nos las arreglaremos sin él.

—Puede que lo pesquen —dijo Jimmy.

—No creo —dijo Lotta—, ya debe de estar lejos, porque se llevó el dinero ayer noche, cuando todos estábamos dormidos, y se marchó a eso de las dos de la madrugada. Espero que tendremos suerte esta semana... Si no, todos lo pasaremos muy mal.

—Yo también lo espero —dijo Jimmy—. Me gustaría poder ayudar un poco, Lotta.

—Supongo que no debes conocer a ningún carpintero con buenas manos que quisiera venir una semana para ayudarnos, ¿verdad? —dijo Lal, la madre de Lotta, saliendo a la puerta del carromato—. Son muchas las cosas que hay que hacer antes de mañana por la noche. Oona dice que su escalera ha de ser reforzada, y en la jaula de los perros hay un palo roto.

—Quizá podría venir mi padre —dijo Jimmy vivamente—. Es carpintero, ¿sabe usted? Podría hacer todo lo que necesitan.

—Sí, pero ¿y su trabajo? —dijo Lal—. No podrá dejarlo para venir con nosotros.

—No tiene trabajo ahora —dijo Jimmy—. Estaría muy contento de venir. Oye, Lotta... ven conmigo a merendar a mi casa esta tarde y le preguntaremos a mi padre si puede venir. Yo creo que sí.

—Sería mejor que se lo dijéramos primero al señor Galliano —dijo Lal. Luego llamó a su marido, que estaba en la parte trasera del carromato—: Laddo, ¿podrías ir con Jimmy para preguntarle a Galliano si quiere que venga su padre como carpintero?

—Bueno —dijo Laddo. Dejó el diario que, estaba leyendo y bajó corriendo la escalera hacia Jimmy—. Vayamos en seguida.

El señor Galliano estaba con sus caballos, acariciándolos y hablándoles cariñosamente. Aunque a veces tuviera muy mal genio, siempre trataba amablemente a sus queridos caballos. Nunca se le había visto mostrarse duro o cruel con ningún animal. Todos sus caballos le querían mucho y lo hubieran hecho todo por él.

Al oír llegar a Jimmy y a Laddo dio media vuelta para hablar con ellos.

—¿Qué queréis? —preguntó, sin parecer alegrarse ni un poco al ver a Jimmy.

—Señor Galliano, este chico dice que su padre es carpintero y que podría quedarse en el lugar de Harry durante una semana —dijo Laddo.

—Bueno, di le que venga a verme esta tarde —dijo brevemente el señor Galliano, volviendo a ocuparse de sus caballos.

Laddo y Jimmy se alejaron en seguida. Jimmy estaba muy excitado. Tal vez sería posible que su padre se empleara en el circo... ¡Y que se lo quisieran llevar a él!

Sería una cosa maravillosa.

En seguida corrió a decírselo a Lotta.

—Vayamos a dar un paseo con los perros —le dijo—. Hace un día estupendo y aquí todo el mundo parece estar de mal humor. Podemos volver para la hora del almuerzo.

—Muy bien —dijo Lotta.

Y los dos corrieron a buscar a los excitados perritos. A los pocos momentos. Lotta tenía a cinco perritos atados en su correa grande y Jimmy a los otros cinco. Lotta estaba algo celosa porque todos los perritos parecían preferir que los llevara Jimmy.

—Nunca he visto a nadie con tanta maña como tú para tratar a los animales, Jimmy —dijo Lotta—. Aparte del señor Galliano..., porque es capaz de domesticar a un tigre salvaje en dos días y hacerlo ronronear como un gato.

Los dos niños salieron a las afueras de la ciudad, y al poco rato Lotta había olvidado que Harry había huido llevándose el dinero de todos. Los chicos se divertían haciendo carreras con sus perros y se unían a sus ladridos con risas y gritos.

—¿Por qué no los soltamos para que puedan correr a su gusto? —dijo Jimmy, cuando se hubieron alejado bastante de la ciudad—. ¡Estarían tan contentos!

Entonces los soltaron por el campo y con jubilosos ladridos de alegría los diez perritos se lanzaron en busca de conejos. Jimmy y Lotta se sentaron debajo de un árbol.

—Ayer noche el circo me gustó mucho, Lotta —dijo Jimmy—. Y pensé que sabías mucho... No sé cómo puedes mantenerte de pie sobre el caballo sin caerte nunca.

—¡Bah! —dijo Lotta—. Es muy fácil. Tú también lo harías.

—Seguro que no —dijo Jimmy—. Todavía no he aprendido a caminar sobre las manos, y cuando lo hacéis vosotros parece que sea muy fácil. Me gustaría que me enseñaras, Lotta.

—Bueno —dijo Lotta—. Pero ahora no, porque tengo demasiado calor. Me gustaría que te quedaras en el circo, Jimmy. Me aburriré mucho cuando tú no estés. Es muy divertido que haya alguien para hacerle muecas cuando me parece.

—No entiendo por qué te divierte tanto hacer eso —dijo Jimmy sorprendido—. Pero, a pesar de todo, también a mí me gustaría marcharme con vosotros cuando os vayáis. Pero me apenaría dejar a mi padre y a mi madre.

—¡Eh! —dijo de pronto Lotta—. ¿Dónde están los perros? No podemos perder ninguno, Jimmy. ¡Tú no sabes la que se armaría si los perdiéramos! ¡Aquí, «Judy», «Judy», «Nigger», «Spot»!...

Unos cuantos perros se acercaron corriendo y se abalanzaron sobre los chiquillos. Jimmy los contó.

—Hay ocho —dijo—. ¿Dónde están los otros?

Ataron apresuradamente los perros a las correas. Lotta parecía preocupada.

—Silba, Jimmy —dijo.

Jimmy silbó.

—¡Aquí viene «Punch»! —dijo Lotta, y en efecto, uno de los perros que faltaban venía hacia ellos a través del campo.

Jimmy silbó una y otra vez..., pero el décimo perrito no se veía por ninguna parte.

—Hemos de volver al circo —dijo Lotta, que parecía asustada—. ¿Qué dirán Lal y Laddo cuando volvamos sin «Darky»?... No te entretengas, es muy tarde. Tal vez nos alcance «Darky» cuando se canse de cazar conejos.

Regresaron al circo, pero «Darky» no apareció. Lotta guardaba silencio y Jimmy se sentía culpable. En realidad había sido un día desastroso.

—Dejaremos a los perros en la jaula y luego le diremos a Lal que hemos perdido a «Darky» —dijo Lotta, poniéndose a llorar.

Quería mucho a todos los perros y se preguntaba si «Darky» no habría caído en alguna trampa. Además, sabía que su madre se enfadaría mucho con ella.

Jimmy abrió la puerta de la gran jaula. Al instante, un perrito surgió de debajo de la jaula y Jimmy lanzó un grito.

—¡Lotta! ¡«Darky» está aquí! Debe de haber corrido todo el rato delante de nosotros y se ha escondido debajo de su jaula. ¡Míralo!

Lotta lanzó una exclamación de alegría y empezó a reñir a «Darky».

—¡Has sido muy malo! —dijo—. Me has dado un susto muy grande. Ahora estoy contentísima, Jimmy.

Jimmy también se alegró mucho. Cogió a Lotta de la mano y corrieron a su carromato para almorzar. Pero Lotta retorció la mano de su compañero con tanta fuerza que le hizo chillar de dolor. ¡Nunca se sabía lo que Lotta iba a hacer! Jimmy se soltó apresuradamente la mano y se sintió medio enfadado con ella. Pero cuando percibió el olor de salchichas fritas se olvidó de todo, excepto de que tenía un hambre atroz.

Almorzaron sentados delante del carromato. Las salchichas eran deliciosas y también las patatas cocidas con piel y comidas con mantequilla y sal. Jimmy pensó que nunca había comido un almuerzo tan bueno en toda su vida; para postres tomaron naranjas y chocolate en pastillas.

A la hora de la merienda, Jimmy llevó a Lotta a su casa. Entró corriendo con la niña y halló a su madre haciendo las tostadas para el té. Los domingos tenían siempre tostadas. Olían muy bien.

—Mamá, ésta es Lotta. La he traído a merendar a casa porque tengo que preguntarle una cosa a papá. ¿Dónde está?

—En el jardín, arreglando el viejo cobertizo —dijo la madre—. ¡Hola, Lotta! ¿Cómo va el circo?

—Muy bien, gracias —dijo Lotta tímidamente.

Miró a la madre de Jimmy y le gustó. ¡Iba tan limpia y tenía una cara tan bondadosa! Lotta no había estado muchas veces en el interior de una casa y miraba

con curiosidad a su alrededor. Le parecía tan raro a ella estar dentro de una casa como se lo había parecido a Jimmy estar en el interior de un carromato.

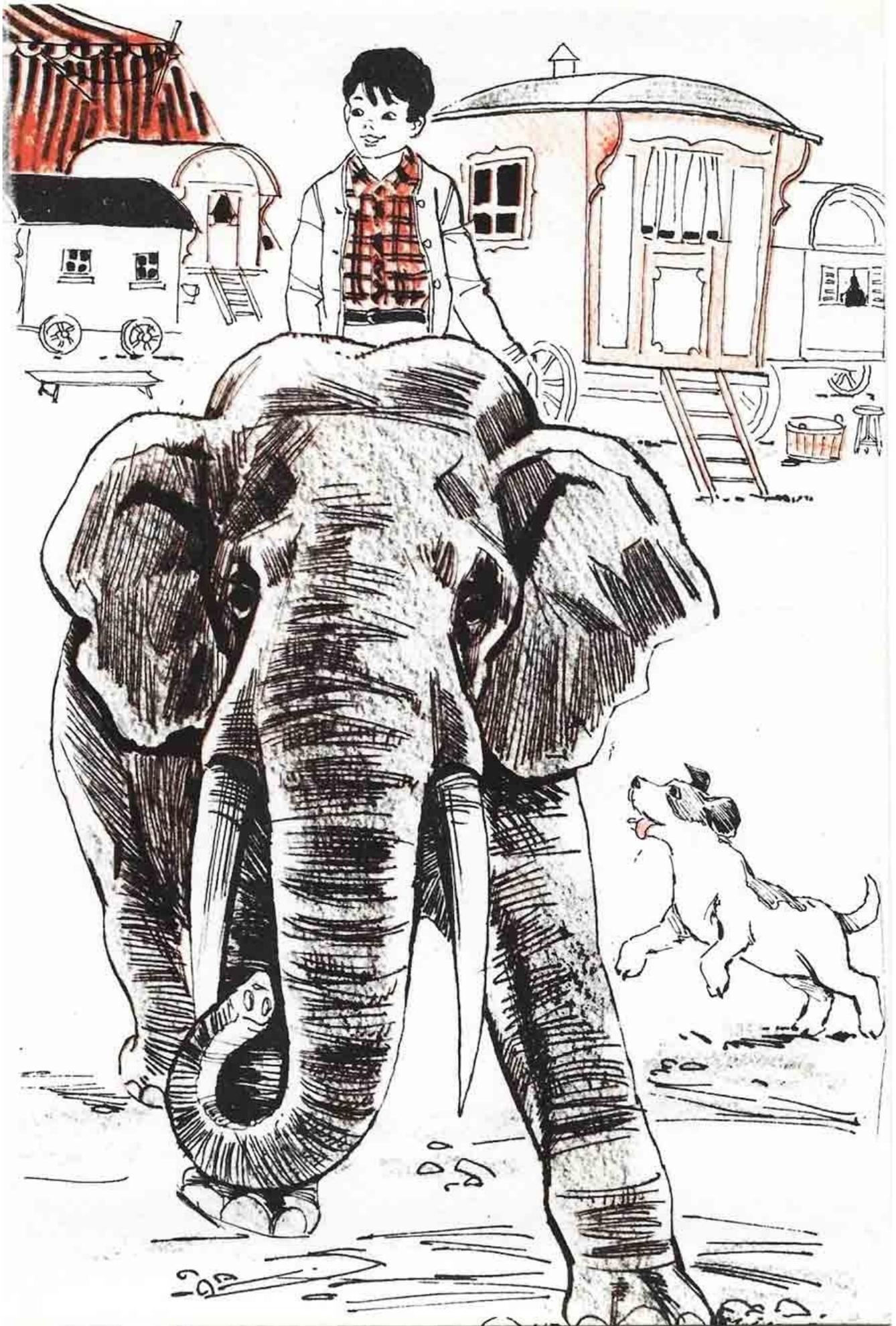
—¡Papá, papá! —gritó Jimmy, corriendo hacia el fondo del jardín—. Harry, el hombre que hacía las reparaciones del circo, se ha marchado llevándose el dinero, y el señor Galliano está buscando otro carpintero. Dice que le vayas a ver esta tarde.

—Vaya, hace tiempo que no me ofrecen trabajo —dijo con satisfacción el padre de Jimmy—. Después de merendar iré a ver si puedo obtener ese trabajo. Más vale una semana que nada. Bueno, esto me ha abierto el apetito para la merienda. ¿Están ya las tostadas, mamá?

Al momento Lotta, Jimmy y sus padres estaban sentados a la mesa. Lotta estaba de muy buen humor y no hizo ni la más pequeña mueca. Le gustaba demasiado la madre de Jimmy para hacer algo que pudiera desagradarle. Después de la merienda, Lotta, Jimmy y el padre de éste se dirigieron hacia el campo en que estaba instalado el circo.

—¡Si tuviera la suerte de obtener ese trabajo! —decía el padre de Jimmy.

—Espero que la tendrás, papá —dijo Jimmy.





## UNA NOCHE EMOCIONANTE

Jimmy, Lotta y el padre de Jimmy no tardaron en llegar al circo.

—El señor Galliano está aquí —dijo Lotta cuando atravesaban la verja.

—Bien —dijo el padre de Jimmy—. Voy a hablar con él ahora.

Y dejando a los dos niños se dirigió hacia el señor Galliano, que estaba hablando con Oona, el acróbata.

—Soy el padre de Jimmy Brown —dijo el señor Brown—. Soy carpintero y puedo hacer todo lo que convenga. Me gustaría que me diera una oportunidad. Estoy seguro de que trabajaría bien con usted.

El señor Galliano miró al padre de Jimmy de arriba abajo.

Le pareció simpático... un hombre fuerte, de expresión bondadosa, con ojos vivos y brillantes como los de Jimmy.

—Venga mañana por la mañana —dijo el señor Galliano—. Habrá mucho trabajo para usted, sí.

—Muchas gracias —dijo el señor Brown.

Y salió de allí muy contento. Sería estupendo volver a trabajar. Los niños corrieron a su encuentro y Jimmy tuvo una gran alegría de que su padre trabajara en el circo, aunque sólo fuera por una semana.

¿Qué dirían sus compañeros de escuela cuando supieran que su padre pasaba todo el día en el circo? Pensarían que era muy importante.

El padre de Jimmy trabajaba bien y el señor Galliano estaba encantado con él. Tal como había dicho, podía hacer todo lo que conviniera. Arregló cinco bancos del circo, puso una rueda nueva en el carromato del señor Galliano, dejó la escalera de Dona mucho más fuerte que cuando era nueva, volvió a colocar dos barrotes en la jaula de los perros, y conquistó el corazón de Liliput haciendo una linda casita para que viviera en ella la monita «Jemima», con una puertecita y todo.

Jimmy estaba encantado de que todo el mundo alabara a su padre. Siempre le había querido mucho; pensaba que era el hombre mejor del mundo y estaba muy satisfecho de que todos dijeran que era diez veces mejor que Harry.

—Su risa vale ya un buen jornal —decía Lal—. Cuando el viejo Brownie se pone a reír, los demás no nos podemos aguantar la risa. Es tan alegre como un grillo.

Aquella semana el circo fue bien. El señor Galliano volvía a ponerse el sombrero ladeado y todo el mundo estaba contento otra vez, pues cuando el señor Galliano estaba satisfecho y animado, toda la gente del circo se sentía feliz.

Jimmy también era feliz aquella semana. No dejaba de ir a la escuela, pero todos los minutos que le sobraban los pasaba en el circo, ayudando a todos, siempre dispuesto a hacer todo lo que podía. Cada noche, cuando empezaba la función, Jimmy permanecía al lado de las cortinas que daban entrada a la pista y las apartaba o cerraba cada vez que era preciso. Llevaba la escalera de Oona y aguantaba la cuerda. Se cuidaba de los perros mientras estaban aguardando su turno. Iba a buscar al elefante, en lugar del señor Tonks, y lo volvía a acompañar a su tienda cuando se acababa el espectáculo. «Jumbo» le quería mucho, y le soplabá ligeramente en el cuello para demostrarle su afecto. A Jimmy le parecía muy raro y le hacía gracia.

Cuando llegó el sábado, el señor Galliano silbó para llamar al señor Brown... o Brownie, como le llamaban todos, y Brownie se acercó a él.

—Aquí tiene el sueldo de la semana —le dijo el señor Galliano al pagarle—. Ahora dígame... Estoy contento de su trabajo... ¿qué le parece si se viniera usted con nosotros? Nos conviene un hombre como usted... siempre alegre y con habilidad para arreglar todo lo que sea preciso.

El señor Brown enrojeció de satisfacción. Hacía mucho tiempo que no recibía alabanzas de nadie.

—Muchas gracias, señor Galliano —dijo—. He de hablarlo con mi mujer. Temo que no se conforme si la dejo sola con Jimmy. Pasaría mucho tiempo sin verlos.

—Muy bien, piénselo usted —dijo el señor Galliano—. Si viene usted podría vivir con Stanley, el payaso. En su carromato hay sitio para otra persona. Nos vamos mañana..., así es que no tarde en darme su contestación, ¿verdad?

El señor Brown se apresuró a correr a su casa para el almuerzo, y explicó a Jimmy y a su mujer lo que le había dicho el señor Galliano.

—Creo que he de aceptar este trabajo —dijo—. Pero me da pena dejaros a vosotros dos.

La madre de Jimmy no sabía qué decir, y no podía contener las lágrimas que le subían a los ojos. Jimmy le dio su pañuelo.

—¡Oh Tom! —dijo la madre—. No te marches, te echaré mucho de menos. No puedo soportar quedarme sin ti... y a Jimmy le pasará lo mismo. Nunca sabremos en dónde estás... viajando de un lado a otro..., y quién sabe cuándo te volveremos a ver.

—Bueno, no le he de dar la contestación al señor Galliano hasta mañana —dijo el señor Brown—. Ya hablaremos esta noche.

Jimmy estuvo pensando y pensando sobre esto. Le gustaba mucho que su padre formara parte del circo, pero lo que no le gustaba es que les dejara a él y a su madre. ¡No, eso de ningún modo! Y sin embargo ellos no podían marcharse con él. No había sitio para todos. Y si su padre le decía que no al señor Galliano volvería a quedarse sin trabajo tal vez por mucho tiempo..., precisamente ahora que había encontrado un empleo que podía hacer tan bien.

Era difícil saber lo que debía hacerse. Jimmy sentía que de verdad no podría soportar que su padre se marchara de casa. Su madre sería muy desgraciada.

El circo daba aquella noche su última función. Estuvo muy bien y tampoco aquella noche quedó ni un asiento vacío en el gran entoldado, porque la gente venía a verlo de todos los pueblos de los alrededores. Alguien le regaló a Lotta una enorme caja de bombones y la niña se puso muy contenta.

—Nos los repartiremos —dijo al enseñársela a Jimmy, y vació en una bolsa la mitad de los bombones de la caja—. Son estupendos.

Lotta era así. Era la niña más generosa que Jimmy había conocido. Pero él no tenía ganas de sonreír aquella noche. El circo se marcharía al día siguiente a una ciudad lejana y tendría que despedirse de todos ellos. Le parecía que la gente del circo eran amigos suyos de toda la vida y le daba pena separarse de ellos.

—Vendré a verte mañana por la mañana, Lotta —dijo.

—Ven temprano —dijo Lotta—. Tenemos que empaquetarlo todo y esto emplea mucho tiempo. Saldremos poco más o menos hacia las doce, para llegar a Edgingham antes de la noche.

—Buenas noches, pues —dijo Jimmy mirando fijamente a Lotta, como para recordarla tal como era en aquel momento... Llevaba su vaporoso vestido de circo, sus largas alas de plata, su diadema de plata y sus medias también plateadas. Mientras la estaba contemplando, la niña le dirigió una de sus horribles muecas.

—¡No hagas eso! —dijo Jimmy—. Precisamente estaba pensando en lo bonita que estabas.

—Es mejor que te vayas en seguida —dijo Lotta—. Parece que habrá tormenta. ¡Escucha! Ya está tronando.

Jimmy echó a correr. Verdaderamente la tempestad se acercaba. Mientras corría hacia la ciudad empezaron a caer grandes gotas que le mojaron el rostro. El trueno resonaba muy cercano. Un relámpago iluminó el cielo y Jimmy vio que estaba lleno de enormes nubarrones negros.

La madre de Jimmy se alegró al verle llegar, porque tenía miedo de que estallara la tempestad y no se encontrase en casa. Le hizo acostar en seguida y se quedó dormido inmediatamente porque estaba cansado.

La tempestad estalló ruidosamente, pero Jimmy dormía como un tronco y ni la oyó. Allá en el circo la gente oía caer la lluvia sobre el techo de sus carromatos.

Un estrepitoso trueno resonó de nuevo. Los caballos relincharon, medio asustados. Los perros se despertaron y ladraron. «Jemima», la monita, que siempre dormía con Liliput, se acercó más a él y se puso a llorar como un chiquillo. Liliput la acarició cariñosamente.

«Jumbo», el gran elefante, levantó su enorme cabeza. ¿Qué era aquel terrible ruido que sentía a su alrededor? A «Jumbo» no le gustaba. Levantó la cabeza y lanzó un ruidoso berrido para alejar aquello.

¡Crash, crash! El trueno seguía resonando y un estallido se oyó allí mismo. «Jumbo», medio asustado, medio encolerizado, dio un tirón al poste al cual tenía

atada una pata y rompió la cuerda, precipitándose hacia el exterior en busca del único hombre en quien tenía absoluta confianza... su guardián, el señor Tonks.

Pero el señor Tonks estaba profundamente dormido en su carromato. Ni siquiera una tempestad podía despertarle. Seguía roncando como si quisiera superar el estrépito de los truenos.

«Jumbo» se asustó todavía más en la oscuridad, y permaneció bajo la lluvia agitando sus grandes orejas y balanceando arriba y abajo su larga trompa. El estruendo de otro trueno estalló en la noche y el resplandor de un relámpago iluminó la verja, que estaba abierta.

El elefante recordó que un día había penetrado por allí y se dirigió hacia ella. Nadie le oyó, porque el ruido de los truenos y el chasquido de la lluvia no dejaban oír nada más. «Jumbo» salió por la verja hacia una gran sombra negra y tomó el camino que conducía a la ciudad.

No había nadie levantado, excepto el señor Harris, el vigilante de la ciudad. Estaba quieto en el umbral de una puerta para resguardarse de la lluvia, y tuvo un susto terrible cuando al resplandor de un relámpago vio al elefante que se dirigía hacia él. No sabía que era «Jumbo» y echó a correr, tan aprisa como pudo, hacia su casa. Fue la única persona que vio pasar a «Jumbo».

Pasó la tempestad y cesó de llover. La noche volvió a ser tranquila y todo el mundo estaba durmiendo. Los perros del circo descansaban y «Jemima», la mona, había dejado de llorar.

La mañana se presentó tranquila y clara, aunque el campo del circo estaba completamente mojado. Pero el sol de mayo no tardaría en secarlo.

El señor Tonks se vistió y corrió a ver a su querido «Jumbo». Cuando al llegar a su tienda no vio allí al elefante se puso lívido:

—¡«Jumbo»! ¿Dónde está mi elefante? —gritó, echando a correr de un lado a otro y despertando a todo el mundo.

Diversas cabezas se asomaron a las ventanas de los carromatos y rostros sorprendidos se volvieron de un lado a otro.

—¡«Jumbo» se ha escapado! ¡Mi elefante se ha escapado! —gritaba el señor Tonks, con lágrimas en los ojos—. ¿Dónde está? ¿Dónde está?

—Bueno, lo cierto es que no está en ninguno de los carromatos —dijo Stanley, el payaso—. ¿No ve el rastro de sus pisadas por ningún lado, señor Tonks?

—Sí... se dirigen hacia la verja —dijo el señor Tonks, fuera de sí por el susto y el disgusto—. ¿Qué le habrá pasado? Iré a decírselo a la policía. Debemos encontrarlo antes de que algo le suceda.

—Bueno, es demasiado grande para que pueda estar perdido mucho tiempo —dijo el señor Galliano saliendo de su carromato—. No te apures, Tonks. ¡No tardaremos en encontrarlo!

Pero alguien sabía ya dónde estaba «Jumbo»... ¿No suponéis quién? ¡Era Jimmy!

Jimmy se despertó de pronto en medio de la tempestad y se sentó en la cama, muy sorprendido. Había oído un extraño ruido fuera de la casa. Algo así como «¡Rrrumf! ¡Rrrumf!». ¿Quién podía hacer un ruido semejante? ¡«Jumbo», naturalmente!

—Es imposible que sea «Jumbo» —se dijo Jimmy con sorpresa. Saltó de la cama y corrió a la ventana. La luz de un relámpago iluminó la estrecha calle y Jimmy vio claramente a «Jumbo» corriendo pesadamente por la calle hacia el centro de la ciudad.

—Es «Jumbo». Está asustado por la tempestad y se ha escapado —pensó Jimmy—. He de ir detrás de él.

Se vistió rápidamente, se puso los dos zapatos a la vez y salió afuera; en un momento estuvo en la calle persiguiendo a «Jumbo». ¡Era preciso alcanzarlo! ¡Pobre «Jumbo», corriendo solo por la ciudad, asustado por la tempestad!

—¡«Jumbo», «Jumbo»! —llamaba Jimmy... Pero «Jumbo» se alejaba cada vez más.

## CAPÍTULO VII

### JIMMY PERSIGUE A «JUMBO»

Jimmy corría por la calle llamando a «Jumbo». El trueno rugía de cuando en cuando y la luz de los relámpagos iluminaba por un momento al gran elefante corriendo por las calles. «Jumbo» podía correr a gran velocidad cuando le daba la gana y Jimmy no podía alcanzarlo.

—¡Si al menos no lo pierdo de vista! —se decía Jimmy, jadeando—. ¡«Jumbo»! ¿No me oyes? ¡«Jumbo»! ¡Ven con Jimmy!

Pero «Jumbo» no se daba cuenta de nada. Daba la vuelta a las esquinas y pasaba de una calle a otra. Llegó a la plaza del mercado y la atravesó. Jimmy le seguía jadeando, cada vez a mayor distancia, y se alegraba cuando la luz de un relámpago iluminaba la noche y le permitía ver en dónde estaba «Jumbo».

El elefante llegó a la parte más bonita de la ciudad, en donde las calles eran anchas y las casas espaciosas, con grandes jardines. Chapoteaba sobre el terreno mojado y sus patas hacían poco ruido. Pat-pat-pat, caminaba a través de la noche, moviendo sus largas orejas y agitando su corta cola. Llevaba la trompa prudentemente arrollada, porque a «Jumbo» le asustaban los truenos y tenía miedo de que los relámpagos pudieran hacerle daño. A veces lanzaba un sonoro «¡Rrrumf!» y la gente que dormía en las casas cercanas se despertaban alarmados porque no sabían qué era aquel ruido tan extraño.

Las cosas sucedieron así... La tempestad se calmó de pronto y dejó de relampaguear. Jimmy ya no podía ver a «Jumbo». El elefante había salido de la ciudad. Fuera de ella había bosques en la falda de una gran montaña. «Jumbo» se sintió contento al ver árboles y hierba. Se metió en seguida en el bosque y empezó a subir por la ladera de la montaña. Jimmy, que lo seguía, lo perdió de vista.

Ya no podía ver al elefante a la luz de los relámpagos, y el bosque era tan espeso que era difícil saber el rumbo que había tomado el elefante ahora que ya no seguía ningún camino definido. Jimmy se detenía de cuando en cuando y escuchaba. A lo lejos oía crujidos entre los matorrales... Sabía que era «Jumbo», pero no podía determinar en qué dirección podría encontrarlo.

«¡Pobre de mí! —se decía el niño, terriblemente desengañado—. He seguido todo este camino, estoy completamente mojado, y después de todo esto no he conseguido encontrar a “Jumbo”».

Permaneció un rato en medio del bosque, sin saber qué hacer. De pronto vio una lucecita entre los árboles y la miró con sorpresa.

«¿De dónde vendrá esa luz?», se preguntó.

Se dirigió hacia ella, a tientas, procurando no chocar contra ningún árbol. Había mucha oscuridad y todo estaba mojado. Jimmy se estremeció. ¡Le gustaría encontrarse caliente en su cama!

Tropezando con las plantas y raíces, llegó por fin a la luz, que salía de la ventana de una casa. Los postigos no estaban cerrados y Jimmy podía ver el interior de la habitación, atisbando por la ventana.

En la habitación había un hombre, vestido como un guardabosques, con chaqueta y polainas. Estaba inclinado sobre un perro que yacía dentro de un cesto. El perro estaba enfermo y llevaba una de sus patas vendadas. El hombre lo acariciaba y le estaba hablando, pero Jimmy no podía oír ni una palabra.

«Parece un buen hombre —pensó el niño—. Puede que me deje entrar para secarme un poco».

Jimmy llamó suavemente a la ventana y el guardabosques levantó en seguida la vista, muy sorprendido, porque era ya medianoche.

Luego se dirigió hacia la ventana y la abrió.

—¿Quién hay ahí? —dijo.

—Soy yo, Jimmy Brown —dijo Jimmy, presentando su rostro a la luz—. Estoy buscando a «Jumbo», el elefante, pero lo he perdido y estoy tan mojado que he pensado que tal vez usted me dejaría entrar para secarme la ropa.

El guardabosques se quedó parado un momento, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —preguntó—. Estás buscando a un elefante... ¡un «elefante»! ¿Qué significa esto?

—Es «Jumbo», el elefante del circo —dijo Jimmy.

Y se disponía a explicarlo todo cuando el guardabosques le indicó la puerta para que entrara.

El niño se alegró de poder entrar en la casa. El guardabosques escuchó su relato muy sorprendido: luego palpó la chaqueta de Jimmy, que él se había puesto encima del pijama.

—Voy a encender fuego —dijo—. Cogerás frío si te quedas más rato con esta ropa mojada. Mi vieja perra «Flossie» ha sido atropellada por un coche esta mañana y me he quedado a su lado para cuidarla. Si no fuera por esto estaría ya en la cama. Ha sido una suerte que me encontraras todavía levantado.

En seguida hizo desnudar a Jimmy y cambiar sus ropas mojadas por un jersey y una bata suyos. Le venían muy grandes, pero estaban secos. Luego encendió fuego en la chimenea y al poco rato la leña chisporroteaba alegremente. Jimmy estaba encantado. El guardabosques le preparó también un tazón de cacao, y el niño se quedó quieto al lado del fuego, bebiendo cacao caliente y sintiéndose de pronto muy adormilado.

—Me hubiera gustado alcanzar a «Jumbo» —dijo—. Ahora no sé dónde podré encontrarlo. Su guardián, el señor Tonks, tendrá un gran disgusto.

—No te preocupes en buscar elefantes —dijo el hombre—. Soy capaz de seguir el rastro del conejo más pequeño... y puedes estar seguro de que «Jumbo» dejará unas huellas mucho más fáciles de seguir. ¡Mañana por la mañana saldremos en su busca!

—Yo he de volver a casa esta noche —empezó a decir Jimmy, pero sin saber cómo se le cerraron los ojos, bajó la cabeza y se quedó completamente dormido en la silla del guarda y delante del fuego encendido.

No se despertó hasta la mañana siguiente. Al oír que el guardabosques se movía de un lado para otro abrió los ojos. ¡El desayuno estaba sobre la mesa! Había sopa, pan con mermelada y cacao caliente. Todo parecía muy apetitoso.

El guarda había acostado a Jimmy sobre un sofá, vestido todavía con el jersey grande y la bata. Pero su ropa se había secado ya y Jimmy se la puso, sin dejar de charlar animadamente con el amable guardabosques y sintiéndose feliz. ¡Después del desayuno irían en busca de «Jumbo»!

—¿Cómo está «Flossie»? —preguntó Jimmy, acariciando la brillante cabeza del perro que descansaba en el cesto.

—Mejor —dijo el guardabosques—. Me parece que la pata le quedará completamente bien. Esta mañana la dejaré en el cesto, con la leche cerca, y dormirá y no se moverá de aquí. Si no hubiera sido por «Flossie» no hubieras visto la luz encendida, jovencito.

—Ya lo sé —dijo Jimmy acariciando al perro, que levantó su hermosa cabeza y lamió débilmente la mano del niño—. Muy bien, «Flossie», cúrate pronto. Eres un buen perro.

—Sabes tratar a los animales —dijo el guardabosques mirando a Jimmy—. «Flossie» tiene manía a los extraños... Eres el primer forastero a quien ha lamido la mano.

Pronto hubieron desayunado, y el hombre y el chico salieron de la casa y se internaron en el mojado bosque. El sol brillaba, los pájaros cantaban y todo parecía de color de oro. Era un hermoso día de mayo.

—¡Mire! Por aquí ha pasado «Jumbo» esta noche —dijo Jimmy señalando unos matorrales aplastados—. Desde aquí podremos seguir sus huellas.

Un momento después, Jimmy volvió a decir:

—¡Mire! «Jumbo» ha arrancado un árbol entero.

El chico señalaba con sorpresa un lugar en el cual estaba derribado un fresno con las raíces arrancadas. Sí, lo había derribado «Jumbo»... ¡Qué fuerte era!

—Los elefantes pueden arrancar fácilmente un árbol —dijo el guarda—. Ven... aquí las huellas se desvían hacia la derecha.

Siguieron caminando a través del bosque por la ladera de la montaña... y de pronto vieron a «Jumbo». Estaba al pie de una corpulenta encina, moviendo las orejas, y sus ojillos estaban mirando a los que se acercaban.

—¡«Jumbo»! ¡Viejo y querido «Jumbo»! ¡Por fin te he encontrado! —gritó Jimmy corriendo hacia el enorme animal y dándole golpecitos en la trompa.

«Jumbo» dio un sonoro berrido. Estaba contento de ver a Jimmy. Ya no estaba asustado porque la tempestad había pasado..., pero se sentía extraño y le parecía raro estar solo en un bosque tranquilo, en lugar de hallarse en el ruidoso circo, con todos sus amigos a su alrededor. Inmediatamente se levantó y arrolló cariñosamente su trompa al cuello de Jimmy.

El guarda permanecía algo apartado y los miraba sorprendido. Aquel enorme elefante le asustaba un poco..., pero «Jumbo» no le hacía caso. Había encontrado a su amigo Jimmy y esto era lo único que le importaba.

—«Jumbo», has de volver al circo conmigo —dijo Jimmy sacudiéndole la trompa—. El señor Tonks debe de estar buscándote.

«¡Rrrumf!», dijo «Jumbo» cuando oyó el nombre de su guardián. Quería mucho al señor Tonks. Rodeó la cintura de Jimmy con su trompa, lo levantó en el aire y lo sentó sobre su cuello. Pero Jimmy le gritó que lo bajara otra vez.

—¡Bájame, «Jumbo»! —gritó—. Si me llevas por el bosque encima de tu espalda, las ramas me harán daño. Acuérdate de que eres muy alto. Déjame caminar a tu lado por el bosque, y cuando llegemos a la ciudad montaré encima de ti.

«Jumbo» lo comprendió perfectamente. Volvió a dejar al niño en el suelo y luego los dos amigos se pusieron en marcha por el bosque, montaña abajo, hacia la ciudad. Jimmy se despidió del amable guardabosques, que permanecía mirándoles asombrado, y poco después los perdió de vista.

Al cabo de un rato salieron del bosque y Jimmy siguió caminando al lado de «Jumbo» por terreno despejado. El elefante se detuvo y miró al niño.

«¿Rrrumf?», le preguntó suavemente.

Jimmy comprendió.

—Sí, ahora puedes llevarme —dijo—. Así iremos más de prisa.

«Jumbo» levantó a Jimmy en el aire y lo sentó sobre su cabeza. Jimmy cruzó las piernas y el elefante siguió caminando a buen paso hasta llegar a una ancha carretera. Conocía perfectamente el camino de regreso, aunque solamente había pasado por allí una vez, la noche anterior.

La gente miraba cuando oía las zancadas del gran elefante, y quedaban atónitos cuando veían a Jimmy sentado sobre él. Entonces corrían detrás, señalando y gritando sorprendidos y temerosos.

—¡Es el elefante perdido! ¡Mirad es el elefante del circo! —exclamaban.

Jimmy atravesó de este modo la plaza del mercado sintiéndose muy orgulloso porque realmente causaba sensación y todo el mundo parecía asombrado. «Jumbo» se dirigió hacia el campo del circo; al llegar allí, él y Jimmy fueron recibidos por todo el personal del circo, con el señor Galliano y el señor Tonks a la cabeza. El señor Tonks gritaba hasta enronquecer en su satisfacción de ver que su querido elefante había regresado sano y salvo.

Jimmy tuvo que explicar toda la historia una y otra vez. El señor Tonks lo abrazó tan fuertemente que Jimmy sintió como si se le rompieran los huesos. El guardián del

elefante estaba loco de alegría y de emoción. Las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras acariciaba la trompa de «Jumbo», y el enorme elefante lanzaba berridos de alegría al volver a ver a su guardián. Todo el mundo se sentía emocionado y feliz.

Y en medio de todo aquel barullo, el señor Galliano, con el sombrero completamente ladeado, hizo de pronto un sorprendente discurso.

—¡Jimmy Brown! —comenzó—. Eres un chico excepcional, ¿verdad? Quieres a los animales y los animales te quieren a ti. Podrías vivir con ellos y cuidarlos, ¿verdad? Muy bien. Os llevaremos a ti y a tu padre con nosotros, los dos, y si tu madre quiere venir, así tendremos a toda la familia y no será demasiado para nosotros, ¿no? Perteneceis al circo... sí, no, ¿verdad?

El señor Galliano tartamudeaba de alegría y emoción. En cuanto a Jimmy, estaba fuera de sí de satisfacción. ¡Pertenece al circo! ¡Marcharse con ellos... y con Lotta! ¡Qué alegría! La cosa que más le gustaría del mundo.

—Debo ir a decírselo a mi mamá —dijo, echando a correr hacia su casa a toda velocidad.



## CAPÍTULO VIII

# JIMMY SE QUEDA EN EL CIRCO

Jimmy corrió hacia su casa para explicarle a su madre todas las aventuras de la noche... y para preguntarle si quería irse con el circo. Entonces papá tendría trabajo y él, Jimmy, podría ayudar a cuidar los animales, y ella viviría con ellos para cuidarlos y quererlos. No debía quedar nadie detrás de ellos.

Su madre y su padre estaban muy preocupados cuando el niño llegó a su casa, porque habían encontrado su cama vacía aquella mañana y no sabían dónde había ido. ¡Y lo que más les había extrañado era que no se había vestido! ¿A dónde podía haber ido en pijama?

Jimmy les explicó en seguida que había ido a buscar a «Jumbo» a medianoche..., que había pasado la noche en la casita del guardabosques... y que había buscado y encontrado a «Jumbo» por la mañana. Sus padres le escuchaban admirados.

—Y ahora escucha, mamá..., escucha, papá —dijo Jimmy—. Todavía os he de decir algo mejor aún. El señor Galliano quiere que vaya «yo» con el circo... para ayudar a cuidar a los animales. ¿Qué os parece? Y dice que también podrías ir tú, mamá... y que papá podría ser el hombre que arregla todas las cosas que se necesitan en un circo.

Los padres de Jimmy miraron al niño asombrados, como si creyeran que se había vuelto loco. La madre se puso repentinamente a llorar. Luego se enjugó los ojos con un pañuelo y dijo:

—No lloro de pena. Estoy muy contenta al pensar que tu padre ha encontrado por fin un buen trabajo y que tú estás aquí, Jimmy querido... y puedo ir con vosotros para cuidarlos.

—¿Vendrás entonces, mamá? —gritó Jimmy saltando de alegría y echándoles los brazos al cuello, primero a su padre y luego a su madre—. Así estaremos todos juntos; será estupendo.

—Sí... pero ¿cómo lo haremos para el carromato? —dijo el padre—. No podemos meternos todos en el carromato del payaso. Hubiera estado bien para mí solo, pero no puede ser si también venís vosotros dos.

—Bueno, ya se lo preguntaremos al señor Galliano —dijo Jimmy—. Es un hombre estupendo. Iré ahora mismo. Mamá, ¿puedes hacer los paquetes hoy y venir?

—¡Claro que no, Jimmy! —dijo su madre, mirando los escasos muebles que allí había.

—¡Sí, mamá, has de hacerlo! —dijo Jimmy—. La verdad es que no necesitarás muchas cosas en un carromato. Ya les diré al padre y a la madre de Lotta que vengan

y te digan lo que has de llevar.

El excitado chico corrió al circo, cantando de alegría. Antes que nada, tenía que encontrar a Lotta y darle la gran noticia. Al llegar allí la encontró acompañada por cinco de los perritos.

—¡Lotta, Lotta! —chilló—. ¡Traigo buenas noticias! ¡«Yo» también iré con vosotros y trabajaré en el circo!

Lotta se quedó tan sorprendida y satisfecha que dejó caer la correa de los perros y éstos se escaparon en distintas direcciones. Entre los dos emplearon diez minutos en reunirlos de nuevo; luego Jimmy se lo explicó todo a Lotta. Ella le escuchó llena de alegría, y después le dio un tremendo pellizco.

—¡Estoy tan contenta, que tengo ganas de pellizcarte! —dijo.

—Bueno, es una manera un poco extraña de demostrar que estás contenta —dijo el pobre Jimmy, frotándose el brazo—. Pero eres una chica muy rara, Lotta... más pareces un chico... así es que no me importa mucho... Hoy no me importa nada, porque me voy con el circo, ¡con el circo, con el circo!

—¡Jimmy viene al circo, al circo, al circo! —gritó Lotta.

Y empezó a caminar sobre las manos y a dar volteretas alrededor del campo. Esto hizo reír mucho a Jimmy. La cosa parecía muy fácil, pero era espantosamente difícil cuando «él» lo intentaba.

Jimmy fue a encontrar al señor Galliano. El señor Galliano estaba tan contento de que Jimmy hubiera encontrado a «Jumbo» y lo hubiera devuelto al circo sano y salvo, que su sombrero estaba tan ladeado que parecía a punto de caer. Se alegró mucho de volver a ver a Jimmy.

—Te vienes con nosotros, ¿verdad? —gritó, golpeándole amistosamente en la espalda.

—Sí, señor Galliano —dijo Jimmy, con sus ojos oscuros brillantes de alegría—. Pero nosotros no tenemos ningún carromato, ¿sabe? ¿Cómo lo arreglaremos?

—Es fácil, es fácil —dijo el señor Galliano—. Tenemos un carromato viejo en donde guardamos cosas. Las sacaremos y las pondremos en una jaula vacía. Tu madre puede limpiar el carromato y os metéis allí, ¿verdad? ¡Pero nos marchamos hoy, Jimmy, hoy! Este que viene es tu padre, ¿verdad?

En efecto, lo era.

—Buenos días, señor Galliano —dijo el señor Brown sonriendo a Jimmy, que estaba haciendo cabriolas de alegría—. Vamos con ustedes.

El señor Galliano le dijo al padre de Jimmy que si querían el carromato podía sacar lo que había dentro y meterlo en una jaula vacía que tenían. El señor Brown le dijo entonces a Jimmy:

—Vuelve a casa y explícale esto a tu madre, llévate a Lotta; seguramente os podrá ayudar.

—Saldremos dos horas más tarde que de costumbre, ¿verdad? —dijo generosamente el señor Galliano—. Esto os dará tiempo para prepararlo todo.

¡Vaya día que tuvieron! Jimmy, Lotta y Lal, la madre de Lotta, corrieron a casa de Jimmy para ayudar a su madre. Lal ayudó mucho; Miró rápidamente lo poco que había en la casita y dijo en seguida qué era lo que tenían que llevarse, dejando lo demás para venderlo. Ella misma buscó a un hombre que lo comprara. Luego ayudó a quitar las cortinas y dijo que llevaran todas las sartenes, y la cocina grande, y el fogón, y el taburete pequeño..., pero únicamente una silla. La cama de matrimonio cabría en el carromato, porque no era muy ancha, y Jimmy tendría que dormir en un colchón por la noche.

Todo esto resultaba emocionante. Lotta dijo que se llevaran dos candeleros y una mesita plegable. La plancha también era necesaria, porque los vestidos del circo debían estar siempre limpios y bien planchados. Jimmy se metía en todo y estaba tan entusiasmado al pensar que dormiría en un colchón y no en una cama que empezó a bailar por toda la habitación.

—Jimmy, tú estorbas más que ayudas —dijo finalmente su madre—. Ve a decirle a tu padre si puede traer aquí el carromato cuanto antes para que podamos colocar todas las cosas.

Jimmy y Lotta salieron corriendo a toda velocidad. Ninguno de los dos podía caminar tranquilamente aquel día, todo era demasiado excitante. Encontraron al señor Brown, que había sacado todas las cosas que había en el viejo carromato y lo había lavado a fondo. Era un carromato pequeño y bastante feo, que necesitaba con urgencia una buena mano de pintura... pero a los ojos de Jimmy era bonito. Era una casita con ruedas, lo mejor que un chico puede desear.

Uno de los caballos del circo arrastró el carromato hasta la casa de Jimmy. Reinó gran animación en la calle, en cuanto los vecinos se enteraron de lo que sucedía.

—¡Los Brown se marchan con el circo! —se gritaban unos a otros, y venían a ayudarles.

Lal fregó el suelo del carromato y Lotta limpió los cristales de las ventanas. Tenía cuatro: dos pequeñas delante y una a cada lado. En la parte de atrás estaba la puerta con la escalerita que colgaba.

En el suelo pusieron la alfombra del dormitorio de Jimmy, porque las otras eran demasiado grandes. No había ninguna cortina del tamaño de las ventanas, así es que las pondrían más adelante. Metieron la cama sin montar, porque no había tiempo suficiente. La cocina quedó colocada en su rincón; luego pusieron la única silla y el taburete, las sartenes y todo lo demás.

Mientras se afanaban así, Lotta, que había vuelto al circo para ayudar a su madre a empaquetar sus propias cosas, llegó corriendo por la carretera.

—¡Jimmy, Jimmy! ¡Vamos a marchar! ¡Daos prisa! ¡Que no os quedéis atrás!

Lo poco que quedaba fue amontonado en el carromato. Jimmy se despidió agitando la mano y subió precipitadamente la escalerita. Su padre se sentó delante y tomó las riendas del caballo.

Su madre cerró por última vez la puerta de su casa, medio riendo y medio llorando. Los vecinos se despidieron de ella y le desearon buena suerte.

—¡Adiós, adiós! —gritaban—. Os vendremos a ver a todos cuando el circo vuelva aquí. ¡Adiós!

El caballo trotaba calle abajo, con Lotta montada encima y el señor Brown llevando las riendas. Lotta saltaba siempre que podía encima de un caballo.

Cuando llegaron al campo del circo todo el mundo estaba a punto de marchar. Las tiendas de campaña estaban desmontadas y las jaulas puestas en orden. Los carromatos empezaban a desfilar uno tras otro, y «Jumbo» arrastraba tres, como de costumbre. Se oían gran cantidad de exclamaciones y de gritos. Era de lo más excitante.

El padre de Jimmy se unió a la hilera de carromatos. Jimmy sacó la cabeza por la ventana del suyo. Vio a «Jumbo» delante del todo, caminando con paso seguro... El buen «Jumbo». Vio a Liliput con la mona «Jemima» que le hacía carantoñas. Vio también al señor Galliano, gritándole algo a alguien, con el sombrero completamente ladeado.

Pronto el campamento quedó vacío. El circo se había puesto en camino hacia su nuevo punto de destino. Y con él iban Jimmy, su padre y su madre, muy cómodos en su carromato, preguntándose qué harían y cómo sería su nueva vida.

—Tenemos una casita con ruedas, mamá —dijo Jimmy con satisfacción—. Siempre he deseado vivir en una casa así. Ahora formamos parte del circo. ¿Verdad que es estupendo?

La madre de Jimmy estaba ocupada en colocar bien la cama. ¡Quedaba tan poco espacio en el carromato una vez puesta la cama! Jimmy tenía que sentarse encima cuando quería mirar por la ventana, pero casi siempre se sentaba en el escalón superior de la escalerita, silbando alguna alegre tonada mientras el desfile del circo atravesaba los pueblos y ciudades, divertido al ver las caras curiosas y oír los gritos de los mirones. Jimmy se sentía muy importante... porque ahora pertenecía verdaderamente al circo.

## EL CIRCO EN LA CARRETERA

El primer día que Jimmy viajó con el circo fue realmente muy emocionante. El circo iba despacio, porque «Jumbo» iba muy despacio y todos los carromatos se acomodaban a su paso. Algunas veces los caballos se adelantaban bastante y dejaban atrás al viejo «Jumbo» con los tres carromatos que arrastraba... pero luego los caballos descansaban un buen rato, así es que «Jumbo» siempre acababa por alcanzarlos.

Por otra parte, a nadie le importaba ir aprisa o despacio. El señor Galliano decidía cuánto tiempo pasarían en la carretera antes de llegar a la próxima ciudad, y hacía adelantar a uno de sus hombres para pegar grandes carteles hablando del circo en la ciudad a la cual se dirigían.

Esta vez calculaba que pasarían dos días en la carretera. La ciudad a donde se dirigían era muy grande —la ciudad de Bigchester—, y estaba a bastante distancia. Esperaban llegar allí el martes por la noche y que el miércoles estaría todo dispuesto para que el circo diera su primera función. Lotta le explicaba todo esto a Jimmy durante el camino. Había ido al carromato de Jimmy y estaban sentados ambos en los escalones, traqueteados de un lado a otro. Arrastraba el carromato uno de los caballos corrientes, ya que los hermosos caballos que salían en la función del circo sólo llevaban el hermoso coche del señor Galliano.

—¡Jimmy, no sabes lo contenta que estoy de que vengas con nosotros! —dijo Lotta, con los azules ojos brillantes como nomeolvides—. Ahora me podrás ayudar todos los días. No sé cuál será el trabajo que te dará el señor Galliano. Supongo que ayudarás a cuidar los animales.

—Sí, eso es lo que voy a hacer —dijo Jimmy, orgullosamente—. Oye, Lotta... me parecerá muy raro no ir a la escuela. Nunca he dejado de ir, sabes... y ahora ya no iré más.

—Pues yo no he ido nunca en la vida —dijo Lotta—. Sé leer un poco, pero no sé escribir.

—¡Lotta! —exclamó Jimmy horrorizado—. ¡«No» sabes escribir! ¡Eso es horrible!

—No es horrible —dijo Lotta poniéndose colorada—. A mí no me importa, porque no tengo que escribir cartas a nadie.

—Puedes tener ganas de escribir cualquier otra cosa —dijo Jimmy—. «Yo» te enseñaré a leer y escribir bien, Lotta. Por la noche vendrás a mi carromato, verás mis libros y te enseñaré muchas cosas.

—Bueno —dijo Lotta.

Pero no parecía estar muy contenta. A Lotta no le gustaban los libros... le parecían aburridos. Estaba decidida a mostrarse tonta y estúpida cuando Jimmy intentara darle clase para que se cansara y lo dejara.

Liliput les saludó desde el carromato próximo. También él estaba contento de que Jimmy fuera con ellos; todo el mundo sentía simpatía por el alegre muchacho, así como por su padre.

—¡Hola, Liliput! —gritó Jimmy al hombrecillo—. ¿Cómo están «Jemima» y los demás monos? ¿No se asustaron con la tempestad de la noche pasada?

—¡Ni un poco! —respondió Liliput, chillando también—. «Jemima» se metió debajo de las sábanas y se acurrucó a mis pies. Siempre hace lo mismo cuando oye ruidos. Los otros no se movieron, ni chistaron.

—Oh, me hace gracia eso de dormir con un mono acurrucado a los pies —dijo Jimmy, sorprendido. Eso era lo mejor del circo. Cada día sucedían cosas extraordinarias y divertidas. Jimmy estaba radiante de felicidad. Podía oír cantar una canción a su madre en el interior del carromato. También ella era feliz. Su marido tenía una buena colocación en el circo, Jimmy tendría trabajo también y ella podía acompañarles. Todo era estupendo.

En aquel preciso momento el carromato pasó por encima de una piedra grande y dio tal salto que Jimmy cayó sobre los escalones y rodó hasta el suelo. Lotta rió hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Esto demuestra que no eres un chico de circo de verdad —dijo—. Un chico de circo no se cae nunca por los escalones de un carromato. ¡Estabas muy gracioso, Jimmy!

Jimmy le dio un empujón a la descarada chiquilla, y entonces fue «ella» la que rodó escalones abajo. Pero justo antes de alcanzar el suelo dio una voltereta apoyándose con las manos y levantando los pies al aire y volvió a caer sobre los pies tan ligera cómo un gato... para estar otra vez en los escalones del carromato, al lado de Jimmy y dándole un fuerte pellizco antes de que él pudiera ni pronunciar una palabra.

—¡Ay! —gritó Jimmy, porque los pellizcos de Lotta eran realmente horribles—. ¡No hagas eso!

—Oíd vosotros dos —dijo su madre desde el interior del carromato—. Estos escalones no son un lugar muy a propósito para pelearse. Lotta, ¿qué les has hecho a tus cabellos esta mañana? Están horribles. ¿Te has pasado el peine?

—¿Pasarme el peine? —dijo Lotta sorprendida—. Claro que no, señora Brown. Sólo me peino para salir a la pista los días que hay función.

—¡Santo Dios! —dijo la señora Brown—. No me extraña que estén tan enmarañados. Oye, Lotta, si quieres ir a ponerte realmente limpia y aseada puedes venir a comer con nosotros. Tengo sardinas y un pastel con jengibre.

—¡Oooh! —exclamó Lotta, que siempre estaba hambrienta, lo mismo que Jimmy—. Muy bien, iré y haré lo que pueda. Parece que sea perder el tiempo, y a Lal, mi madre, le parecerá muy extraño que me esté aseando... pero me gustará mucho comer aquí.

La niña saltó vivamente al suelo y corrió hacia su carromato. Jimmy se echó a reír.

—¡Oh, mamá! —dijo—. Estoy seguro de que nunca cambiarás a Lotta. Siempre lleva las manos sucias y el cabello enmarañado, y no le importa que le falten botones.

—Bueno, Jimmy, no te metas en la cabeza que te has de volver «así» —dijo su madre con firmeza—. Los del circo son amables y buena gente, pero creo que podrían ser un poquito más aseados; y Lotta ha de aprender que no la dejaré venir a comer aquí si no viene tan limpia y arreglada como nosotros. Ahora ven y lávate las manos.

Jimmy se deslizó en el interior del carromato. Verdaderamente, casi no quedaba sitio para moverse, con la cama, el fogón y la mesita plegable. Después de sumergir las manos en la palangana llena de agua y de lavárselas, se mojó el cabello y se lo peinó. Su madre estaba atareada cortando el pastel de jengibre. Parecía muy apetitoso.

Lotta no tardó en regresar. Parecía completamente distinta; tenía los cabellos brillantes y el rostro y las manos completamente limpios.

—Eres una buena chica, Lotta —dijo la madre de Jimmy.

Y Lotta se puso muy contenta, porque la madre de Jimmy le gustaba mucho.

—Sentaos a comer en la escalera —dijo la señora Brown—. Aquí no hay sitio. También le daré a tu padre un bocadillo y un pedazo de pastel a través de la ventanita delantera.

El padre de Jimmy estaba en el pescante conduciendo el caballo. Desde dentro le oían silbar alegremente mientras disfrutaba del sol de mayo y del perfume de los setos floridos junto a los cuales pasaban. La madre de Jimmy abrió una de las ventanitas que daban a la parte delantera del carromato, sacó la mano por ella y tocó a su marido en el hombro. El señor Brown volvió la cabeza sorprendido.

—Bocadillos y pastel para ti, Tom —dijo la señora Brown, y él los cogió encantado porque también sentía mucho apetito. Al poco rato todos comían afanosamente, y cuando los dos niños acabaron no quedaba ni una migaja de pastel.

—¡Oh, esto sí que es divertido! —dijo Jimmy, mirando hacia el cielo—. Ir traqueteando así, sin preocuparse por nada, sin escuela para mañana, haciendo vacaciones siempre.

—¡Vacaciones! —dijo Lotta, sorprendida—. ¿Qué estás diciendo, Jimmy? Las únicas vacaciones que tenemos la gente del circo son los días que estamos en camino como ahora. El resto del tiempo es de trabajo de verdad. Espera a que llegemos a Bigchester y empecemos a destapararlo todo... ya oirás gritar al señor Galliano dando

órdenes a todo el mundo, y tú también tendrás que correr. Todavía no sabes lo pesado que es el trabajo. Ir a la escuela es un juego, comparado con el trabajo del circo.

Los carromatos, las jaulas y los coches del circo iban traqueteando a través del largo día de mayo. Los perros gruñían y ladraban en sus jaulas porque se sentían inquietos y acalorados. Jimmy fue a mirar si tenían suficiente agua para beber, porque con el traqueteo de la carretera se perdía mucha. El chico llenó de agua sus grandes tazones y les dio un puñado de bizcocho seco. Todos se apiñaron a su alrededor, lamiéndole las manos y saltando, contentos de verle. El sol quemaba en su gran jaula. Jimmy vio una persiana arrollada en la parte alta y la bajó para que tuvieran sombra. Uno de los perritos se sentía incomodado por el calor y estaba indispuerto, por lo que fue puesto en una jaula separada para que pudiera descansar con más tranquilidad. Había tres o cuatro jaulas separadas al final del gran carromato-jaula para que cada perro pudiera ser separado de los otros de vez en cuando.

Normalmente, les gustaba estar juntos, jugando y corriendo, porque eran unos animalitos felices y sanos, juguetones y de buen humor. Jimmy silbó al perrito que había separado de los otros y le dio un poco de agua. «¡Guau!», ladró el perrito, agradecido.

—Esta noche, cuando llegemos al campamento, les llevaremos a correr un poco —dijo Lotta—. Será divertido salir a pasear un rato.

La caravana del circo seguía adelantando en el atardecer de mayo. El sol bajaba ya, pero los días eran largos y luminosos. Jimmy pensó que «Jumbo» debía tener mucho calor, caminando todo el día bajo el sol... pero no parecía que al elefante le preocupara gran cosa. El señor Tonks detuvo la caravana y llevó a «Jumbo» a beber a un río cercano. «Jumbo» sumergió en el agua su larga trompa, luego la levantó y roció con el agua fresca su polvorienta espalda. Lo hizo varias veces, hasta que se hubo refrescado de verdad; luego dirigió repentinamente su trompa hacia Jimmy y Lotta, que permanecían allí cerca observándolo.

Lotta se apartó a tiempo, pero Jimmy quedó completamente mojado, lo que hizo reír mucho a la niña.

—Muchas veces hace esta broma —dijo—. Ya me he dado cuenta de que la iba a hacer. ¡Oh, Jimmy, qué mojado estás!

Jimmy rió también, y «Jumbo» dejó oír un sonoro berrido.

—«Jumbo» también se ríe —dijo su guardián, el señor Tonks—. Vamos, «Jumbo», debemos regresar.

Alrededor de las ocho, cuando el sol estaba muy bajo detrás de los árboles y las sombras se alargaban, el señor Galliano dio el alto. Habían llegado a un lugar sombreado en cuyas cercanías había una fuente para beber.

En seguida todo el mundo estuvo atareado moviéndose agitadamente. Los caballos fueron llevados aparte, para que pudieran pastar. Los carromatos quedaron instalados sobre la hierba, con las escaleras apoyadas en el suelo. Los perros empezaron a ladrar, porque sabían que se acercaba la hora del paseo. «Jemima», la

mona, dejó a Liliput y se encaramó a un árbol, sobre el cual permaneció haciendo monerías y chillando. Los otros monos, que no eran tan salvajes como «Jemima», prefirieron quedarse tranquilos dentro de la jaula.

Se encendieron los fuegos y pronto se elevaron al aire deliciosos olores de guisos. El tiempo era tan estupendo que todos comieron al aire libre. Hacía calor, y el perfume de las flores de espino que se extendían sobre los setas como una capa de nieve hacía aspirar a todos con delicia.

La madre de Jimmy vio que todos encendían el fuego cerca de sus carromatos y pensó hacerlo también, pero ignoraba el modo de encender un fuego de campamento y todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Jimmy había ido a ayudar a su padre con los caballos, y la señora Brown creyó que no podría hacer la cena.

Pero Lotta se precipitó en su ayuda.

—Antes de que lleguen Jimmy y Brownie ya lo tendremos todo hecho —gritó—. Encenderé el fuego por usted, señora Brown.

En efecto, cuando Jimmy y su padre regresaron, el fuego chisporroteaba; los arenques se asaban y todo parecía tan maravilloso que era imposible expresarlo en palabras.

—¡Ahora voy a disfrutar mi primera noche de campamento! —gritó Jimmy.

## LA PRIMERA NOCHE EN EL CAMPAMENTO

Jimmy opinó que nunca había comido unos arenques tan sabrosos. Ya oscurecía y el fuego alrededor del cual estaban sentados esparcía resplandores rojos y amarillos. Había dos arenques para cada uno, cacao caliente y pan con mantequilla. Jimmy comió con voraz apetito. Todo el mundo charlaba y reía. Era muy agradable poder descansar después de un día de traqueteo y sacudidas.

Los caballos del circo pastaban tranquilamente, atados a largas cuerdas que les permitían moverse con libertad. Siempre se quedaba alguien para vigilarlos durante la noche, porque eran caballos de mucho valor. «Jumbo» también se recreaba comiendo, porque tenía mucha hambre, y se oían sus berridos: «Rrrurnf, rrrurnf...» una y otra vez, como si hablara consigo mismo. El señor Tonks lo había atado con una cuerda muy grande a un tronco muy corpulento, porque no tenía ganas de perderlo otra vez si se desencadenaba alguna tormenta.

La luz de los fuegos del campamento brillaba en el claro del bosque. El señor Galliano llamó a uno de sus hombres y le dijo que fuera a todos los carromatos.

—Dentro de media hora deben estar apagados todos los fuegos —dijo el hombre.

Lotta explicó el motivo de esta orden.

—Nunca dejamos ningún fuego encendido durante la noche —dijo—. Un pedazo de papel encendido que el viento haga volar puede pegar fuego a un carromato o una jaula. Por eso el señor Galliano siempre señala una hora para que se apaguen todos los fuegos.

Siguieron sentados un ratito más junto al fuego hasta que alguien llamó a Lotta.

—¡Lotta!, ¿dónde estás? ¿Qué haces con los perros? Hace rato que están ladrando y sacando las cabezas.

—¡Vamos, Jimmy! —dijo Lotta poniéndose en pie—. Debemos llevar de paseo a los perros antes de que sea demasiado tarde.

—Pero Jimmy —dijo su madre, a quien disgustaba que su hijo se acostara tarde—, ¿estás obligado a ir? ¡Es hora de que te vayas a la cama!

—Si está cansado puede dormir de día, mientras viajemos —dijo el señor Brown—. Las horas del circo son diferentes de las horas de la otra gente, Mary. Ya puedes marchar, Jimmy... Lleva los perros a pasear con Lotta. Yo apagaré el fuego.

Los dos chiquillos se alejaron con los perros, que estaban encantados de moverse. Lotta y Jimmy soltaron a tres de los perros que eran muy obedientes y sabían que obedecerían cuando les silbaran. Los demás tuvieron que ir atados con las largas correas. Todos se dirigieron a una pequeña ladera que parecía conducir a una colina.

—¡Esto es precioso, Lotta! —dijo Jimmy, aspirando al pasar el perfume de los espinos floridos—. ¡Mira la luna!

La luna surgía lentamente sobre la montaña que tenían ante ellos. Todo el paisaje estaba bañado en una luz pálida, fría y plateada. Se veía perfectamente, y Lotta y Jimmy pensaron que era igual que de día pero sin colores.

Fue un paseo muy bonito. Los dos chiquillos estaban cansados, pero se alegraban de poder estirar las piernas después de haber pasado tantas horas en el carromato. Los perros tiraban de las correas, y los que no iban atados corrían arriba y abajo y de un lado a otro como si estuvieran completamente locos.

No encontraron a nadie, porque aquel lugar estaba completamente desierto. Únicamente una solitaria casa de campo brillaba a la luz de la luna no lejos de allí. Un perro ladró ruidosamente.

—Es hora de que volvamos —dijo Lotta—. ¡Tengo un sueño terrible! ¡Vamos, «Punch»! ¡Vamos, «Judy»! ¿Dónde está «Darky»? Sílbale, Jimmy; tú silbas más alto que yo.

Jimmy silbó, y «Darky» se precipitó hacia ellos apenas volvieron la espalda.

—Tengo que conseguir enseñar a «todos» los perros a que vengan cuando les silbe —dijo Jimmy—. Entonces les podremos soltar siempre que queramos, Lotta, y podrán disfrutar y correr a su gusto.

Regresaron al campamento cantando. Lotta conocía viejas canciones del circo y Jimmy sabía las canciones que le enseñaban en la escuela. Primero cantaba uno de los niños, luego otro; era muy divertido. A los perros parecía gustarles, porque estaban muy quietos y tranquilos.

Cuando llegaron al campamento todos los fuegos estaban apagados y la gente se disponía a acostarse. Liliput y «Jemima» estaban ya en su carromato, y Jimmy se preguntó si la monita estaría acurrucada a los pies de Liliput o abrazada a su cuello. ¡Debía de ser divertido dormir siempre con una mona acurrucada a los pies!

—¡Jimmy! ¡Habéis tardado mucho! —dijo su madre, mientras el chiquillo ayudaba a Lotta a encerrar a los perritos y darles la comida—. Date prisa... ya es hora de que estuvieras dormido en tu cama.

—Buenas noches, Lotta —dijo Jimmy, al oír que Laddo su padre, la estaba llamando—. Ya te veré mañana.

Los dos corrieron a sus respectivos carromatos. La madre de Jimmy le había dejado agua preparada para lavarse. Al poco rato el niño se había puesto el pijama y estaba acurrucado en el pequeño colchón colocado en el suelo, al lado de la cama de sus padres. ¡Qué divertido era dormir en una casa con ruedas!

La puerta quedó cerrada y todas las ventanitas abiertas para dejar penetrar el suave aire de la noche de mayo. Jimmy quitó una de las mantas. ¡Verdaderamente hacía demasiado calor para ponerse dos! Y permaneció tendido, cubierto con una manta, escuchando la llamada de un búho en el bosque y viendo brillar una gran estrella blanca a través de la ventana de un lado del carromato.

«Ahora soy uno de los del circo —pensó medio dormido—, uno de los del circo... f... f... f... ».

Y en seguida se quedó dormido, soñando con una larga carretera blanca que debía seguir con su carromato. Durmió toda la noche sin despertarse... y ni siquiera se despertó cuando su madre se levantó por la mañana y abrió la puerta del carromato. Tuvo que pasar por encima de Jimmy y le dio risa ver que seguía durmiendo tan pacíficamente.

El sol había salido y todo el paisaje estaba dorado. El cielo era de un azul purísimo y todo parecía nuevo y fresco. La señora Brown se sentía feliz. Era muy diferente esto que vivir en una ciudad, en una calle estrecha y sucia, con un pequeño patio y sin ver ni un árbol.

Cuando Jimmy se despertó por fin había mucho bullicio en el campamento. Todos estaban desayunando, los caballos habían sido bañados, «Jumbo» había sido alimentado y los perros también, y se percibía un apetitoso olor a tocino y salchichas fritas.

Jimmy se sentó sobre su colchón.

—¿Dónde estoy? —se preguntó a sí mismo con sorpresa, viendo a su alrededor el viejo carromato, que parecía oscuro al compararlo con el sol brillante del exterior. Luego lo recordó y lanzó un grito—. ¡Hurra! ¡Estoy en el circo! ¡Mamá! ¿Dónde estás?

—Aquí fuera, Jimmy, preparando el desayuno —gritó su madre—. Ve a lavarte en la fuente. La toalla está encima de tu manta.

Jimmy se vistió y corrió hacia la fuente. ¡Huy! ¡El agua estaba muy fría! Volvió a toda prisa al carromato, hambriento como un cazador, se peinó y saltó sobre la hierba para tomarse un trozo de tocino y una tostada salchicha. Lotta estaba desayunando con Lal y Laddo, no lejos de allí, y le saludó.

—¡Dormilón! —gritó.

—Lotta asomó la cabeza varias veces esta mañana para ver si estabas despierto, pero tú dormías —dijo la señora Brown—. No he dejado que te despertara. Tú no estás acostumbrado a las horas del circo y no quiero que te canses demasiado al principio.

—¡No, mamá, no estoy cansado! —dijo Jimmy—. Siento que no me despertaras antes. ¿Nos marcharemos pronto?

—Sí, poco después de acabar de desayunar —dijo su padre—. Yo voy a ayudar con los caballos; tú échale una mano a tu madre, Jimmy.

El señor Brown se marchó y Jimmy ayudó a su madre a lavar los cacharros. La señora Brown le encargó que fuera a la alquería próxima a buscar huevos frescos y leche. Cuando Liliput le vio marchar fue también con él, llevando a «Jemima» sobre su hombro como de costumbre.

—¡Huevos frescos! —dijo Liliput, sacándose dinero del bolsillo—. Yo también compraré; y tú querrás uno también, ¿verdad, «Jemima», guapita?

«Jemima» dejó oír un chasquido y mordió cariñosamente la oreja de Liliput. Luego se sentó encima de su cabeza y cuando la mujer del granjero salió a la puerta y vio a la mona instalada allí echó a correr hacia dentro de la casa gritando.

—¡No es nada! —gritó Jimmy—. Es una mona domesticada. Necesitamos huevos frescos y un poco de leche. Ya traigo un jarro.

La granjera sacó la cabeza por la esquina de la casa.

—Llévese a ese mono de aquí —le dijo a Liliput—. Son unos bichos feroces y malvados.

Liliput hizo una mueca ofendida y se puso a la monita debajo de la americana. La granjera trajo seis huevos frescos, llenó de leche la jarra de Jimmy y se volvió a meter en la casa cerrando la puerta de golpe.

Jimmy se echó a reír y volvió al campamento con Liliput. Los caballos ya estaban enjaezados y dispuestos para marchar. «Jumbo» estaba en la carretera agitando sus largas orejas. La señora Brown permanecía en la puerta de su carromato esperando que llegara Jimmy.

—¡Corre, Jimmy! —gritó—. Estamos a punto de marcha.

Todos los fuegos estaban apagados, y los desperdicios habían sido recogidos y quemados antes de levantar el campamento. El señor Galliano nunca dejaba nada sucio cuando marchaban. Y si alguien se atrevía a dejar papeles o cacharros abandonados se ponía hecho una furia. Era un hombre estupendo; bondadoso, pero de carácter firme; amable, pero de genio muy vivo, y todo el mundo le quería y procuraba complacerle.

El sonoro restallido de un látigo se oyó dos veces... era la señal de marcha. Los caballos iban delante, luego seguía «Jumbo», dando sus grandes zancadas. Liliput saltó sobre su carromato y saludó con la mano a Jimmy. Oona el acróbata aguardaba su turno y Stanley Pegajoso, el payaso, estaba sentado en su viejo carromato tarareando una nueva y divertida canción que había inventado el día antes.

La caravana empezó a desfilar por la carretera; algunos de los carromatos iban lanzando humo de sus fogones por la pequeña chimenea. El señor Galliano iba sentado en su coche, con el sombrero ladeado, y a su lado iba su mujer, siempre gordita y amable. Nadie la conocía mucho porque acostumbraba quedarse aparte, esperando al señor Galliano durante todas las horas del día. Los caballos que arrastraban el coche eran estupendos y de gran estilo.

—Galliano siempre va en su coche vestido como cuando trabajamos en la función —le dijo Lotta a Jimmy—. Al atravesar las ciudades todo el mundo le mira y esto les hace hablar del circo, y después vienen a verlo. Supongo que llegaremos a Bigchester hacia la hora de merendar.

Jimmy se instaló para el día de viaje. Era muy interesante ver los sitios por donde pasaban. El circo atravesaba pequeños pueblos y grandes ciudades, campiñas verdes y granjas grandes o pequeñas. Todo el mundo salía para mirar el desfile. El señor Galliano saludaba a derecha e izquierda como si fuera un rey, y los que cabalgaban en

los caballos delanteros iban haciendo resonar muy fuerte las trompetas: «¡Tan-tan-tará! ¡Tan-tan-tará!».

La gente miraba a Jimmy mientras pasaba, y esto le hacía enorgullecerse.

—No sé qué debe hacer este chiquillo en el circo —decía a veces alguien—. Tal vez baila sobre la cuerda.

—No, no lo hace —chillaba entonces la traviesa Lotta—. Lo único que hace es llevar a bañar al elefante y meterlo en su casa por la noche.

## LOTTA ENSEÑA A MONTAR A JIMMY

Poco más o menos a las cinco de la tarde el circo llegó al campamento, en donde debía permanecer tres semanas. Los del circo ya habían estado allí unos años antes, y decían que la ciudad de Bigchester era muy alegre y la gente venía al circo con mucha frecuencia, así es que tanto el señor Galliano como los demás ganaban mucho dinero.

Jimmy se puso muy contento al oírlo.

—Así podremos comprar pintura y pintar el carromato —le dijo a su padre—. Y también me gustaría poner unas cortinas bonitas en las ventanas, como las que tiene el señor Galliano en su casita con ruedas.

Pero el señor Brown no tenía tiempo para escucharle cuando el circo llegaba al lugar del campamento. El que hace los trabajos del circo tiene un centenar de cosas que realizar, todas diferentes, y muchas de ellas deben hacerse en seguida. El señor Brown corría de un lado a otro llamado por todo el mundo, pero especialmente por el señor Galliano, que parecía estar a la vez en veinte sitios diferentes.

Los carromatos se detuvieron en un campo enorme. Las jaulas fueron colocadas en una esquina. Los carromatos, juntos, formando círculo. Los vagones y camiones que llevaban todos los bancos, entoldados, etc., fueron colocados en el centro. Allí era donde debía elevarse el gran entoldado del circo. Brownie, como todo el mundo llamaba al padre de Jimmy, se precipitaba de un lado a otro, echando una mano aquí y allá a todo el mundo.

El señor Galliano gritaba y chillaba, y «Jumbo» el elefante levantaba su trompa y lanzaba sonoros berridos, como si intentara dominar la voz de Galliano. Lotta se reía. Siempre se quedaba un poco aparte en el momento de instalar el circo, porque sabía por experiencia que la gente mayor se ponía muy pesada cuando tenía demasiado trabajo. Ella y Jimmy estaban debajo del carromato de éste, sacando las cosas que no pueden llevarse dentro de un carromato pequeño... el tubo de la ducha, una caja con gran cantidad de cosas variadas, una maleta de vestidos, y un par de sartenes viejas. Verdaderamente, el carromato era tan pequeño que incluso una sartén estorbaba.

Durante cuatro horas hubo bullicio, ruido y gritos; luego todo se fue calmando de un modo gradual. El campamento estaba ya instalado. Los caballos eran los primeros animales de quienes era preciso cuidarse, porque debían estar siempre perfectos. Al poco rato estaban en el campo, comiendo hierba pacíficamente bajo la vigilancia de Jorge, uno de los encargados de los caballos. «Jumbo» estaba atado a un poste muy

fuerte, y a Jimmy le hizo reír mucho que el poste estuviera a su vez atado al carromato del señor Tonks.

—¡Señor Tonks, señor Tonks! —gritó el niño—. Si «Jumbo» vuelve a escaparse por la noche, al arrastrar el poste arrastrará también su carromato y usted saltará por los aires.

—Precisamente eso es lo que quiero —dijo el señor Tonks sonriendo—. No permitiré que «Jumbo» se escape solo nunca más. Si se marcha, me llevará con él.

Mucha gente de la ciudad había ido a ver cómo instalaban el circo. Jimmy se sentía orgulloso al ir de un lado a otro, porque se daba cuenta de que los chiquillos que le estaban mirando tenían envidia de él, porque también les hubiera gustado mucho pertenecer al circo. Jimmy esperaba que Lotta no les explicaría que bañaba al elefante por la noche y lo llevaba a dormir, tal como se lo había dicho a la gente de la carretera. Verdaderamente, nunca se sabía lo que iba a decir el diablillo de Lotta.

—Inauguramos el circo el jueves por la noche —dijo el señor Galliano a su gente—. Todo el mundo ha de estar a punto.

Aquella noche, Jimmy volvió a acostarse en su colchoneta, y durmió tan profundamente que no oyó barritar a «Jumbo» por la noche porque «Jemima», que tenía demasiado calor en su carromato, se había escapado para gastarle una broma a «Jumbo». Se había encaramado sobre él mientras estaba durmiendo en el campo y le hizo cosquillas en una de sus enormes orejas con un palo que había encontrado.

«Jumbo» agitó la oreja y volvió a dormirse. «Jemima» le cosquilleó de nuevo. «Jumbo» volvió a mover la oreja y «Jemima» a cosquillar... Hasta que finalmente el elefante se despertó y barritó ruidosamente al ver junto a él a la traviesa monita. El señor Tonks sacó la cabeza por la puerta de su carromato y gritó a «Jumbo» que callara. «Jemina» se escapó disimuladamente charlando consigo misma con regocijo. A veces podía ponerse muy impertinente, pero todo el mundo la quería y parecían no dar importancia a sus travesuras.

Al día siguiente hubo de nuevo gran bullicio. Durante todo el día se trabajó montando, clavando y colgando. La gran carpa quedó instalada, y Jimmy ayudó a clavar las estacas a las cuales iban atadas las cuerdas que la sostenían. Luego fueron desembalados y colocados los bancos. Tres de ellos tuvieron que ser arreglados, y el padre de Jimmy lo hizo en un periquete.

—Ven conmigo a la pista del circo —dijo Lotta a Jimmy aquella tarde, una vez estuvo instalada la carpa—. He de entrenarme en montar a caballo, Laddo lo ha dicho. Ya tiene los caballos preparados. Ven tú también a verme.

Jimmy acompañó a Lotta. La niña no llevaba su vaporoso vestido de circo, sino su falda y su jersey viejo. Al llegar a la pista se quitó los zapatos. Allí la estaban esperando sus padres, Laddo y Lal. Ambos sonrieron a Jimmy.

—También te enseñaré a montar a ti, Jimmy —dijo Laddo—. No serás un chico de circo hasta que sepas montar bien a cualquier caballo.

Jimmy estuvo observando lo maravillosamente que montaban Laddo y Lal. Tenían tres caballos blancos y los montaban sin ensillarlos, cabalgando de frente, de espaldas, de lado, arrodillados, de pie, balanceándose primero sobre una pierna, luego sobre la otra. Era maravilloso contemplarlos.

—Ahora tú, Lotta —dijo su padre—. Ven aprisa y haz en seguida tus ejercicios porque queremos enseñarte uno nuevo.

Lotta saltó ligeramente sobre el caballo y, después de dar una vuelta a la pista, se puso de pie y empezó a subir y bajar el cuerpo siguiendo el ritmo del galope del caballo, con la ligereza de una hada.

Laddo cogió otro caballo y lo hizo galopar al lado del que llevaba Lotta.

—¡Ahora salta a este caballo, Lotta! —dijo—. ¡Salta! Aquí está el lugar al que has de saltar..., lo he marcado con negro.

Jimmy vio que la parte delantera del lomo del caballo estaba señalada con un círculo negro. Lotta tenía que saltar allí. Jimmy tuvo miedo de que se cayera.

—¿La cogerás si se cae? —le preguntó ansiosamente a Laddo.

—Aunque se caiga no se hará daño —dijo Laddo, riendo. Y Lotta se echó a reír también.

—¡Salta ahora! —dijo Laddo, haciendo correr al otro caballo.

Lotta saltó y aterrizó lindamente en el lomo del otro caballo, justo en donde Laddo había pintado el círculo. La niña conservó un momento el equilibrio..., luego lo perdió y cayó graciosamente sobre el lomo del caballo.

—No, esto no va bien, Lotta —dijo Laddo—. Prueba otra vez. Has de conservar el equilibrio y después, cuando hayas dado una vez la vuelta a la pista, volver a saltar otra vez sobre tu propio caballo.

Lotta se deslizó abajo del segundo caballo y volvió a montar en el suyo. Permaneció de pie sobre él y esperó el momento oportuno para saltar y poner limpiamente los pies sobre el lomo del segundo caballo. Esta vez consiguió conservar perfectamente el equilibrio y con un grito de júbilo dio toda la vuelta a la pista sosteniéndose con un solo pie y levantando el otro en el aire.

—Ahora vuelve otra vez a tu caballo, Lotta —gritó su padre.

La niña volvió a saltar con ligereza, pero volvió a perder el equilibrio y con gran espanto de Jimmy se cayó del caballo.

Pero no había motivo para asustarse, porque Lotta era ágil como un gato y siempre caía sobre sus pies, así es que aterrizó ligeramente sobre la alfombra roja de la pista.

Laddo se mostró duro con ella, y Lal, su madre, también.

—Haré marchar a Jimmy si no trabajas bien —dijo Lal, despreciativamente—. Pasarás el resto de la tarde practicando, Lotta, y si no consigues hacerlo bien te levantarás a las cinco de la mañana y volverás a entrenarte.

Lotta refunfuñó, malhumorada; luego volvió a saltar sobre su caballo y empezó a entrenarse atentamente. Mientras cabalgaba dando vueltas y vueltas, subiendo y

bajando, Stanley Pegajoso, el payaso, penetró en la pista.

—Muy bien, Lotta; no te detengas —dijo—. He venido a practicar nuevas volteretas, pero lo haré directamente sobre la alfombra de la pista, así es que no me estorbas.

Stanley no parecía un payaso en aquel momento, porque iba vestido con un jersey amarillo y unos pantalones gastados de franela gris. Empezó a dar volteretas sobre la alfombra roja, y fue dando vueltas y más vueltas hasta que cayó hacia el borde de la pista, justo debajo de las patas de uno de los caballos, pero el caballo saltó con precisión por encima de él y siguió galopando sin perder el paso.

—Anda, Jimmy, ven a dar unas cuantas volteretas —dijo el payaso.

Lotta detuvo los caballos para que descansaran un poco y se quedó mirando como, Stanley enseñaba al pobre Jimmy.

Jimmy podía dar un par de volteretas perfectamente, pero le resultaba imposible hacer doce, una tras otra, como lo hacía Stanley. Ni siquiera conseguía dar tres seguidas.

—Jimmy, tú decías que no sabías montar —dijo Lotta—. Sube encima de mi caballo y Pruébalo.

—¡Pero me vaya caer! —dijo Jimmy, horrorizado—. Tu caballo no lleva ni silla ni estribos.

—Tienes que aprender a montar sin silla, de otro modo no servirás para nada encima de un caballo —dijo Lotta riendo—. ¡Monta de una vez!

Y Jimmy se vio obligado a montar. Se asió a las riendas como si en ello le fuera la vida y pensó que un caballo era el bicho más escurridizo que había encontrado. Primero resbaló hacia un lado, luego hacia otro, y por fin se cayó estrepitosamente al suelo.

Stanley y Lotta se cogieron uno a otro, riendo hasta que se les caían las lágrimas. Les había parecido la cosa más divertida del mundo ver caer al pobre Jimmy del majestuoso caballo al galope.

—¡Oh, Stanley, si pudieras hacer eso en el circo mañana por la noche la gente se reiría a más no poder! —dijo Lotta.

—Es una gran idea, Lotta —dijo el payaso. Luego le dijo a Jimmy—: Sube otra vez encima del caballo y hazlo de nuevo. Si lo veo una vez más ya lo sabré hacer.

—No, gracias —dijo firmemente Jimmy, frotándose el lugar en que había recibido el golpe.

—Va, Jimmy, demuestra que eres deportista —dijo Lotta.

Entonces Jimmy cambió de opinión y volvió a subir encima del caballo de Lotta. Pero le salió tan mal como la primera vez, le resultaba sencillamente imposible sostenerse sobre el caballo. El caballo le lanzaba al aire, y cuando Jimmy bajaba era cuando el animal subía, y el niño perdía el equilibrio y empezaba a resbalar, primero hacia un lado y después hacia otro, siendo despedido cada vez. Finalmente, resbaló

hacia atrás sobre la cola del caballo y cayó, dándose tal golpe que tardó un minuto en recobrar la respiración.

Stanley y Lotta estaban sentados en el suelo y volvían a reír hasta que les dolieron los costados.

—He de hacerla, claro que he de hacerla —dijo el payaso.

Y montó sobre el caballo de Lotta, que galopaba solemnemente sin dejar de dar vueltas y más vueltas alrededor de la pista. Naturalmente, Stanley sabía montar estupendamente bien, pero lo que pretendía entonces era imitar a Jimmy, y empezó a resbalar entre gritos y gruñidos hasta que finalmente cayó justo debajo del caballo y quedó enredado en sus propias piernas.

—Bueno, si era tan gracioso como lo has hecho ahora, comprendo que os rierais de mí —dijo Jimmy, que no podía tenerse en pie de tanto reír—. Hazlo mañana por la noche, Stanley.

—Muy bien —dijo Stanley—. Ya lo haré. Necesitaré tu caballo para esto, Lotta, porque es muy cuidadoso con las patas.

—¡Será divertidísimo cuando la función vuelva a empezar esta noche! —dijo Jimmy—. ¡No sabes cómo lo estoy esperando!

## EL CIRCO TIENE ÉXITO

A la noche siguiente todo estaba dispuesto en el circo. Todos habían trabajado duramente el miércoles y el jueves y ahora, a las seis de la tarde, todo estaba a punto y la gente del circo vestida para la función.

Lotta fue al carromato de Jimmy a pedirle a la señora Brown que le planchara su falda vaporosa.

—Lal, mi madre, está muy ocupada —dijo—. Se le ha roto el vestido y lo está cosiendo. Pláncheme usted mi vestido, señora Brown; será un encanto si lo hace.

La señora Brown puso a calentar su plancha y planchó el bonito vestido de Lotta. Era preciso emplear mucho rato para hacerlo y entre tanto Lotta se lavó y secó el cabello.

—¿Ya sabes saltar bien de un caballo a otro, Lotta? —preguntó ansiosamente Jimmy.

—¡Claro que sí! —dijo Lotta—. Es muy fácil. Mírame esta noche, Jimmy. Verás como me aplaudirán a mí más que a nadie.

Una vez planchado el vestido la niña se marchó corriendo. Estaba contenta porque le gustaban mucho los días en que había función. Le gustaba el resplandor de las luces bajo la lona del circo, el olor de los acalorados caballos y los gritos y latigazos del señor Galliano cuando estaba en la pista.

Uno por uno, los componentes del circo salían de sus carromatos y atravesaban el gran entoldado para recoger sus animales o sus cosas. Oona el acróbata preparaba su escalera y su cuerda. Stanley Pegajoso hinchaba unos globos con los que haría el tonto por la noche. Liliput recogía a sus monos, y Jimmy vio que «Jemima» estrenaba una falda y un gorrito de color rosa. Estaba lo más linda que puede estar una monita.

La gente de la ciudad se arremolinaba en la verja. Un hombre estaba allí haciendo sonar la trompeta: «¡tan-tan- tará!». Resultaba excitante. «¡Vengan al circo, tan-tan-tara! ¡Vengan al circo, tan-tan-tará!».

Jimmy también había estado muy atareado. Aquel día todos los perros habían sido cepillados dos veces. Estaban impacientes por salir a la pista y realizar sus habilidades, y arañaban la puerta ladrando para que les abriesen. Habían dado un largo paseo con Jimmy y Lotta, pero estaban deseando salir otra vez. «Jumbo» el elefante agitaba de un lado a otro sus grandes orejas y lanzaba berridos a la gente que le rodeaba. También él tenía ganas de salir a la gran pista iluminada y demostrar lo que sabía hacer.

Empezó la función y Jimmy estaba en la parte de fuera de la entrada que usaban los que iban a actuar y les tenía a punto las cosas que necesitaban. Aguantaba a los caballos hasta que llegaba el momento de que penetraran en la pista. Le daba a Oona el acróbata su escalera y tenía el alambre a punto para él. Entregaba a Liliput la mesita y las sillas que usaban sus monos cuando tomaban el té en medio de la pista. Verdaderamente, ayudaba mucho.

Cuando «Jumbo» el elefante penetró dando grandes zancadas en la pista para jugar al críquet con su guardián el señor Tonks, Jimmy vio que este último le hacía signos desesperados.

—¡La bola, Jimmy... la bola! —decía el señor Tonks.

La había puesto en alguna parte y no recordaba dónde. Jimmy adivinó que «Jemima», la mona, la debía haber cogido y corrió a su propio carromato. Debajo del carromato había una caja en la cual recordaba que tenía una bola suya de color rojo. La cogió rápidamente, corrió a la entrada de la pista y la tiró rodando al centro en el momento preciso. El señor Tonks quedó muy contento. Jimmy era realmente un chico muy servicial.

Después de que «Jumbo» jugara el críquet y fuera ruidosamente aplaudido y vitoreado, los tres caballos blancos penetraron en la pista, y Laddo, Lal y Lotta los cabalaron hábilmente, permaneciendo de pie sobre sus lomos, saltando de uno a otro y sin caerse nunca.

Jimmy esperaba que Lotta realizara su última habilidad. Permanecía erguida sobre su propio caballo, una encantadora figurita en su vestido de hada, con largas alas plateadas prendidas en su espalda. Y verdaderamente actuó tan bien como una hada, porque era tan ligera que parecía volar de un caballo a otro.

Jimmy no debía haberse preocupado por si Lotta caía, ya que la niña tenía los pies tan seguros como las patas de una cabra montés. Saltaba casi siempre en el lugar preciso mientras los caballos galopaban solemnemente dando vueltas y vueltas alrededor de la pista. La gente se levantaba de sus asientos y gritaba muy alto, porque Lotta les parecía maravillosa. Jimmy aplaudía también desde donde estaba, atisbando desde la entrada de la pista. ¡Cuánto le hubiera gustado saber hacer las cosas que hacía Lotta! Tal vez lo conseguiría algún día si trabajaba con empeño.

Luego volvió a entrar Stanley el payaso para realizar su último y divertido número sobre el caballo. Jimmy le miraba; le vio correr hacia la pista y saltar encima del caballo de Lotta, que todavía seguía dando vueltas. Los otros dos eran conducidos por Lotta.

—¡Yoic! —gritaba el payaso haciendo galopar al caballo y después empezaba a resbalar tal como lo había hecho Jimmy. Primero se inclinó hacia un lado y se volvió a colocar bien, luego resbaló hacia el otro y cayó al suelo, y volvió a montar y a caer, a montar y a caer. Todo el público se ahogaba de risa. Después el payaso se agarró al cuello del caballo..., después fue resbalando... y finalmente se deslizó por encima de

la cola del caballo y cayó ruidosamente al suelo, tal como había hecho Jimmy el día antes.

Todo el público reía y gritaba, y Stanley fue todavía mucho más aplaudido que de costumbre. Salió de la pista muy satisfecho, dando volteretas de vez en cuando.

Al ver a Jimmy, que permanecía en la entrada de la pista, le dirigió una sonrisa.

—¡Hola, jovencito! —dijo—. Tu truco me ha salido muy bien, ¿verdad?... ¡Caramba, he tenido una buena ovación esta noche! Aquí tienes una cosa para ti... ¡toma!

Le tiró a Jimmy una cosa redonda y brillante y el niño la cogió. Era una moneda de dos chelines, que Jimmy contempló asombrado y encantado. ¡Nunca en su vida había tenido tanto dinero!

La función siguió adelante con mucho éxito. El señor Galliano estaba muy contento. Llevaba el sombrero completamente sobre su oreja derecha desde el primer día, y la señora Galliano compró botes de macedonia de frutas y la mayor fuente de nata que Jimmy había visto nunca. Era muy divertido comer macedonia de frutas y nata a la hora de la comida, en el campamento, al día siguiente. Nunca se sabe lo que pasará en un circo.

Jimmy estuvo atareado toda aquella semana. Ayudó a cuidar a los perros y pronto Lal y Laddo los dejaron completamente en manos de los dos niños, porque querían mucho a los perros y se los podían confiar sin temor. Jimmy también ayudó al señor Tonks con el elefante, y aprendió a cuidarse de los caballos con Jorge, uno de los mozos. Todos los animales se portaban bien con Jimmy. Era verdaderamente maravilloso lo que podía hacer con ellos. Cuando «Darky» se atragantó con un hueso y estaba tan desesperado que ni siquiera al señor Galliano le gustaba acercársele, a Jimmy no le importó.

Se acercó al pobre «Darky», que casi se estaba ahogando, y puso la mano encima de la garganta del perro. Al notar que el hueso estaba allí, dio un fuerte pellizco para que saltara y el hueso salió. «Darky» estaba tan agradecido que lamió los zapatos de Jimmy hasta que brillaron.

—Buen chico, Jimmy, buen chico... —dijo el señor Galliano—. No tenías miedo de que te mordiera... ¿verdad?

—No, señor Galliano —dijo Jimmy—. No lo he pensado ni un momento. «Darky» no me mordería nunca.

Las funciones del circo se sucedieron hasta el sábado y volvieron a comenzar el lunes. Resultaba estupendamente y el señor Galliano seguía llevando siempre su sombrero ladeado. Al padre de Jimmy le dio una cantidad extra de dinero por lo mucho que trabajaba y por lo útil que se hacía. El señor Brown corrió a su carromato muy contento.

—¡Mirad! —les dijo a Jimmy y a su mujer—. ¿Qué os parece si con este dinero arregláramos el viejo carromato y lo pusiéramos bonito?

Aquella tarde Jimmy y su padre fueron a comprar pintura verde y amarilla para dejar el carronato verdaderamente bonito. El padre de Jimmy compuso una de las ruedas que parecía a punto de caer, y arregló la chimenea para que el humo no se esparciera por el interior del carronato, sino que saliera directamente afuera.

En sus ratos libres limpiaron y pintaron el carronato entre los dos. ¡Lo hubierais visto! La madre de Jimmy estaba realmente encantada.

—Espero que os quede algo de pintura para el interior —dijo—. Esto está tan oscuro... Casi no veo lo que estoy haciendo. Primero porque el cristal de las ventanas es muy malo, y después porque el humo del fogón me ha dejado las paredes muy sucias.

—En seguida que acabemos con esto —dijo el señor Brown—. Espera un poco, Mary.

Al terminar la segunda semana no hubierais reconocido el carronato de Jimmy. Estaba pintado de un verde bonito y reluciente, y las ruedas también eran verdes, pero con los radios amarillos. Las ventanas, amarillas, y la chimenea también. El padre de Jimmy había reservado dinero para comprar pintura de color crema muy claro para el interior del carronato.

Lo pintó cuidadosamente, después de haber sacado los muebles que dejó sobre la hierba.

—Has de acabarlo antes de la noche, papá —dijo Jimmy—; si no, tendremos que dormir al aire libre.

El interior del carronato quedó completamente diferente cuando estuvo acabado de pintar... tan claro y alegre que parecía dos veces mayor. El padre de Jimmy también colocó cristales nuevos en las ventanas y Jimmy se escurrió hasta la ciudad y compró una tela amarilla y verde para las cortinas, gastándose el dinero que le había dado el payaso.

—Lotta, ¿querrás hacerme estas cortinas para mi madre? —le preguntó a la niña, que estaba sentada en la escalera de su carronato comiendo tortada.

—¡Hacer cortinas! —dijo Lotta sorprendida; luego se echó a reír ruidosamente—. Debes estar loco, Jimmy. Yo no sé coser.

—¿«De verdad» que no sabes coser? —dijo Jimmy—. Pensaba que todas las chicas sabían. Para algunas cosas no eres nada lista, Lotta. ¡No sabes escribir, no sabes leer bien y no sabes coser!

—¡Y tú no sabes caerte de las escaleras si no te dan un empujón! —dijo tontamente Lotta, apartando a Jimmy tan bruscamente que lo mandó a rodar por el suelo.

Jimmy se alejó sin decir ni una palabra y fue a entregar la tela a su madre.

—Mamá, te traigo un regalo —le dijo—. Le he pedido a Lotta que me hiciera unas cortinas para ti, pero no sabe coser.

Su madre abrió el paquete y exclamó, encantada:

—¡Oh, Jimmy, qué colores tan bonitos... justo los que hacen juego con el carronato pintado de nuevo! Eres un chico estupendo. No te preocupes porque Lotta no sepa hacer las cortinas. Ya tendré tiempo para hacerlas; no tardaré más de una hora o dos. En cuanto a Lotta, creo que tendría que aprender algunas cosas. Yo la enseñaré a leer, a escribir y a coser... y tal vez a cambio Lal y Laddo quieran enseñarte a ti a montar a caballo.

—¡Oh, mamá, es una estupenda idea! —dijo Jimmy muy contento—. Voy a decírselo a Lotta. ¿Yo también daré lecciones contigo?

—Naturalmente —dijo su madre—. No voy a dejar que olvides todo lo que has aprendido... y aún puedo enseñarte algunas cosas que no sabes.

—Voy a buscar a Lotta —dijo Jimmy, y salió corriendo.

Pero Lotta no se puso nada contenta.

—¿Cómo? ¡Lecciones! —dijo Lotta—. Nunca he dado lecciones y no voy a empezar ahora.

—Pero mi madre quiere enseñarte, Lotta —dijo Jimmy—. Yo también iré a clase.

—Ya puedes ir tú solo —dijo Lotta—. Yo no iré.

—Sí que irás, Lotta —dijo una voz detrás de ellos, y Laddo sacó la cabeza por la puerta del carronato—. Ya es hora de que aprendas algo que no sea perros ni caballos. Yo le enseñaré a Jimmy a montar a caballo y a cuidarlos, y la madre de Jimmy puede enseñarte a coser y a leer, y a contar y otras cosas que una niña debe saber.

Lotta hizo una mueca y saltó escalera abajo. Cuando quería portarse mal se ponía muy tonta.

—¡A mí no me coges, a mí no me coges! —le gritó a Jimmy, y echó a correr como una flecha a través del campo. No valía la pena intentar seguirla... Jimmy no podría alcanzarla nunca.

## ¡POBRECITO «PUNCH»!

Las funciones del circo proseguían noche tras noche. «Jumbo» jugaba al criquet y era aplaudido y aclamado. «Jemima» lucía sus habilidades en la pista y los otros monos se sentaban ante su mesita y comían ante los ojos de centenares de espectadores. Los diez perritos, limpios, aseados y felices, corrían alegremente alrededor de la pista y «Judy» saltaba a través de los aros sin equivocarse ni una sola vez. Toda la gente del circo era feliz.

Jimmy era feliz también. Estaba ocupado todo el día, porque siempre había algo que hacer, y siempre estaba dispuesto a ayudar. Algunas veces estaba con Oona el acróbata y otras con Liliput, mirando como mimaba a sus monos. Cada día pasaba un rato con «Jumbo» el elefante, y después del señor Tonks, su guardián, a quien más quería «Jumbo» era a Jimmy, que siempre le traía golosinas.

Oona le dio a Jimmy un par de zapatos viejos de los suyos y le enseñó a pasar por la cuerda floja. Una vez hubo aprendido a conservar el equilibrio, lo demás le pareció muy fácil.

Oona colocaba la cuerda a muy poca altura del suelo cuando enseñaba a Jimmy, para que no tuviera miedo de caer, y le daba un palo largo y redondo para llevar en las manos, porque decía que de este modo era más fácil conservar el equilibrio. La primera vez que el chico puso el pie sobre la cuerda inmediatamente se cayó por el lado contrario.

Lotta que lo estaba mirando, se echó a reír ruidosamente y Jimmy la amenazó con el palo.

—¡Vete! —dijo—. Nunca aprenderé nada si tú estás delante para reírte.

—No hagas caso de Lotta —dijo Oona—. A veces necesitaría un buen rapapolvo. No sé por qué te ríes de Jimmy, Lotta... Muchas veces he probado a enseñarte a «ti» a pasar por la cuerda y nunca has aprendido. Si vuelves a reírte te pongo encima de la cuerda para que Jimmy te vea caer. Entonces será él quien se reirá de ti.

Oona sabía ponerse impertinente a veces, así es que Lotta dejó de reír y se quedó mirando a Jimmy, muy sorprendida de que aprendiera tan aprisa, porque a ella le había parecido muy difícil. Antes de que terminara la mañana Jimmy podía recorrer toda la cuerda sin caer ni una sola vez, aunque no sabía conservar el equilibrio sin moverse, como la gelatina. Oona dijo:

—Te llamaremos el equilibrista de la cuerda gelatina. Toda la gente te vendrá a ver.

Jimmy saltó de la cuerda y se volvió a poner sus zapatos.

—Muchas gracias, Oona —dijo—. Me ha gustado mucho. También aprenderé a montar a caballo. Stanley el payaso dijo que estaba muy gracioso la primera vez que probé a montar; por la noche me imitó y tuvo mucho éxito; por eso le han aplaudido tanto esta semana.

—Ya lo sé —dijo Oona, poniéndose cabeza abajo y empezando a andar con ligereza sobre sus manos—. Ven aquí, Jimmy. ¿Qué te parece si probáramos un poco esto?

—Ahora necesito a Jimmy —dijo Lotta—. Hemos de sacar los perros a pasear.

Los dos niños se dirigieron a la jaula grande. Los perros estaban descansando, algunos con las lenguas fuera porque la temperatura era muy calurosa. Uno de ellos, «Punch», no se levantó ni meneó la cola al ver a Jimmy como hacía siempre. El niño lo notó en seguida.

—¿Qué le pasa a «Punch»? —dijo—. Parece que está enfermo.

Penetró en la jaula y levantó la cabeza del perro, que agitó la cola muy débilmente. Sus ojos no brillaban como los de sus compañeros.

—«Punch» no está bien —dijo Jimmy alarmado—. ¿Qué le sucederá, Lotta?

—No lo sé —dijo la niña—. Nuestros perros no están enfermos nunca. Se lo diremos a Lal.

Corrieron a decírselo a la madre de Lotta y ésta se precipitó en seguida para ver a «Punch». Estaba alarmada porque temía que los otros perros enfermaran también y no pudieran trabajar en la función de la noche.

—Voy a buscar al señor Galliano —le dijo a Jimmy—. Entiende de animales más que nadie.

Al poco rato llegó el señor Galliano, con el sombrero completamente recto sobre la cabeza porque le preocupaba la idea de que cualquier animal del circo pudiera estar enfermo.

—Saca a «Punch» de la jaula grande —le dijo a Jimmy—. Y dile a tu padre que le construya una perrera para él solo. Ha de estar separado de los otros perros.

Jimmy cogió a «Punch» para sacarlo de la jaula y el perro le lamió débilmente las manos. El señor Galliano se lo puso cuidadosamente sobre las rodillas y le pasó la mano por encima, luego le miró los ojos y la lengua y movió la cabeza.

—Pobre perrito —dijo—. Está muy enfermo. Tiene una enfermedad que le hará ponerse amarillo y se encontrará muy mal.

—¿No se pondrá mejor? —preguntó Lotta ansiosamente—. Es uno de los mejores perros de Lal.

—No creo que se ponga mejor —dijo el señor Galliano, acariciando cariñosamente al perro—. Todo lo que podéis hacer es procurar que no se enfríe y hacerle tomar alguna medicina que te daré. Ahora dile a tu padre que le haga una perrera pequeña para él solo.

Jimmy se alejó tristemente. Sentía cariño por todos los perros y no le gustaba la idea de que «Punch» estuviera tan enfermo. ¿Cómo podía enfermar estando tan bien

cuidado como estaba? Tal vez se habría contagiado de algún otro perro en una de sus salidas.

«Yo mismo cuidaré de “Punch” —pensó Jimmy—. Conseguiré que se ponga bien».

Poco después, Brownie, el padre de Jimmy, empezó a construir una perrera pequeña para «Punch», que entre tanto permanecía tendido sobre una alfombra debajo del carromato de Jimmy, con la cabeza entre las patas y sin mover la cola ni lo más mínimo.

—Yo cuidaré a «Punch» —dijo Lotta—. Es mío.

—No —dijo Jimmy—. Sé tratar a los animales mejor que tú, Lotta... muchas veces lo has dicho. Quiero que «Punch» se cure. Deja que lo cuide yo.

—No podrás curarlo —dijo Lotta—. Galliano dice que cuando los perros se ponen así de amarillos no se curan nunca. Mírale la lengua, Jimmy... la tiene amarilla... y los ojos también. Pobre «Punch»... tan simpático como es.

—¿Tienes la medicina que dijo el señor Galliano? —preguntó Jimmy.

Lotta señaló una botella que había dejado sobre la hierba.

—Ha de tomarla tres veces al día —dijo.

—Procuraré que coma bien —dijo Jimmy.

—No le servirá de nada —dijo Lotta—. No querrá comer nada, y si come se pondrá peor.

—¡No seas pesada, Lotta! —dijo Jimmy con enfado—. No me ayudas nada diciendo esas cosas tan terribles.

Pero Lotta tenía razón. El pobre «Punch» no quería tomar nada y si Jimmy conseguía hacerle tragar algo el perrito se ponía peor. Era espantoso.

Jimmy no pensaba más que en «Punch» durante todo aquel día y el siguiente; no sabía qué hacer para que el perrito mejorara. Estaba tan débil que apenas quería moverse de las rodillas del niño. Por la noche, Jimmy durmió a su lado sobre una alfombra vieja.

Al tercer día Oona, el acróbata, fue a ver a Jimmy, porque el niño no había ido a entrenarse a pasar por la cuerda. Cuando vio a Jimmy con la cabeza del perro apoyada en sus rodillas, sentado debajo del carromato, comprendió lo que sucedía.

—¿Qué le pasa a este pequeño? —preguntó—. Ya lo veo, se ha puesto amarillo..., debe tener ictericia. Sólo he conocido a un perro que se curó de esta enfermedad.

—Dime cómo —dijo vivamente Jimmy.

—Una vez, hace tiempo, yo viajaba con otro circo —dijo Oona—. Tenían tres perritos franceses... aquella clase de perros que llevan el pelo cortado de un modo tan raro, que parte de su cuerpo parece desnudo. Bueno, pues uno de estos perros se puso amarillo como éste.

—Sí... explícamelo —dijo Jimmy con impaciencia.

—Bueno, todo el mundo decía que el perro no se curaría —dijo Oona—. Pero en el circo había una vieja, madre de uno de los payasos, y dijo que lo curaría. ¡Y lo curó!

—¿Cómo? —preguntó Jimmy—. ¡Dime cómo!

—Realmente no lo sé —dijo Oona—. Sabía mucho sobre hierbas y raíces y plantas, y tenía costumbre de salir por la mañana temprano a coger las que quería. Entonces las hervía y las mezclaba y hacía unas medicinas estupendas. La que le dio al perro fue una de sus propias medicinas.

—¿No te acuerdas con qué hierbas la hizo? —preguntó ansiosamente Jimmy.

—Claro que no —dijo Oona—. Esto era hace muchos años, cuando yo era un chiquillo como tú.

Jimmy estuvo a punto de llorar desilusionado.

—¡Si esta mujer estuviera en «nuestro» circo! —dijo.

—Yo sé en qué circo está —dijo inesperadamente Oona.

—¿De verdad? —gritó Jimmy—. Pues escríbele en seguida, Oona, y pregúntale qué le hemos de dar a «Punch». Si echamos la carta hoy la recibirá mañana, y pasado mañana tendremos la contestación... quizás lleguemos a tiempo de salvar al pobre «Punch».

—No puedo escribirle —dijo Oona—. Yo no sé escribir, no he aprendido nunca.

—¡Caramba! —dijo Jimmy—. Mi madre tendrá que enseñarte cuando enseñe a Lotta. Pero no importa, Oona. Dime a mí en qué circo está esa señora que dices y yo le escribiré.

—No sé dónde debe parar el circo ahora —dijo Oona—. Lo único que sé es que está en el circo del señor Bangs.

Jimmy suspiró, desesperado. En aquel momento vio pasar al señor Gallano y corrió vivamente hacia él.

—Señor Galliano, por favor —dijo—. ¿Podría decirme una cosa? ¿Sabe usted en dónde está ahora el circo del señor Bangs?

—Sí, en Blackpool —dijo el señor Galliano, un poco sorprendido.

Jimmy lanzó un grito de alegría y corrió nuevamente hacia Oona.

—¡Está en Blackpool! —dijo—. Voy a escribirle en seguida. ¡Mamá, mamá!, ¿tienes papel y sobre?

Costó mucho trabajo encontrar papel y sobre, pero por fin se pudo hallar y Jimmy se sacó un lápiz del bolsillo y empezó a escribir.

«Querida señora Bennito —decía Oona, y Jimmy lo escribía—. El que le escribe es Oona el acróbata. Haga el favor de decimos cuál era la medicina que le dio a aquel perrito francés, porque tenemos un perro que se ha puesto amarillo como aquél. Espero que usted siga bien. OONA».

—No tengo dinero para el sello —dijo Jimmy. Oona le dio dinero y el niño corrió a la ciudad para comprar un sello y echar la carta. ¡Si al menos la señora Bennito contestara en seguida!

Jimmy regresó al lado de «Punch», que estaba muy débil porque no quería comer, y estaba adelgazando mucho. Lotta le acompañó llorando. Le había llevado al perrito algunos de sus mejores bombones... pero, naturalmente, el perro no quiso ni olerlos. Jimmy le explicó lo de la carta.

—¿Tendremos contestación hoy mismo? —preguntó Lotta, que no había recibido ninguna carta en toda su vida, y no tenía ni la menor idea de lo que tardaban en ir y venir.

—No —dijo Jimmy—. No podemos tenerla hasta pasado mañana.

—Será demasiado tarde —dijo Lotta—. ¡Ay, querido «Punch», si al menos quisieras comer algo!

Pero resultó que Blackpool no estaba muy lejos de Bigchester y la señora Bennito recibió la carta aquella misma tarde. La contestó inmediatamente... y el cartero la llevó al circo del señor Galliano a la mañana siguiente. Se la entregó al señor Galliano y éste se la mandó a Oona. Exceptuando al señor Galliano, para todos los del circo resultaba sorprendente recibir una carta.

Oona corrió a llevar la carta a Jimmy.

—¡Ha llegado, ha llegado! —gritó—. Léela en seguida, Jimmy, que yo no puedo.

## LA EXTRAÑA MEDICINA

Cuando Jimmy oyó que la carta había llegado un día antes de lo que esperaba se puso muy contento. Dejó a «Punch», al cual estaba cuidando, y corrió hacia Oona para leer la carta. Oona no podía leerla, pero Jimmy sí. Jimmy abrió el sobre y sacó la carta, que estaba escrita con una letra pequeña y difícil de entender.

«Querido Oona —leyó—. Esto es lo que debes darle al perro. Ve a buscar estas cosas: una raíz de sombra de noche..., una raíz de..., de..., de... ».

—¡Ay, no sé lo que pone! —dijo Jimmy muy apurado—. Oona, la carta está llena de nombres de plantas extrañas y no entiendo nada. Esto no me sirve.

El niño estaba tan desilusionado que se echó a llorar. Había pasado toda la noche con «Punch» y estaba cansadísimo. Oona le puso el brazo en la espalda, intentando consolarlo.

—Vamos, vamos —dijo—. No te desanimes. Llévale la carta al señor Galliano, que seguramente te podrá ayudar. Es un hombre maravilloso.

Jimmy se secó las lágrimas y corrió al carromato del señor Galliano. La puerta estaba cerrada y Jimmy dio unos golpecitos.

—¿Quién hay ahí? —chilló el señor Galliano—. ¡Que se vaya en seguida!

—Oh, por favor, señor Galliano —gritó Jimmy desesperado—. Por favor, necesito que me ayude. Es por «Punch».

Galliano abrió la puerta, llevaba una bata de un rojo brillante con cordones amarillos. Parecía muy raro sin su sombrero. La señora Galliano, con una bata más reluciente todavía, cocinaba algo sobre el fogón.

Jimmy le explicó lo de la carta al señor Galliano y se la enseñó. El señor Galliano la leyó y lanzó un silbido.

—¡Demonio! —dijo—. Esto resulta un poco difícil de comprender. Oye, Tessa..., ¿qué te parece esto? Antes entendías mucho de estas cosas..., ¿verdad?

La señora Galliano cogió la carta y la leyó despacito, pronunciando cada palabra en voz baja. Luego se volvió y miró a Jimmy, con sus ojos bondadosos e intensamente brillantes.

—Conozco todas estas plantas —dijo bajito—. Hace muchos años conocí a la señora Bennito. Es una mujer estupenda.

—Por favor, señora Galliano, ¿dónde podremos encontrar estas cosas? —dijo Jimmy—. ¿Cree que podrán curar al pobre «Punch»? Está tan débil y tan enfermo esta mañana...

—Iré al bosque contigo y las buscaremos —dijo la señora Galliano—. Mi madre era gitana y conocía el poder medicinal que tienen algunas raíces y muchas hojas y flores. Dile a tu madre que yo te acompañaré y que estaremos de vuelta dentro de tres horas.

Jimmy corrió a su carromato. Su madre le dio una cesta en la cual puso algunos bocadillos y un pedazo de tarta de chocolate, porque Jimmy no había desayunado. El niño acarició a «Punch» y salió a esperar a la señora Galliano.

Lotta se reunió con él. Jimmy le explicó lo que había pasado y la niña abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Oooh! —dijo—. Es muy raro que la señora Galliano te quiera acompañar ella misma. Mi madre me ha dicho que antes era estupenda. Era la mejor acróbata del mundo, pero luego fue engordando y se retiró. La gente le tenía un poco de miedo porque su madre era una gitana muy lista, y yo había oído decir que la señora Galliano había sido curandera en otro tiempo.

Jimmy se echó a reír.

—¡Crees unas cosas muy tontas, Lotta! —dijo—. La señora Galliano no es ninguna curandera. Me parece que es muy buena y lista. Ahora viene hacia aquí.

La puerta del carromato se había abierto y la señora Galliano bajaba la escalerita. Iba vestida con una falda encarnada, una blusa negra y llevaba un chal en la cabeza. Los escalones del carromato crujieron, porque la señora Galliano estaba verdaderamente muy gruesa.

—Vamos —dijo, sonriendo a Jimmy con su lenta sonrisa—. Debemos darnos prisa.

Pero no podían porque la señora Galliano no podía caminar muy aprisa. Parecía conocer los caminos del bosque sin necesidad de preguntar nada a nadie. Al poco rato se detuvo junto a un riachuelo y recogió una planta que olía terriblemente mal y se la dio a Jimmy para que la colocara en el cesto.

—¿Ha desayunado usted, señora Galliano? —preguntó tímidamente el niño, que estaba hambriento y deseaba poder comer sus bocadillos—. Mi madre me ha preparado algo para comer.

—Ya puedes comerlo, Jimmy —dijo la señora Galliano—. Yo he desayunado ya.

Masticando ruidosamente, Jimmy siguió caminando al lado de la señora Galliano. Sus ojos se movían rápidamente de un lado a otro y consultaba una y otra vez la carta que llevaba en la mano.

—Flor de gorguera de bosque —dijo—. Ésta es difícil de encontrar, porque es pequeña y está escondida. Busca madreselva también, Jimmy. Necesito raíz de madreselva.

Jimmy se puso en busca de la madreselva y la señora Galliano escudriñaba el bosque buscando muchas otras plantas. Al cabo de un rato el cesto estaba vacío de comida y lleno de raíces, hojas y flores. La señora Galliano volvió a leer la carta por última vez.

—Ahora ya lo tengo todo, Jimmy —dijo—. Sólo hay una planta que no se encuentra por aquí..., pero he encontrado otra que también servirá. Volvamos a casa, Jimmy.

Jimmy regresó al circo llevando el cesto. La señora Galliano se lo cogió al llegar al campamento y subió los escalones de su carromato.

—Yo sé cómo se han de preparar estas cosas —dijo—. La medicina estará a punto dentro de dos horas.

Jimmy no supo nunca lo que había hecho la señora Galliano con las flores y las extrañas raíces que había recogido. Solamente oyó que estaba machacando las raíces, y Lotta dijo que había hervido algunas plantas en un cazo grande, porque ella lo había visto. Lo cierto es que al cabo de dos horas la señora Galliano mandó a Lotta a buscar a Jimmy y le dio una botella llena de un líquido caliente, de un color castaño verdoso.

—Cada media hora dale dos cucharadas de esto al perro —dijo—. ¿Ya sabes cómo se lo has de dar? Poniendo la cuchara al borde de la boca, ¿verdad?

—Sí, sí —dijo Jimmy vivamente, apoderándose de la botella y corriendo al lado de «Punch»... ¡El pobrecito «Punch», que ya no podía ni siquiera levantar su cabeza!

Jimmy levantó el hocico del perro y apartó la piel a un lado de la boca. De este modo quedaba una abertura entre los dientes por la cual se podía verter rápidamente el líquido en la boca del perro para que penetrara en seguida en la garganta. Lotta tenía la botella dispuesta y le alargó la cuchara llena a Jimmy, que la introdujo cuidadosamente en la boca del perro, aguantándole la cabeza levantada para que el líquido penetrara bien. Luego le dio una segunda cucharada.

—Espero que no se mareará y lo eche a perder todo —dijo Jimmy—. Eres un buen perrito, «Punch». Un buen perrito.

Cada media hora los dos niños le daban al perro dos cucharadas más de la extraña mezcla, pero no parecían notar ningún cambio en él.

—Dejadlo un ratito solo —dijo la madre de Jimmy—. Ahora no puedes hacerle ningún bien quedándote a su lado. Id a correr y jugar un rato o montar a caballo, Jimmy.

Jimmy obedeció y fue a montar a caballo con Lotta. Había aprendido mucho y sabía sostenerse apretando las rodillas, de manera que ya no resbalaba. Lotta estaba muy contenta de él, pero le decía que no llegaría nunca a ser una maravilla.

Al acabar la clase de montar corrieron al lado de «Punch»... y Jimmy dio un grito de alegría.

—¡Lotta! ¡Ahora mueve un poquito la cola! ¡Ya debe estar mejor! ¿Dónde está la medicina?

En seguida le dieron las dos cucharadas del preparado, y el mismo perrito levantó la cabeza para tomarlas. Incluso probó de lamer la mano de Jimmy, pero no tuvo fuerzas para sacar suficientemente la lengua. ¡Pobrecito «Punch»... había estado verdaderamente muy enfermo!

Aquel día el perro fue mejorando poco a poco. Todavía no quería comer nada, pero cuando el señor Galliano fue a verle por la noche movió la cabeza complacido.

—Está mejor... ¿verdad? —dijo—. Es el primer perro que veo que se cura de esta enfermedad, y es gracias a ti, Jimmy. ¿Verdad? ¡Tessa! ¡Tessa! ¡Ven aquí!

La señora Galliano se acercó a la nueva perrera donde estaba tendido «Punch» y acarició suavemente al perrito.

—Es una medicina maravillosa —dijo—. Sólo la señora Bennito podía saber una cosa como ésta. Aquí tienes su carta, Jimmy. Guárdala bien, porque aquí tienes la manera de curar una de las peores enfermedades de los animales. Ahora seguirá mejorando. Os enviaré un bote de comida para él, y si se lo das esta noche mañana se encontrará mucho mejor.

Lotta fue a buscar el bote de comida y leyó la etiqueta.

—Gelatina de gallina —dijo—. Parece que ha de ser bueno, Jimmy. Espero que a «Punch» le gustará.

Y a «Punch» le gustó. Lamió la cucharada que le dieron y durante la noche se tomó todo el contenido del bote. Poco a poco, el color amarillo desapareció de sus ojos, de su lengua y de su piel, y movió un poco la cola, dando un ligero ladrido.

—¡Está mejor, está mejor! —gritó Jimmy, fuera de sí de alegría—. ¡Oh, Lotta, qué contento estoy!

Lal y Laddo fueron a ver a «Punch». Lal había tenido mucho disgusto con su enfermedad; tenía al perrito desde recién nacido y ella misma le había enseñado. Quería mucho a los animales, pero no tenía tanta habilidad como Jimmy para cuidarlos cuando estaban enfermos, y le estaba muy agradecida al niño.

—La primera vez que sepa de un perro bonito lo compraré para ti —le dijo a Jimmy—. Es una vergüenza que un chico como tú no tenga un perro de su propiedad. Gracias por haberte portado tan bien con «Punch», Jimmy. Si no fuera por ti se hubiera muerto.

Al final de la semana «Punch» ya estaba otra vez con sus compañeros tan fresco como antes. Sentía una verdadera adoración por Jimmy y siempre que el niño se acercaba se le echaba encima encantado. El señor Galliano también estaba orgulloso de Jimmy, porque decía que nadie más se hubiera preocupado en tomarse la molestia de buscar la medicina que había curado a «Punch».

La siguiente cosa importante que sucedió fue la llegada de «Sammy», el chimpancé. El señor Galliano hacía tiempo que buscaba algún otro animal amaestrado para su circo, y de repente un día se presentó el señor Wally con su chimpancé.

Jimmy ya se había ido acostumbrando a la extraña manera de comportarse de la gente del circo, pero de todos modos se quedó sorprendido al ver al gran chimpancé atravesar el campamento del circo de la mano de su propietario, el señor Wally.

El chimpancé iba vestido con unos pantalones rojos, una chaqueta azul y un sombrero de paja, y estaba fumando un cigarrillo. Jimmy se le quedó mirando lleno de asombro.

—Buenas tardes a todos —dijo el señor Wally, quitándose el sombrero de paja y saludando hasta el suelo—. ¿Tengo el honor de estar hablando con el propio señor Galliano?

Jimmy comprendió que era una broma y se echó a reír diciendo:

—Sabe usted perfectamente que no. Aquel carromato es el suyo. ¡Oiga! Tiene usted un chimpancé estupendo.

—Todavía no sabes lo estupendo que es —dijo el señor Wally, que era un hombre alto con la cabeza extraordinariamente pequeña—. Sabe montar en bicicleta..., sabe desnudarse y meterse en la cama..., sabe levantarse por la mañana y vestirse solo. Pero no quiere lavarse los dientes.

Mientras hablaba, un pequeño grupo se había apiñado alrededor del señor Wally y su chimpancé. El señor Galliano sacó la cabeza por una ventana de su carromato y gritó con voz sonora:

—¡Oiga! Viene usted a verme, ¿verdad? Entonces venga por aquí y dígame a su chimpancé que se limpie los pies antes de subir.

El señor Wally y el chimpancé subieron la escalerita del carromato.

—¡Oh! —dijo Jimmy—. Espero que el señor Galliano se los quedará para el circo. Sería divertido conocer a un chimpancé como éste.

—Yo no veo ninguna diferencia entre tú y el chimpancé —dijo la descarada Lotta haciéndole una mueca—. ¡Sois tan parecidos!

Y echó a correr, perseguida por el enfadado Jimmy.

## EL MARAVILLOSO CHIMPANCÉ DEL SEÑOR WALLY

Cuando el señor Wally volvió a bajar los escalones sonreía con satisfacción. El señor Galliano había dicho que se los quedaría en el circo a él y a su chimpancé, y en aquel momento se dirigían directamente a la pista para demostrar sus habilidades.

—Vamos, Jimmy —dijo Lotta, apareciendo detrás de un carromato—. Vamos a verlo.

Toda la gente del circo se reunió en el entoldado y todos se fueron sentando en los bancos para ver al señor Wally y su chimpancé. Al cabo de un rato apareció el señor Wally llevando una carretilla de mano, dentro de la cual había muchas cosas tapadas, que pertenecían a él y a su chimpancé, «Sammy».

«Sammy» hizo una mueca a cada uno de los espectadores y les saludó con la mano. Era un joven chimpancé, feliz y de buen humor, que era capaz de hacer cualquier cosa por el señor Wally, que lo tenía desde que era muy chiquito. «Sammy» había sido tratado como si fuera un chiquillo. Tenía una habitación para él solo, tenía sus vestidos y sabía incluso contar hasta cinco.

El señor Wally destapó las cosas de la carretilla y Jimmy vio que había allí una camita desmontable, una sillita, una mesita plegable y muchas otras cosas. El señor Wally montó la cama y colocó en ella un colchón, almohadas y mantas. Colocó también la mesita con un espejo encima, un cepillo y un peine, un vaso y un cepillo de dientes, luego una palanganita con agua, jabón y una esponja.

—¡Supongo que el chimpancé no empleará todo esto! —le dijo Jimmy a Lotta.

—Espero que sí —dijo Lotta—. Los chimpancés son muy listos, Jimmy. Una vez vi uno que sabía escribir con un lápiz. Durante un año o dos puedes enseñarles muchas cosas, después ya no pueden aprender más. Pero a ellos les gusta aprender..., no son como yo.

—El señor Wally está preparado —dijo Jimmy—. Mira... el chimpancé va a desnudarse.

Y así fue. A una señal de su dueño se quitó la chaqueta, la dobló cuidadosamente y la colocó sobre la silla. Luego se quitó los pantalones y los puso sobre la chaqueta. Se había olvidado de quitarse el sombrero de paja, pero, lo recordó a tiempo. En el suelo había un pijama colorado. «Sammy» se metió los pantalones y luego se puso la chaqueta.

—Se está poniendo la chaqueta del revés —se burló Lotta.

El chimpancé oyó reír a Lotta y la saludó con la mano. Luego miró a la chaqueta del pijama, se dio cuenta de que no se la podía abrochar y la volvió del derecho. Verdaderamente era maravilloso mirarle, parecía darse cuenta de todo.

El chimpancé se acostó en la cama, se tapó, y empezó a fingir que roncaba. Esto hizo reír mucho a Jimmy. El señor Galliano también se echó a reír.

—Esto es un truco nuevo, ¿verdad? —le preguntó al señor Wally—. No lo había visto nunca.

—Se lo enseñé la semana pasada —dijo orgullosamente el señor Wally—. Va, «Sammy»... es hora de levantarte.

«Sammy» se sentó en la cama y bostezó. Jimmy y Lotta reían encantados. ¡Era un chimpancé estupendo! «Sammy» saltó de la cama y se dirigió hacia la mesita. Cogió la esponja y la sumergió en el agua. Se la pasó cuidadosamente por la cara, luego miró a su alrededor en busca del señor Wally y le tiró directamente la esponja empapada de agua.

Le dio de pleno en la nariz y el señor Wally se sacudió dando resoplidos.

—Vamos, vamos, «Sammy» —dijo—. Ya hay bastante.

El señor Galliano quedó contento con la demostración y se puso el sombrero ladeado. Aquel chimpancé tan listo tendría mucho éxito en el circo.

—Sigue, «Sammy», sigue —dijo el señor Wally, viendo que «Sammy» había recogido la esponja y parecía tener intenciones de tirársela de nuevo.

«Sammy» cogió entonces la esponja y se secó, luego se secó también los pies, aunque no se los había mojado, y esto hizo reír nuevamente a Jimmy y Lotta.

Luego se cepilló cuidadosamente la cabeza y se peinó. Después se cepilló todo él con el cepillo del pelo y empezó a desabrocharse la chaqueta del pijama.

—Lávate los dientes, «Sammy», lávate los dientes —dijo el señor Wally.

Pero esto era lo que «Sammy» no quería hacer. Por más que su dueño había intentado enseñárselo durante semanas y semanas, el chimpancé no quería nunca hacerlo bien. ¿Sabéis lo que hizo? Apenas tuvo el cepillo en la boca arrancó todas las cerdas. Esto resultaba muy caro para el señor Wally, que tenía que comprar los cepillos de dientes por docenas.

«Sammy» rompió las cerdas con los dientes y luego las escupió, a pesar de que su dueño le decía que no lo hiciera. Luego se quitó el pijama, se vistió y se puso su sombrero de paja.

—Ahora has de ir a la escuela, «Sammy» —dijo el señor Wally.

«Sammy» miró a su alrededor y vio su cartera allí cerca. La cogió, se la puso a la espalda y se dirigió hacia donde había una pequeña bicicleta. Luego montó en ella y empezó a dar vueltas y más vueltas alrededor de la pista, sonriendo ampliamente, dando unos extraños chasquidos y saludando con la mano.

—¡Al colegio! —dijo el señor Wally tocando una campana.

«Sammy» se apeó de su bicicleta, se quitó el sombrero y se sentó sobre una silla.

El señor Wally puso frente a él unas tarjetas blancas en las cuales estaban dibujados en negro unos grandes números.

—Ahora estás en el colegio, «Sammy» —dijo—. Enséñame el número tres.

«Sammy» cogió la tarjeta en la cual estaba dibujado el número tres y se la enseñó al señor Wally y a todo el público. Jimmy y Lotta le aplaudieron ruidosamente.

—Ahora el cuatro —dijo el señor Wally, y fuera cual fuera el número que decía, el chimpancé lo cogía en seguida. Pero había solamente cinco números, porque sólo sabía contar hasta cinco.

—Ahora dime cuántas son una y dos —dijo el señor Wally.

¡Y el chimpancé cogió el número tres! Todo el mundo aplaudió entonces y el señor Galliano penetró en la pista.

—¡Muy bien! —dijo—. Puede usted empezar esta noche, Wally. ¿Tiene alguna jaula para «Sammy»?

—Sí —respondió el señor Wally muy complacido—. Pero esta noche dormiré conmigo en mi carromato. Tiene allí su camita, le he tratado siempre como si fuera un chiquillo.

—¡Será muy divertido tener un chimpancé en el circo! —dijo Jimmy a Lotta, cuando salían juntos del entoldado y se dirigían a buscar a los perros para llevarlos de paseo—. Espero que el señor Wally me dejará que le ayude alguna vez. Me gustaría mucho enseñarle al chimpancé a lavarse los dientes.

—¡Bah!, lo que no ha podido hacer el señor Wally menos lo podrás hacer tú —dijo Lotta.

Pero se creía capaz de hacerlo y aquella misma tarde empezó a hacerse amigo del chimpancé. El animal estaba sentado dentro de una gran jaula, detrás del carromato amarillo del señor Wally, que aquella tarde había entrado a formar parte del circo. Wally estaba en buena posición. Tenía su coche particular, con el cual arrastraba el carromato. A veces lo desenganchaba y salía a pasear con «Sammy» sentado a su lado, y todo el mundo quedaba pasmado cuando veía al chimpancé en el coche con su sombrero de paja.

—¿Puedo ir a ver a «Sammy»? —preguntó Jimmy al señor Wally, que estaba lavando su coche.

Wally miró al chiquillo.

—¿Tú eres el chico que corrió detrás del elefante hace unas semanas y lo volvió a traer al circo? —preguntó.

—Sí —dijo Jimmy.

—Muy bien —dijo el señor Wally—. Si quieres, puedes ir a hablar con «Sammy». Seguramente se hará amigo tuyo.

Jimmy abrió la puerta de la jaula de «Sammy» y entró para hablar con él. El chimpancé estaba sentado en un rincón, rompiendo un diario a pedazos. Le encantaba hacer esto. Jimmy se acercó y se quedó mirándolo. «Sammy» hizo un ligero chasquido, pero no se movió.

Jimmy entonces se le acercó muy decidido y se sentó delante de él. El chimpancé le dio un trozo de diario. Jimmy empezó a hacer lo mismo que hacía «Sammy» y rompió el diario con toda solemnidad. El chimpancé quedó encantado. Esto sí que era jugar.

Entonces rodeó con su brazo el cuello de Jimmy y le mordió la oreja con mucho cariño. Jimmy sabía que era su modo de demostrar cariño, porque los monos de Liliput también lo hacían. Se metió la mano en el bolsillo, sacó una pelotita y se la dio a «Sammy».

«Sammy» estaba entusiasmado. Lanzó la pelota al aire y la volvió a coger. Después se la tiró a Jimmy, y cuando Jimmy a su vez se la tiró a él, el chimpancé quedó encantado. Seguramente pensó que era otro chimpancé que venía a jugar con él... Pronto él y Jimmy estuvieron jugando una partida, y el señor Wally se acercó a mirarlos. Estaba muy contento de ver al chimpancé tan feliz.

Jimmy se marchó a merendar a su carromato, del cual salía un apetitoso olor. Su madre le miró al verle entrar.

—Me parece que estos días has crecido, Jimmy —dijo—. Creo que te prueba la vida del circo.

—Claro que me prueba —dijo Jimmy—. Mamá, nuestro carromato está muy bonito ahora, pintado con colores tan bonitos... y las cortinas de las ventanas también son bonitas, ¿verdad?

—Sí —dijo su madre—. Pero la verdad, Jimmy, encuentro a faltar sitio para poderme mover. Si al menos pudiéramos tener un carromato mayor... Pero esto costaría demasiado dinero.

—Algún día te compraré uno, mamá —dijo Jimmy abrazándola—. Papá y yo ganaremos mucho dinero en el circo y podremos comprarte todo lo que quieras.

—Después de tomar el té, dile a Lotta que venga a dar la lección —dijo su madre mientras el chiquillo devoraba tres grandes y tostadas salchichas—. Y tú también, Jimmy.

—Muy bien, mamá.

Al chiquillo le gustaba sentarse junto a su madre para leer o escribir, pero a Lotta no. Siempre costaba trabajo localizarla cuando se acercaba la hora de la lección.

En seguida que hubo acabado su merienda el chiquillo salió corriendo en busca de Lotta y la vio sentada en los escalones de su carromato.

—¡Lotta, Lotta! —La llamó.

Lotta le miró.

—¡Ya voy! —dijo, bajando los escalones, pero luego desapareció detrás del carromato a toda velocidad y cuando Jimmy dio la vuelta para ver si venía la niña había desaparecido.

Lal se asomó a la puerta riendo.

—Lotta se ha ido a esconder —dijo—. Ha adivinado que hoy le tocaba lección. Ve a buscarla, Jimmy.

Jimmy fue en busca de Lotta con una sonrisa. Estaba empezando a saber cómo tratar a la salvaje chiquilla del circo. A los pocos minutos había encontrado a Lotta y la condujo hacia su madre, tirando de ella.

—Aquí te traigo un nuevo mono, mamá —dijo—. Estaba en el carromato de Liliput, detrás de la cama. Liliput dijo que era demasiado mala para dejarla estar con sus monos, así es que te la traigo. Mira a ver si la puedes hacer volver tan inteligente como «Sammy» el chimpancé.

## JIMMY TIENE SU PROPIO PERRO

El circo iba estupendamente. Cuando llegó el final de la estancia en Bigchester, el señor Galliano repartió el dinero con la gente del circo. Todo el mundo quedó muy contento, especialmente el señor Brown, que había ganado mucho más de lo que esperaba.

Incluso Jimmy recibió una paga del señor Galliano. Fue una sorpresa para él, porque no esperaba que le pagaran nada.

—Tú trabajas para mí, ¿verdad? —dijo el señor Galliano, al darse cuenta del asombro de Jimmy—. Tú te cuidas de los animales, ¿verdad? Entonces también he de pagarte.

Jimmy guardó el dinero en una caja y la escondió en un sitio especial debajo del carromato. Algún día podría serle útil, cuando formara verdaderamente parte del circo. Porque esto era lo que Jimmy deseaba en el fondo de su corazón... Deseaba ser realmente un chico de circo... salir a la pista y hacer algo importante para que la gente riera y aplaudiera, como hacía Lotta, la niña montaba a caballo y cada noche estaba tan hermosa como una hada cuando saltaba de un caballo a otro. ¡Si él pudiera hacer una cosa semejante!

Pero Jimmy no tenía mucha disposición para aprender a montar. Nunca sabría tanto como Lotta.

—Has empezado demasiado tarde, Jimmy —decía Laddo, el padre de Lotta—. Yo puse a Lotta encima de un caballo cuando sólo tenía nueve meses... cuando contaba un año ya sabía montar. Por eso sabe tanto ahora.

Jimmy pensó que tal vez podría ser un buen acróbata como Oona. Pero no tenía la agilidad suficiente. Oona le dijo lo mismo que le había dicho Laddo.

—Eres ya demasiado mayor para empezar, Jimmy. Ahora sabes aguantarte bien en la cuerda, pero nunca podrás hacer lo que yo hago, porque yo empecé cuando tenía un año.

Jimmy se preguntaba también si serviría para payaso, pero estaba seguro de que nunca se le ocurriría decir cosas divertidas con la suficiente rapidez. Stanley siempre tenía una respuesta divertida a punto, pero Jimmy tenía que pensar mucho antes de que se le ocurriera algo gracioso, y después tal vez tampoco resultaba suficientemente gracioso.

«Bueno, es igual... Al menos sabré llevar a los animales mejor que nadie —pensaba Jimmy—. Lo que me gustaría sería tener un perro mío propio. Le enseñaría

cosas en las que Lal no ha pensado nunca. Ella podría llevar “mi” perro a la pista y sería mucho más listo que cualquiera de los suyos».

Lal no había olvidado su promesa de regalarle un perrito a Jimmy cuando encontrara alguno verdaderamente bueno. Un día fue en busca de Jimmy y le dio una interesante noticia.

—He recibido un recado de mi hermano que vive en la ciudad a que iremos ahora —dijo—. Siempre busca buenos perros para mí y dice que ha encontrado un cachorro que será muy listo para el trabajo del circo. Si quieres venir a verlo conmigo, yo lo compraré para ti si te gusta.

Jimmy estaba entusiasmado. ¡Por fin tendría un perrito suyo propio! Todo su rostro enrojeció de satisfacción y dio efusivamente las gracias a Lal. Ya estaba deseando que el circo se pusiera en marcha para ver el cachorrito con Lal.

Poco después empezaron nuevamente a desmontar el circo. El primero en marchar fue «Sammy», porque el señor Wally dijo que su carromato iba más aprisa que los otros porque lo arrastraba con el coche. Jimmy se despidió de «Sammy», que iba sentado en el asiento delantero, al lado del señor Wally, llevando en la cabeza un sombrero de paja nuevo con una cinta azul. Jimmy se había hecho muy amigo del chimpancé, pero todavía no había conseguido enseñarle a que se lavara los dientes.

El circo volvió a emprender la marcha por la carretera. A través de los campos pasaba la larga hilera de carromatos, jaulas y coches, con el viejo «Jumbo» en medio como de costumbre, caminando a largas zancadas, moviendo la cola y sacudiendo las orejas. Siempre miraba a su alrededor buscando a Jimmy, porque le gustaba tenerlo a su lado. A veces lo levantaba con la trompa y se lo ponía sobre la cabeza, y el niño viajaba de este modo causando la envidia de todos los chiquillos que encontraban por la carretera.

Pronto llegaron a la ciudad vecina. Jimmy estaba impaciente por ver al cachorro del que le había hablado Lal. Al día siguiente, cuando el campamento estuvo más o menos instalado, Lal llamó a Brownie, el padre de Jimmy, que estaba haciendo unos bancos nuevos, porque el señor Galliano esperaba tener todavía más público que de costumbre.

—¡Brownie! ¿Dónde está Jimmy? Me gustaría que viniera conmigo a la ciudad para ver al cachorrito.

—Está en el río, con «Jumbo» —dijo el señor Brown.

Lal mandó a Lotta a buscar a Jimmy. El chiquillo dejó al elefante en su tienda, lo ató fuertemente al poste y luego corrió en busca de Lal.

Cogieron el tranvía hacia la ciudad. Lal ya conocía el lugar y fue directamente a casa de su hermano. Se dirigió hacia una confitería y llamó en voz alta.

—¡Benjy! ¡Soy Lal!

Un hombre bajito, con una barba rojiza, salió de la trastienda y corrió al encuentro de Lal, a la que abrazó.

—¡Por fin vuelves a estar aquí! —exclamó—. Hacía un año que no te veía, Lal. ¿Has venido a ver el cachorro del que te hablé?

—Sí —dijo Lal—. Éste es Jimmy, Benjy. Está en el circo. Salvó a uno de mis perros que estuvo muy enfermo y ahora me gustaría regalarle uno a él.

—Ahora os los enseñaré —dijo Benly.

A Jimmy le pareció muy simpático. Tenía unos ojos muy vivarachos y sus dientes eran los más blancos que Jimmy había visto en su vida.

Benjy se puso una gorra y salió con Lal y Jimmy conduciéndolos hasta un pequeño patio en el cual había una perrera.

—Aquí están —dijo—. En esta perrera veréis a los perritos más preciosos del mundo. La madre está con ellos. Voy a llamar al señor Jiggs para que os los enseñe. La madre es bastante feroz con la gente que no conoce.

En aquel momento el señor Jiggs salía de su casa. Un hombre bastante descuidado con una larga paja en la boca, que iba masticando mientras hablaba.

—Venimos a ver tus perros. Jiggs —dijo Benjy—. Este chico quiere uno.

Jiggs apartó a la madre de su cómodo almohadón, y detrás de ella surgieron cuatro lindos «terriers» agitando las colas y alzando las orejas.

—Éste es el que pensaba que te gustaría, Lal —dijo Benjy, señalando a un perrito de ojos brillantes y de cabeza de color de arena.

—Sí —dijo Lal, pasándole los dedos por encima—. Es un bonito cachorro. Será elegante como una pintura. ¿Qué opinas «tú», Jimmy?

Jimmy miró a los cuatro perros. Todos levantaban la cabeza para mirarle y agitaban las colas. El niño los examinó atentamente, uno por uno. Había el de la cabeza de color de arena, dos de cabeza negra y otro de cabeza medio negra y medio castaño, con una mancha color castaño y otro negra en el lomo.

Jimmy se fijó en este último. Sus ojos castaños, de expresión dulce, parecían hablarle. Era una perrita.

«¡Escógeme! —Parecían decir sus ojos—. Escógeme, soy para ti. ¡Escógeme, Jimmy!».

El lindo perrito de color de arena se restregaba como un gato contra las piernas del chiquillo. Los otros permanecían quietos, esperando. Todos parecían comprender que Jimmy iba a escoger a uno de ellos. La perrita de dos colores dio un pequeño salto y se abalanzó sobre Jimmy. Jimmy la cogió en sus brazos.

—Éste es el que quiero —dijo.

—¿Por qué no te quedas el más elegante? —dijo Lal, sorprendida—. Estoy segura de que en seguida aprendería los trucos, y éste no.

—Sí que los aprenderá —dijo Jimmy acunando a la perrita—. Sé que los aprenderá. No sé por qué, Lal..., pero sé que este perro es el que mejor aprenderá conmigo.

—Déjale que se quede el que quiera —le dijo Lal a su hermano—. Este chico conoce mejor a los animales que todos nosotros juntos. Es un mago con ellos.

¿Cuánto vale?

Jimmy estaba encantado. La perrita era muy cariñosa y permaneció acurrucada dentro de la americana de Jimmy durante el camino de regreso al circo. Jimmy se preguntaba qué nombre le pondría.

En seguida que llegó al circo llamó a Lotta, que acudió corriendo. No había podido acompañarles a la ciudad porque Laddo quería enseñarle una nueva habilidad. Estaba deseando ver al cachorrito.

—¡Oh, Jimmy! —gritó encantada cuando la perrita sacó la cabeza—. ¡Es preciosa! Me gusta que tenga la cabeza la mitad castaño y la mitad negra. Es una suerte tener un animalito mitad y mitad. ¿Cómo la llamarás?

—Búscale un nombre tú, Lotta —dijo Jimmy—. A mí no se me ocurre ninguno. Dime uno que sea fácil de decir y bonito de oír.

—¡Ya lo sé, ya lo sé! —gritó Lotta, saltando—. ¡La llamaremos «Lucky»<sup>[1]</sup>! Estoy segura de que te traerá suerte, Jimmy. Y es un nombre muy bonito para llamarla... escucha: ¡«Lucky»! ¡«Lucky»! ¡«Lucky»!

—Sí... es un nombre bonito —dijo Jimmy complacido—. Oye, «Lucky», ¿te gustan tu nuevo nombre y tu nuevo dueño?

«Lucky» movió con tanta fuerza la cola que los dos niños pensaron que tanto su nombre como su dueño le gustaban mucho.

—¿Vivirá con nuestros perros? —preguntó Lotta.

—No —dijo Jimmy con firmeza—. Es mía y la dejaré dormir a mis pies por la noche.

—Te destrozaré las mantas con los dientes —dijo Lotta—, y tu madre se enfadará.

—No lo hará —dijo Jimmy—. Hace demasiado calor para ponerme mantas encima, así es que no tendrá nada para destrozar. ¡Ja, ja!

Lotta le hizo una mueca y le dio un pellizco. «Lucky» le lamió la mano y Jimmy la dejó sobre la hierba. La perrita empezó a dar vueltas y más vueltas, excitada, oliendo todo lo que se podía oler y volviendo para lamer los zapatos de Jimmy a cada minuto. El niño estaba encantado con ella, el primer animalito que había sido de su propiedad, y fue a enseñárselo a su padre y a su madre.

También a ellos les gustó «Lucky». A los dos les gustaban los animales, aunque no tanto como a Jimmy.

—Mamá, yo te pagaré todo lo que coma «Lucky» —dijo Jimmy—. Quiero que sea completamente de mi propiedad. Yo le enseñaré toda clase de habilidades. ¿Verdad que te gustará, «Lucky»?

«Lucky» movió la cola y puso las patas sobre las piernas de Jimmy. Pensaba que Jimmy era la persona más estupenda de todas las que había conocido. No tenía más que dos meses y medio, pero sabía distinguir a la gente que le gustaba.

Jimmy pasó unos días muy felices trabando amistad con su perrita. Pronto se dio cuenta de que había hecho bien en escogerla, porque era realmente muy lista, y ponía

mucho empeño en comprender todo lo que Jimmy le decía.

—«Lucky» tiene una memoria maravillosa, Lotta —decía una tarde Jimmy—. Una vez que le he enseñado una cosa ya no la olvida nunca.

—Eso es estupendo, Jimmy —dijo Lotta—. Si un animal tiene buena memoria ya está ganada la mitad de la batalla. Estoy segura de que «Lucky» será famosa cuando sea mayor.

«Lucky» llevaba una vida muy agradable. Tenía toda la comida que necesitaba, hacía todo el ejercicio que le convenía, la aseaban cada día y le demostraban tanto cariño y tanto mimo que su corazón casi le salía del cuerpo. Toda la gente del circo quería a la alegre perrita... y «Sammy», el chimpancé, sentía adoración por ella. Si la dejaban entrar en su jaula para que jugara con él se sentía completamente feliz.

La perrita dormía con Jimmy todas las noches, y si bien no le destrozaba las sábanas ni las mantas, porque Jimmy no las tenía, le destrozaba muchas otras cosas. Le mordía los calzoncillos, la alfombrilla de su madre y los calcetines de su padre.

Pero esto no le importaba a nadie. «Lucky» formaba parte de la familia.

## «LUCKY» VA A LA ESCUELA

«Lucky» crecía muy aprisa. Era una linda perrita de ojos brillantes y muy feliz. Siempre seguía a Jimmy como si fuera su sombra.

—«Lucky», pronto tendrás que ir a la escuela —le dijo un día Jimmy, acariciando su sedosa cabecita—. Tienes que aprender muchas cosas y ser una perra muy inteligente.

—¡Guau, guau! —dijo «Lucky», intentando morder la mano de Jimmy.

Luego empezó a revolcarse por el suelo, agitando las patas en el aire. Lotta la miraba riendo.

—¿Verdad que es una monada? —dijo la niña—. ¿Cuándo empezarás a enseñarla, Jimmy?

—Ahora mismo —dijo Jimmy—. He comprado una caja de bizcochos. Mira cómo le enseño a «Lucky» a que me los pida, Lotta.

Lotta se sentó en los escalones del carromato de Jimmy y permaneció observando. Jimmy hizo sentar a «Lucky» sobre sus patas traseras, de espaldas a una caja y con las patas delanteras levantadas.

—¡Sentada, sentada! —dijo Jimmy con voz cariñosa.

«Lucky» movió las orejas. Conocía muy bien aquella voz... cuando Jimmy le hablaba así quería que ella escuchara con atención. La perrita permaneció quieta tal como la habían puesto, con sus patas delanteras levantadas.

—Buena perrita, buena perrita —dijo Jimmy dándole un bizcocho, que ella comió encantada.

—¿Quieres otro bizcocho? —preguntó Jimmy.

—¡Guau, guau! —dijo «Lucky», dando vueltas alrededor de la caja.

—Te daré otro si estás sentada. Sentada —dijo Jimmy volviendo a colocarla en la misma posición, como si estuviera pidiendo... pero esta vez sin la caja detrás para apoyarse. A «Lucky» no le importó. Podía sostenerse perfectamente sola, ahora que sabía lo que quería Jimmy.

«Lucky» deseaba complacer a Jimmy y también deseaba un bizcocho, así es que permaneció en la misma posición, moviendo sus patas en el aire.

—Ahora mira cómo le enseñaré a que me pida el bizcocho —le dijo Jimmy a Lotta. Luego dijo despacio.

—¿Quieres un bizcocho, «Lucky»?

«Lucky» movió las orejas. Conocía perfectamente la palabra «bizcocho».

—¡Guau! —dijo encantada.

—Entonces debes pedirlo —dijo Jimmy, enseñándole un bizcocho—. No... ¡sentada!, ¡sentada! Pide el bizcocho.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —dijo alegremente «Lucky». Jimmy le tiró el bizcocho y ella lo cogió.

—¡Caramba, Jimmy! ¡Qué lista es! —dijo Lotta—. En una sola lección ha aprendido a pedir un bizcocho.

—Sí, es mejor alumna que tú... —dijo Jimmy—. Has necesitado tres lecciones para aprender el alfabeto.

Lotta le hizo una mueca.

—Si me das bizcochos cada vez aprenderé tan aprisa como «Lucky» —dijo.

—Bueno, es verdad que «Lucky» ha aprendido esto muy aprisa —dijo Jimmy—. Pero no creo que lo recuerde. Mañana tendré que enseñárselo otra vez. Ahora se lo haré hacer unas cuantas veces más y después basta de lecciones por hoy.

«Lucky» siguió pues sentada y pidió bizcochos, que se comió luego unas cuantas veces más. Su cola se movía sin cesar. Era una manera muy divertida de obtener bizcochos.

—Ahora vamos de paseo, «Lucky» —dijo Jimmy—. Sacaremos también a todos los perros, Lotta. «Lucky» puede correr suelta, ya sé que nunca se aleja mucho de mí.

Los dos chiquillos salieron para dar un largo paseo. Cuando llegaron a la cima de la montaña cubierta de brezos soltaron a todos los perros menos a dos. Los otros conocían muy bien el silbido de Jimmy y corrían hacia él en seguida que le oían, por más que estuvieran cazando conejos. En cuanto a «Punch», al cual Jimmy había curado de su grave enfermedad, nunca se alejaba de los pies del niño, lo mismo que «Lucky».

Jimmy y Lotta se sentaron entre los brezos y permanecieron charlando. Jimmy no se cansaba nunca de escuchar las historias del circo que Lotta le contaba.

Aquel día le hablaba de elefantes.

—¿Sabes, Jimmy? —decía—. Los elefantes tienen la memoria mucho más larga que los otros animales. Nunca olvidan ni perdonan si se les ha hecho alguna trastada.

—¡Cómo! ¿Crees que «Jumbo» se acordaría de que Harry, el que se escapó con el dinero del circo, se portaba mal con él? —dijo Jimmy.

—Sí que se acuerda —dijo Lotta—. Y si volviera a ver a Harry procuraría hacerle pagar los malos tratos que le había dado.

—¿Y «Jumbo» se acuerda también de la gente que se ha portado bien con él? —dijo Jimmy.

—Claro que sí —dijo Lotta—. Por ejemplo, si tú te fueras ahora del circo y no volvieras hasta que fueras mayor. «Jumbo» te reconocería y te recibiría tal como te recibe ahora. Nunca olvida ni a un amigo ni a un enemigo.

—No puedo comprender que alguien se porte mal con los animales —dijo Jimmy—. Demuestran tanta confianza... y tienen una mirada tan amable y amistosa...

—Sí, es verdad —dijo Lotta, mirando los dulces ojos castaños de «Lucky»—. Tal vez la gente que no quiere a los animales no les ha mirado nunca a los ojos.

«Lucky» lamió la nariz de Lotta.

—Tienes una lengua muy larga, «Lucky» —dijo Lotta secándose la nariz—. Deberías llamarte «Licky» y no «Lucky»<sup>[2]</sup>.

—Siempre dices cosas divertidas, Lotta —dijo Jimmy riendo—. Ven... ¡es hora de marchar, «Lucky», ladra para llamar a los otros perros!

«Lucky» levantó su cabecita color castaño y negra y ladró con sus flojos ladridos de cachorro. Los chiquillos rieron.

—¿Verdad que es obediente? —dijo Jimmy complacido.

Luego silbó fuertemente. Por todos lados se oyó el ruido de las patas y al cabo de un momento los diez perritos, con «Lucky» corriendo a su alrededor, se encaminaban alegremente hacia el circo. Mientras caminaban se cruzaron con una señora que llevaba un «terrier» gris, gordo y fofo.

La señora se detuvo mirando a los perros del circo.

—Pobres perritos —dijo—. ¡Deben llevar una vida horrorosa en el circo! Mira, «Tinker»... qué feliz eres de vivir conmigo y no en un circo.

Jimmy y Lotta no pronunciaron ni una palabra al pasar junto a la señora, pero en seguida que estuvieron a suficiente distancia Lotta dejó estallar su cólera.

—¡Cómo se atreve a decir esas cosas! ¿No se ha dado cuenta de lo bien cuidados y de lo felices que son nuestros perros? ¿No se ha fijado en sus ojos brillantes, ni ha visto cómo mueven la cola?

—No, no creo que se haya fijado —dijo Jimmy—. Su pobre perro come demasiado y tiene cara de tomar chocolate a todas horas del día. Está gordo, y fofo. Su perro merece compasión, y no los nuestros.

Pronto llegaron al campamento del circo. Encerraron a los perros en su gran jaula y les dieron comida y bizcochos. «Lucky» notó el olor y deseó que le dieran a ella también. Sabía que debería esperar a que los otros acabaran y se preguntó qué podría hacer para comerlos en seguida. Entonces recordó que Jimmy le había enseñado a pedirlos.

El señor Tonks, el guardián del elefante, estaba sentado cerca de allí comiendo pan y queso. «Lucky» corrió hacia él, se sentó sobre sus patas traseras y agitó las delanteras en el aire.

—¡Guau! —dijo—. ¡Guau!

El señor Tonks se echó a reír.

—Oye, Jimmy —gritó—. Mira a tu cachorro. Me está pidiendo mi cena.

Lotta y Jimmy miraron con sorpresa. «Lucky» seguía sentada sobre sus patas traseras ladrando ruidosamente.

—¡Es el perro más listo del mundo! —dijo Lotta—. Está luciendo sus habilidades delante del señor Tonks.

Jimmy se puso muy contento. «Lucky» era todavía más lista de lo que él había pensado. Sería muy divertido enseñar toda clase de cosas a aquel animalito tan inteligente. Cada día le enseñaría cosas a «Lucky»: lo haría tan cariñosamente y con tanta paciencia que no tardaría mucho tiempo en salir por las noches a la pista del circo luciendo sus habilidades para divertir a los espectadores.

Desde entonces, Jimmy y «Lucky» trabajaron juntos cada día. A la perrita le gustaban mucho las lecciones. Era tan lista que a veces adivinaba lo que Jimmy quería que hiciera aun antes de que se lo enseñara. Al cabo de una semana sabía perfectamente quedarse sentada con un bizcocho sobre su nariz hasta que Jimmy le decía «¡cógelo!», y entonces ella lo lanzaba al aire y lo pescaba al vuelo. Todas las habilidades que los perros suelen aprender se las enseñó Jimmy a «Lucky» en pocos días. Luego empezó a enseñarle otros nuevos trucos.

Sabía caminar perfectamente sobre sus patas traseras. Llevaba una bandera. Llevaba un cochecito con la muñeca de Lotta dentro, y sabía incluso arropar a la muñeca. El padre de Jimmy había hecho el cochecito de madera con especial cuidado para que «Lucky» pudiera empujarlo fácilmente con sus patas de perro.

Toda la gente del circo se echó a reír al ver a «Lucky» haciendo rodar el cochecito por el campamento. Le daban golosinas al verla pasar, hasta que Jimmy tuvo que esconder el cochecito para que «Lucky» no lo cogiera y lo hiciera rodar delante de los carromatos para obtener bizcochos.

—Jimmy, este cachorrito tuyo hará tu fortuna algún día, ¿verdad? —dijo el señor Galliano riendo—. ¿Cuándo saldrá a la pista?

—Todavía no —dijo Jimmy—. Antes quiero enseñarle algunas cosas más. ¿No la ha visto usted nunca con el chimpancé, señor Galliano? Resultan muy divertidos cuando están juntos.

El señor Galliano acompañó a Jimmy a la jaula de «Sammy», Jimmy dejó allí a la perrita, y «Sammy» corrió entusiasmado hacia ella, la cogió del suelo y la meció en sus brazos como si fuera un bebé. Luego él y «Lucky» jugaron a perseguirse y corrieron excitados por la jaula, uno tras otro. Jimmy le dio a «Sammy» un sombrero de papel y «Sammy» cogió a «Lucky» y se lo puso sobre la cabeza. El señor Galliano reía de buena gana.

—Una perrita listísima —dijo—. Cualquier noche saldrá a la pista con Lal, ¿verdad?

El señor Galliano se alejó con el sombrero ladeado. Hacía días que lo llevaba de este modo, porque el circo iba muy bien. La gente se apiñaba para ver al señor Wally y a «Sammy» cada noche, porque el inteligente chimpancé divertía mucho a todo el mundo.

Jimmy se deslizó dentro de la jaula del chimpancé y estuvo jugando con él. Luego cogió a «Lucky» en sus brazos y le murmuró al oído:

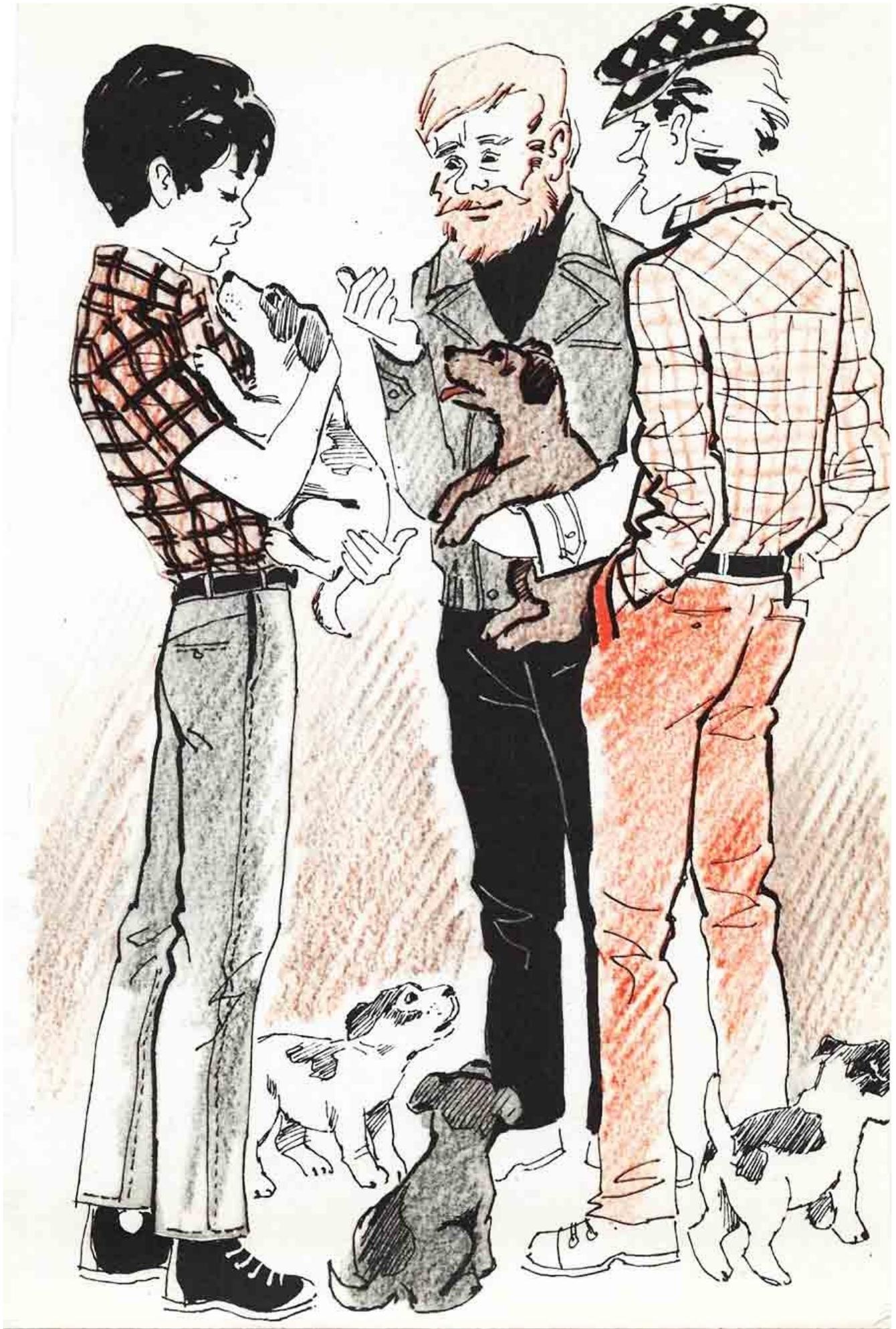
—¿Has entendido lo que ha dicho el señor Galliano? Ha dicho que una noche saldrás a la pista y lucirás tus habilidades delante de todo el público. Aquella noche tú

y yo nos sentiremos muy orgullosos, «Lucky».

Jimmy no sólo enseñaba a «Lucky», sino que estaba empeñado en enseñar a «Sammy» lo único que el señor Wally no conseguía enseñarle... le enseñaba a lavarse los dientes. ¿Sabéis cómo lo hacía? Sencillamente, descubrió que a «Sammy» le encantaba el gusto del anís y untaba el cepillo con aceite anisado. Cuando «Sammy» percibía el olor de anís y lo probaba estaba entusiasmado y se frotaba los dientes tanto rato como Jimmy quería.

El señor Wally quedó encantado cuando vio que Jimmy había enseñado al chimpancé a lavarse los dientes y le dio al chiquillo cinco chelines. Jimmy los guardó en la vieja caja en la que guardaba su dinero. Tenía ya bastante ahorrado.

No sabía lo poco que tardaría en gastarlo...





## EL SEÑOR WALLY SUFRE UN ACCIDENTE

Los días transcurrían felizmente. El circo iba maravillosamente bien, porque los hermosos caballos de Galliano y los monos de Liliput eran famosos. También los perros de Lal tenían mucho éxito, pero el chimpancé del señor Wally era lo que más atraía al público. Habían visto muchos chimpancés inteligentes antes de aquél, pero ninguno con características tan parecidas a las humanas como «Sammy».

El señor Wally ganaba mucho dinero porque el señor Galliano le pagaba muy bien. Se compró un cochecito nuevo para arrastrar su carromato, y cuando lo llevó al circo llamó a toda la gente para enseñárselo.

Todos permanecían alrededor del cochecito rojo, mirándolo admirativamente. El señor Wally era el único de ellos que poseía un coche.

—¿Quién quiere venir a dar un paseo en el coche nuevo? —dijo el señor Wally—. Es muy rápido... uno de los mejores coches que se hacen ahora. ¿Quién quiere venir a dar un paseo?

Pero nadie parecía desearlo. La gente del circo estaba acostumbrada a ir muy despacio en sus carromatos y ninguno de ellos sentía gran afición por los autos. Uno por uno, todos se fueron alejando y volviendo a sus respectivos trabajos, y sólo quedó Jimmy allí.

—¿Te gustaría venir, Jimmy? —preguntó el señor Wally.

—Me gustaría mucho, señor Wally —dijo vivamente Jimmy. Pero en aquel momento su padre le llamó.

—¡Jimmy! Me has de ayudar esta mañana. Tengo un trabajo y se necesitan dos pares de manos.

—¡Oh! —dijo Jimmy decepcionado—. Lo siento mucho, señor Wally.

—Me llevaré a «Sammy» —dijo el señor Wally—. Siempre le gusta ir en auto. Tráemelo aquí, Jimmy.

Jimmy fue a buscar a «Sammy» a su jaula. El chimpancé iba vestido como de costumbre: con chaqueta, pantalón y sombrero de paja. Estuvo encantado de salir de paseo con su querido dueño. Sabía que el coche era nuevo y pasó ilusionadamente su velluda mano sobre la pintura. Le gustaban mucho los colores vivos, especialmente el rojo.

—Entra, «Sammy» —dijo el señor Wally sentándose ante el volante «Sammy» se introdujo de un salto en el coche y se sentó al lado de su dueño. Sabía abrir perfectamente las puertas, pero le resultaba más fácil saltar por la ventanilla.

—¡Adiós, «Sammy»! —dijo Jimmy.

«Sammy» le saludó con el brazo. «R-r-r-r», rugió el motor del coche, y el pequeño objeto rojo atravesó el campamento del circo y salió por la reja.

Jimmy fue a ayudar a su padre y trabajó de firme con él toda la mañana. Antes de comer fue a echar un vistazo al chimpancé... pero, con gran sorpresa suya, vio que «Sammy» no había regresado.

—No han vuelto todavía —dijo el señor Tonks—. El señor Galliano está preocupado. Wally debería estar aquí desde hace dos horas.

Un poco más tarde, Jimmy estaba sentado en la escalera de su carromato comiendo dos enormes salchichas que su madre le había preparado, cuando vio a un chico que cruzaba la reja con un telegrama en la mano. Jimmy se sobresaltó. ¿Tal vez sería del señor Wally? ¿Habría sufrido un accidente?

El chico llevó el telegrama al carromato del señor Galliano y Jimmy corrió hacia allí. El señor Galliano abrió el telegrama y frunció las cejas.

—No hay respuesta —le dijo al chico de telégrafos. Luego llamó a la señora Galliano—. Oye, Wally ha tenido un accidente con su coche nuevo. Se ha roto una pierna... ¡y «Sammy» ha desaparecido! ¿Qué haremos ahora?

Jimmy abrió desmesuradamente los ojos al oír esto. ¡El señor Wally se había roto una pierna y «Sammy» se había escapado! Seguramente se habría asustado con el accidente y se había ido quién sabe dónde. ¡Pobrecito «Sammy»!

—Ahora tendremos a toda la gente de los alrededores asustada porque «Sammy» se ha escapado —gruñó el señor Galliano—. Y Wally está en el hospital con la pierna rota... le es imposible ir en busca de «Sammy»... y si encontramos al chimpancé, ¿qué demonios haremos con él? Tampoco podrá salir a la pista sin su dueño.

Jimmy notó que algo le lamía la mano: era «Lucky». Una idea le pasó por la cabeza como un relámpago. ¿Tal vez «Lucky» podría encontrar a «Sammy»? Había enseñado a la perrita a encontrar toda clase de objetos. Bastaba con que dijera: «he perdido mi pañuelo», para que «Lucky» lo buscara hasta encontrarlo, y si decía: «he perdido mi bolsa» o «he perdido mi cortaplumas», «Lucky» se ponía inmediatamente a buscarlo. Si era una palabra que le resultaba conocida, «Lucky» buscaba hasta encontrar lo que se había perdido.

«Si yo la llevara hasta el lugar en donde ha ocurrido el accidente —pensó Jimmy—, y le dijera “he perdido a 'Sammy'”, ¿sería la suficientemente lista para encontrar al chimpancé?».

Subió la escalerita del carromato para preguntárselo al señor Galliano, pero éste estaba demasiado preocupado para ni siquiera escuchar a Jimmy, y le indicó que se marchara.

—Sólo quería preguntarle si puedo ir a... —empezó a decir Jimmy.

Pero el señor Galliano le interrumpió airadamente y sin miramientos:

—No puedes ir a ninguna parte... ¡no! Wally se marcha y no vuelve, y «Sammy» se ha perdido. Nadie más saldrá de aquí hoy. Tú te quedas en el campamento.

Jimmy se alejó, decepcionado. Era inútil querer preguntárselo otra vez al señor Galliano. Lotta corrió a su encuentro y el niño le explicó el accidente del señor Wally y que «Sammy» se había escapado.

—Había pensado llevar a «Lucky» al lugar del accidente y decirle que «Sammy» se había perdido para ver si lo encontraba —dijo Jimmy—. Pero el señor Galliano no quiere que yo salga del campamento hoy..., ni yo ni nadie.

—¡Bah! —dijo Lotta—. Pero iremos de todos modos.

Jimmy miró a la rebelde niña.

—No podemos desobedecer al señor Galliano —dijo—. Yo no me atrevo.

—Bueno, si tú le tienes miedo, yo no —dijo Lotta—. Yo iré con «Lucky» y veré si puedo encontrar a «Sammy».

—No, tú no —dijo violentamente Jimmy—. «Lucky» es mía, y no quiero que la lleve nadie más que yo.

—Pero si tú no la llevas tendré que llevarla yo —dijo Lotta con los ojos brillantes de indignación—. ¡Eres un cobarde, Jimmy! No te atreves a hacer lo único que se puede hacer por miedo a desobedecer al señor Galliano. A mí no me importa que me pegue. ¡Quiero ir a buscar al pobre «Sammy»! Piensa que debe estar escondido en algún lado, lleno de miedo, y con peligro de que alguien que se asuste al verlo lo quiera matar.

Jimmy se sobresaltó, alarmado.

—¡Matarlo! —dijo—. Seguramente nadie querrá matar al pobrecito «Sammy».

—Es fácil que sí —dijo Lotta—. Es muy diferente ver a un chimpancé en un circo al lado de su guardián que encontrárselo en medio del campo o en un jardín. Nadie se atreverá a acercarse, si no es alguien del zoo. ¡«Lucky»! ¡«Lucky»! Ven conmigo. Adiós, Jimmy.

—Yo también iré —dijo Jimmy—. No soy ningún cobarde, Lotta. Pero no pensaba en lo que podría suceder. Comprendo que he de marchar, aunque sea desobedeciendo al señor Galliano. Pero, ¿cómo nos iremos... y a dónde?

—Le diré a Laddo que se entere del lugar del accidente —dijo Lotta—. Si está demasiado lejos iremos con «Belleza», mi caballo. Puede llevarnos muy bien a los dos.

Al poco rato Lotta sabía ya el lugar del accidente.

—No es muy lejos —dijo—. El accidente ha ocurrido en el cruce de carreteras de Bentonville. Está a unos diez kilómetros de aquí. Ve a buscar a «Belleza»; yo vigilaré que no te vea nadie.

Todo salió bien. Toda la gente del circo se había reunido junto al carromato del señor Galliano, que les explicaba lo del señor Wally y de «Sammy», y discutían lo que harían en la función de la noche para llenar el espacio que ocupaba el señor Wally con su chimpancé. No había nadie vigilando a los caballos.

Lotta y Jimmy salieron por la puerta de atrás del campamento. «Belleza» era un caballo blanco, fuerte y lustroso que pertenecía a Lotta. Podía llevar fácilmente a los

dos chicos y a «Lucky», que nunca había ido encima de un caballo y se quedó asombrada cuando la subieron. Sin embargo, nada le importaba mientras la rodearan los brazos de Jimmy.

Salieron tranquilamente al campo y luego a la carretera. Los bordes estaban cubiertos de hierba y «Belleza» trotaba con satisfacción. Cuando llegaron junto a un poste los chicos miraron la dirección que debían seguir para ir a Bentonville. Lotta no podía leer el nombre, pero Jimmy, naturalmente, lo leyó con facilidad.

—Si te hubieras ido sin mí, Lotta, seguramente no hubieras sabido qué camino seguir —dijo Jimmy, dándole un golpecito en la espalda—. No hubieras podido leer lo que pone el cartel del poste.

—Ahora me fijaré más en las lecciones de lectura —dijo Lotta—. Hubiera sido terrible si no hubiera podido encontrar el camino.

«Belleza» empezó a galopar. Jimmy se sentía completamente a sus anchas sobre el caballo y disfrutaba cabalgando. «Lucky» se estremecía un poco, porque pensaba que algo extraño sucedía.

Por fin llegaron a Bentonville y hallaron el cruce de carreteras. En seguida vieron que no se habían equivocado, porque el hermoso coche rojo del señor Wally estaba a un lado de la carretera con los cristales rotos y el lado derecho destrozado.

—No hemos de preguntar nada a nadie —dijo Lotta—. Sólo bajar del caballo y dejar husmear a «Lucky». Quizá pueda seguir el rastro de «Sammy».

Jimmy saltó del caballo y «Lucky» resopló encantada. Le parecía muy agradable volver a encontrarse sobre sus cuatro patas. Jimmy la dejó correr unos momentos de un lado a otro y luego la llamó. Le tomó la cabeza entre sus manos y la miró fijamente a sus brillantes ojos.

—«Lucky» —dijo con aquella voz baja y cariñosa que empleaba cuando quería que la perrita le escuchara con atención—. Hemos perdido a «Sammy». ¡«Sammy»! ¡Hemos perdido a «Sammy»! ¿Dónde está «Sammy»? ¡Hemos perdido a «Sammy»!

«Lucky» movió las orejas y lanzó un pequeño gemido. Lo había comprendido perfectamente. «Sammy» se había marchado y era preciso encontrarlo. Podía encontrar el pañuelo de Jimmy, o su bolsa, o su cortaplumas siguiendo su rastro cuando se habían perdido, y ahora debía encontrar a «Sammy». Olió a su alrededor para ver si podía percibir el olor de «Sammy». Corrió arriba y abajo de la carretera y no notó el olor de «Sammy». Corrió hacia un lado. Tampoco notó el olor de «Sammy». Atravesó un agujero en el seto por el otro lado de la carretera, en el lugar en donde estaba el coche rojo... ¡y allí percibió el olor de «Sammy»! ¡Sí, no cabía duda! «Sammy» había saltado directamente desde el coche a través del seto y al campo.

—¡Lotta! ¿Quieres esperarte aquí mientras yo voy detrás de «Lucky»? —gritó Jimmy, excitadísimo—. Ha encontrado el rastro de «Sammy» y lo seguirá hasta que dé con él.

—Sí, me quedaré con «Belleza» —dijo Lotta—. Lo dejaré pacer en este campo.

Jimmy corrió en pos de «Lucky», que iba husmeando, siguiendo el olor de «Sammy». Jimmy estaba muy emocionado. Esto había sido idea suya. Seguramente el señor Galliano no se enfadaría «mucho» por haberle desobedecido si le traía a «Sammy» sano y salvo.

Pero... ¿dónde estaría «Sammy»?

## LO QUE LE SUCEDIÓ A «SAMMY», EL CHIMPANCÉ

«Lucky» había descubierto el rastro de «Sammy»... pero el chimpancé se hallaba muy lejos de allí. Había saltado sobre el seto y de allí al campo y seguido luego una ladera que conducía a la colina, desde la cual había bajado por el otro lado, muy asustado.

«Sammy» iba tranquilamente sentado al lado del señor Wally cuando tuvo lugar el accidente. Otro coche había chocado con el suyo en el cruce de carreteras con tal estallido que «Sammy» recibió el mayor golpe de su vida. No esperó para ver lo que el señor Wally hacía o decía... sencillamente saltó y echó a correr.

Mientras corría hacia la montaña encontró a dos leñadores que caminaban juntos. Cuando vieron acercarse al chimpancé abrieron desmesuradamente los ojos, como si no pudieran creer lo que veían.

—¿Qué es eso? —dijo uno de ellos.

—Es un mono, ¿verdad? —dijo el otro.

—Es un mono —dijo el primero—. ¿Qué estará haciendo por aquí?

«Sammy» se detuvo cuando vio a los dos hombres. En su asustada mente surgió el pensamiento de que tal vez aquellos hombres podrían ayudarle y se acercó a ellos, pero los hombres echaron a correr atemorizados tirando sus bolsas.

Sus gritos asustaron a «Sammy». No intentó seguirlos, sino que corrió hacia sus bolsas. Olía que en ellas había algo bueno... la comida de los hombres. Abrió las bolsas y husmeó para ver qué clase de comida era.

Había bocadillos de jamón, buñuelos y manzanas. «Sammy» recogió la comida, corrió al seto y se acurrucó en él. Comió todo lo que había en las bolsas; las manzanas fueron lo que más le gustó.

Mientras estaba allí sentado, una mujer subió hacia la montaña. A «Sammy» le pareció bondadosa, del estilo de la madre de Lotta, a la cual conocía muy bien. Salió del seto y corrió hacia ella, haciendo un gracioso chasquido... Era su modo de pedir ayuda. Quería volver al lado del señor Wally. Le parecía muy extraño no ver a ningún amigo a su alrededor.

La mujer lanzó un grito y corrió montaña abajo. Encontró a un hombre y éste le preguntó qué le sucedía.

—¡Oh, es un chimpancé! —balbuceó la mujer.

—Eso es una tontería —dijo el hombre, dándole golpecitos en la espalda—. Aquí no hay chimpancés... sólo conejos y zorros.

—Estoy segura de que era un chimpancé —dijo la mujer.

Pero el hombre movió la cabeza. En aquel momento apareció «Sammy», que bajaba por la montaña trotando hacia ellos. Pensaba que tal vez aquel hombre sería amigo suyo. Pero él dio un grito al verle.

—¡Es verdad! —le dijo a la mujer—. ¡Es un chimpancé! ¡Aprisa! ¡Entremos en esta casa!

Y ambos corrieron hacia una casa cercana. ¡Pobre «Sammy»! Cuando les vio desaparecer en la casa y cerrar la puerta tuvo una desilusión. Se sentía muy solo y estaba ansiando hallarse al lado del señor Wally.

Penetró en el jardín y miró a su alrededor, mirando si veía a alguien. El hombre, la mujer y dos personas más le estaban observando desde una ventana.

—Telefonaré a la policía —dijo el hombre—. Debe ser un chimpancé que se ha escapado. Deberían matarlo.

—¡Pobre animal! —dijo la mujer—. Creo que la otra noche le vi en el circo; supongo que la gente de allí lo debe estar buscando.

—¡Bueno, pero no se le puede dejar suelto por aquí! —dijo el hombre—. Avisaré a la policía para que vengan con escopetas y lo persigan.

«Sammy» no oyó lo que decían, ni lo hubiera entendido aunque lo hubiera oído. Estuvo husmeando delante de las puertas, intentó abrirlas y al ver que no lo conseguía se fue otra vez hacia la colina. Al llegar a la cima bajó por el otro lado hacia un pueblecito. Allí encontró un grupo de chiquillos, que no sabían qué clase de animal era y le miraron con asombro. A «Sammy» le gustaban los niños; hizo su habitual chasquido y alargó la mano a un chiquillo.

El niño puso la suya en la del chimpancé y «Sammy» quedó encantado. Por fin había encontrado un amigo. Le acarició el cabello y luego empezó a lucir sus habilidades. Había perdido su sombrero, pero todavía llevaba sus pantalones y su chaqueta. Se desvistió y fingió que se ponía a dormir en un matorral. Luego bostezó, se levantó otra vez, se vistió y fingió lavarse, limpiarse los dientes y peinarse el cabello.

Los niños se apiñaban encantados a su alrededor. ¡Era un animal muy listo! «Sammy» estaba muy satisfecho; abrazó cariñosamente a una niña y empezó a jugar con todos los chiquillos.

Pero la cosa no duró. Una mujer que miraba por la ventana para ver a sus hijos vio a «Sammy» y quedó asombrada y llena de temor.

—¡Johnny... Elena... entrad en seguida! —gritó.

—¡Oh, mamá, queremos jugar con este animal tan raro! —gritó Johnny.

—¡Venid en seguida! —gritó la madre—. Y decid a los demás que también se marchen.

Pronto la calle quedó desierta, porque todos los niños corrieron a sus casas y dejaron a «Sammy». Poco después, el chimpancé vio llegar a un grupo de hombres que se dirigían hacia él con bastones y barras de hierro en la mano. «Sammy» no sabía que iban en su busca para hacerle daño y corrió encantado hacia ellos, creyendo

que también querían jugar con él. Uno de los hombres se detuvo y apuntó hacia «Sammy». Luego le lanzó una barra de hierro..., pero el chimpancé la esquivó, levantó la mano y la cogió. Luego se la devolvió al hombre, creyendo que se trataba de un juego.

Felizmente no hirió a nadie, y los hombres se detuvieron, sorprendidos.

—Es mejor no tirarle nada —dijo uno de ellos—. Porque nos lo volverá a tirar. Probemos de acorralarlo en un rincón y podremos atraparlo.

Entonces los hombres formaron un círculo y fueron rodeando gradualmente a «Sammy». El chimpancé, de momento, no les prestaba ninguna atención. Apoyado a la pared había visto algo que le interesaba: una bicicleta. «Sammy» montaba la suya todas las noches en la pista del circo y conocía bien las bicicletas. Mientras estaba mirando a aquélla, los hombres se acercaban más y más.

«Sammy» los miró y se sintió repentinamente asustado. No le gustó ver a aquellos hombres silenciosos que se iban acercando cada vez más. ¿Cómo podría marcharse? ¿Qué iba a hacer?

¿Y qué pensáis que hizo? Saltó de pronto sobre la bicicleta, pedaleó con fuerza y se dirigió rápidamente hacia los hombres. Éstos quedaron tan desconcertados que se apartaron y le dejaron pasar.

«Sammy» pasó pedaleando entre la gente, atravesó la calle del pueblo y saludó con el brazo a los atónitos hombres. Estaba satisfecho de sí mismo. Le gustaba su nueva bicicleta. Era mayor que la suya, pero podía manejarla perfectamente. Siguió su camino y no tardó en llegar a otro pueblo.

Pero allí le estaba esperando un policía con una escopeta.

Alguien había telefoneado desde el pueblo anterior que estuvieran preparados para cuando llegara el chimpancé. «Sammy» no tenía idea de lo que era una escopeta y pedaleó directamente hacia el policía vestido con un uniforme azul.

¡Bang! La escopeta se disparó. Su ruido fue parecido al restallido del látigo del señor Galliano. «Sammy» estaba acostumbrado a esto, pero algo le hizo ver que la escopeta que llevaba el policía era diferente del látigo cuyo sonido conocía perfectamente. El chimpancé saltó de la bicicleta y corrió a refugiarse en un jardín; mientras corría iba agachado por miedo a la escopeta. En la parte trasera del jardín había un pequeño cobertizo; penetró en él a través de una ventana y se escondió debajo de unos sacos, permaneciendo lo más quieto posible.

¿Y qué estaba haciendo Jimmy durante este tiempo? Jimmy estaba acalorado y jadeante porque «Lucky» le arrastraba a través de los campos, bajaba una ladera, subía una montaña y volvía a bajar hasta un pueblo. Allí encontró a los padres de los niños con los que había jugado «Sammy». «Lucky» olfateó por la calle del pueblo, pero no pudo hallar el olor de «Sammy».

—Mi perro ha perdido el rastro de «Sammy» —dijo Jimmy desesperado, dirigiéndose a uno de los chicos—. No sé hacia dónde habrá ido.

—El chimpancé se marchó en mi bicicleta —dijo el chico del carnicero—. Supongo que esto ha hecho perder el rastro al perro, Ahora hemos telefoneado al próximo pueblo y el policía lo está esperando con una escopeta.

Jimmy palideció, a pesar de que sentía sus mejillas tan calientes como el fuego. ¡Era imposible que alguien quisiera hacer daño al simpático y listísimo «Sammy»!

—¡Corre, «Lucky», vayamos tan aprisa como podamos! —gritó Jimmy, y los dos corrieron a más no poder hasta el próximo pueblo.

Al llegar allí, Jimmy vio a mucha gente en la carretera.

—¿Han visto al chimpancé? —dijo jadeante.

—Sí —dijo un hombre señalando hacia un jardín cercano—. Está escondido en un cobertizo. El policía está derribando la puerta para matarlo.

—¡Oh, no... no debe hacerlo! —gritó Jimmy—. Es una criatura estupenda, incapaz de hacer daño a nadie. ¡Aprisa, «Lucky», aprisa!

Abriéndose camino entre la gente, corrieron hacia la parte trasera de la casa. Cinco hombres rodeaban el pequeño cobertizo y el policía estaba a punto de abrir la puerta y disparar sobre los sacos que ocultaban a «Sammy», los hombres habían visto por la ventana que «Sammy» estaba escondido bajo un montón de sacos.

—¡No le haga ningún daño a nuestro chimpancé! —gritó Jimmy—. No es peligroso y es el animal más inteligente del mundo. Vale un dineral. Déjeme entrar con él.

Los hombres contemplaron a Jimmy con asombro.

—¿Cómo? —dijo el policía—. ¿Quieres entrar en el cobertizo con el chimpancé?

—Naturalmente —dijo Jimmy—. Le quiero mucho, y todos los del circo también. Es igual que si fuera un ser humano.

En aquel momento «Lucky» consiguió deslizarse por debajo de la puerta del cobertizo. Corrió hacia el montón de sacos ladrando alegremente, contenta de haber hallado por fin a su amigo «Sammy». El chimpancé levantó la cabeza, cogió a la perrita y empezó a acunarla cariñosamente. Los hombres que miraban por la ventana quedaron pasmados.

Jimmy abrió la puerta y penetró también en el cobertizo.

—¡«Sammy»! ¡Aquí está Jimmy que te viene a buscar! —gritó.

El chimpancé dio un salto y corrió hacia Jimmy, encantado. Chillaba de alegría, acariciando la cabeza de Jimmy y dándole golpecitos en el hombro. Finalmente le abrazó, con gran estupefacción de los hombres que lo estaban mirando.

—¡Ya lo ven! —dijo Jimmy con satisfacción—. ¿Qué les había dicho yo? Es dócil y manso, y muy inteligente. Me lo llevaré conmigo al circo.

—Sería mejor que esperases a que viniera a recogerlo un carromato —dijo el policía.

Pero Jimmy no quiso. No quería que nadie le separase del chimpancé y se marchó llevándolo cogido por la mano. Los tres emprendieron así el regreso por la

carretera... Jimmy, «Sammy» y «Lucky», y la gente les seguía mirando sin salir de su asombro.

—¡Vaya chico! —dijo el policía—. En mi vida había visto a ninguno como él. Con la mayor frescura del mundo se metió aquí y cogió la mano de ese chimpancé.

Jimmy, «Sammy» y «Lucky» tardaron bastante en regresar adonde estaba Lotta. La niña les esperaba pacientemente al lado de su caballo, y se alegró mucho cuando por fin vio llegar a los tres.

—Por poco no llegamos a tiempo, Lotta —dijo Jimmy, y le contó lo sucedido mientras trotaban hacia el circo. «Sammy» estaba sentado entre los dos niños, muy feliz y satisfecho, y llevaba a «Lucky» en sus brazos.

—¿Qué nos dirá el señor Galliano cuando nos vea? —dijo nerviosamente Jimmy, al ver de lejos al señor Galliano, que llevaba puesto su sombrero completamente horizontal.



## JIMMY SALE A LA PISTA

Toda la gente del circo quedó estupefacta al ver a Jimmy y Lotta cabalgando sobre «Belleza», el hermoso caballo blanco, y llevando a «Sammy» entre los dos. El señor Galliano también los vio de pronto y su enorme habano le cayó de la boca.

Sin desmontar del caballo, Jimmy se dirigió a él.

—Por favor, señor Galliano —dijo—. Nosotros le hemos desobedecido. Usted dijo que nadie podía salir del campamento, pero Lotta y yo nos fuimos con «Lucky». Estábamos seguros de que encontraríamos a «Sammy».

—Eres un bribón —dijo el señor Galliano, frunciendo terriblemente el entrecejo... pero Jimmy vio un guiño en sus ojos, debajo de las cejas—. ¿Cómo te has atrevido a desobedecer al gran Galliano? Y tú también. Lotta... tú debieras saberlo mejor, ¿verdad?

—¡Guau, guau! —dijo «Lucky», probando a escaparse de los brazos de «Sammy», pero éste la tenía bien sujeta.

—Bajad del caballo, llevad a «Sammy» a su jaula, dadle unos cuantos plátanos y venid a verme en mi carromato —dijo el señor Galliano.

Los dos chiquillos obedecieron inmediatamente. Nadie les preguntó nada, porque sabían que el primero en saber la historia debía ser el señor Galliano.

Al poco rato «Sammy» estaba tranquilamente comiendo plátanos en su jaula, con «Lucky» delante de él royendo bizcochos. Jimmy y Lotta corrieron al carromato del señor Galliano, la señora Galliano estaba allí también, y cerró la puerta tras ellos.

Jimmy explicó su historia y el señor Galliano escuchó.

—Tienes mucha gracia para encontrar a los animales que se escapan, ¿verdad? —dijo riendo—. Primero el elefante, y ahora el chimpancé. Eres un mal chico por desobedecer, Jimmy, pero eres un buen chico por haber rescatado a «Sammy». Pero no podemos dejarle salir a la pista solo. Sin el señor Wally no nos sirve para nada.

Una idea maravillosa surgió en la cabeza de Jimmy.

—Por favor, déjeme salir a «mí» a la pista con «Sammy» —suplicó el chiquillo muy seriamente—. Me hará tanto caso a mí como al señor Wally. Estoy seguro de que lo hará. He jugado mucho con él y he practicado cada día, y he conseguido enseñarle a lavarse los dientes, cuando el señor Wally no había podido. Déjenme probar.

El señor Galliano miró atentamente a Jimmy, luego a la señora Galliano. Ésta asintió con la cabeza.

—Jimmy es muy bueno con los animales —dijo—. Un excelente chico. Déjale hacer esto, Galliano. Su madre y yo le prepararemos un bonito traje para la noche.

Jimmy hubiera abrazado de buena gana a la señora Galliano. Estaba loco de alegría. ¡Salir por fin a la gran pista del circo! ¡Ir elegantemente vestido, bajo las luces resplandecientes, delante de centenares de personas que le mirarían y le aplaudirían! No podía haber nada mejor.

—Dile a tu madre que venga —dijo el señor Galliano, encendiendo otro enorme habano—. Tú sabes exactamente lo que hay que hacer, ¿verdad? Esta tarde practicarás con «Sammy». Prepárate para dentro de diez minutos.

Mientras la señora Galliano y la señora Brown cortaban unos pantalones rojos y una bonita chaqueta amarilla con un cinturón azul para que Jimmy lo llevara por la noche, el chico ensayaba con «Sammy» para la función de la noche. Se llevó al chimpancé a la pista con todas las cosas necesarias —la cuna, la silla, la palangana de agua, la bicicleta y todo lo demás—. El chico realizó el ensayo ante la aguda mirada del señor Galliano, tal como había visto hacerlo tantas veces al señor Wally.

A «Sammy» le encantaba trabajar con Jimmy. Quería mucho a su dueño, el señor Wally, pero aquel chico, con sus brillantes y profundos ojos y su voz baja y cariñosa, tenía algo especial que «Sammy» comprendía y adoraba. Hubiera hecho cualquier cosa por Jimmy.

—Bien, bien, bien —dijo el señor Galliano cuando el ensayo hubo terminado—. Eres un chico de circo... sí, ¿verdad?

Fue verdaderamente una proeza acabar a tiempo la indumentaria de Jimmy. Estaba despampanante con sus rojos pantalones de montar, su chaqueta amarilla y su cinturón azul. Llevaba también un sombrero dorado y medias azules. Parecía casi tan majestuoso como el señor Galliano. ¡Qué suerte que hubiera guardado su dinero! Cuando Lotta le vio se quedó mirándole con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Bueno, ¿cómo estoy? —preguntó Jimmy con impaciencia.

—¡Oh Jimmy! Estás sencillamente espléndido —dijo Lotta—. Creo que nunca más me atreveré a hacerte muecas.

Pero no debía hablar muy en serio, porque en el mismo momento la descarada chiquilla le dedicó una de sus peores muecas:

Al llegar el momento de conducir a «Sammy» a la pista, Jimmy se sentía un poco nervioso. Aquella noche había un público muy numeroso para ver al chimpancé, porque todo el mundo se había enterado de sus aventuras. «Sammy» estaba encantado de salir a la pista con Jimmy, y parecía no echar de menos al señor Wally.

El chimpancé hizo todo lo que debía hacer..., ¿pero sabéis lo que sucedió a media función?

«Lucky» se escapó de su perrera y corrió en busca de su dueño, precipitándose hacia la pista ladrando alegremente. Jimmy quedó aturdido.

—Márchate, «Lucky», márchate —dijo.

Pero «Lucky» estaba demasiado excitada aquel día y quería jugar con Jimmy y con «Sammy» en lugar de regresar a su perrera.

El señor Galliano hizo restallar su látigo. Esto significaba que Jimmy debía proseguir el espectáculo. ¡Esperaba que «Lucky» no se lo desbarataría! Sería una pena, precisamente aquella noche en que actuaba por vez primera en la pista.

«Sammy» se estaba vistiendo después de salir de su cuna. En el momento en que «Lucky» se precipitó sobre él iba a empezar a lavarse. El chimpancé miró a su pequeña compañera de juegos, se la puso sobre las rodillas... ¿y sabéis qué hizo?

Le lavó la cara a «Lucky», le limpió los dientes y le cepilló el pelo. Todo el mundo reía y gritaba a más no poder. A «Lucky» no le hacía ninguna gracia y probaba a escaparse, pero «Sammy» la tenía bien sujeta. Luego se lavó su propia cara, se limpió los dientes y se arregló el pelo.

Cuando llegó el momento de fingir que iba a la escuela, saltó rápidamente sobre su bicicleta, llevando a «Lucky» bajo el brazo. Hubo una gran ovación: El público no sabía que la idea había sido de «Sammy»... creían que Jimmy había enseñado al chimpancé a jugar de este modo con «Lucky».

Cuando terminó su turno y Jimmy se retiró con «Sammy» y con «Lucky», el público les dispensó una clamorosa ovación, y Jimmy tuvo que salir tres veces con «Sammy» a saludar. Estaba tan emocionado que las lágrimas le subieron a los ojos y tuvo que secárselas. ¡«Sammy» y «Lucky» se habían portado estupendamente! A ellos debía gran parte de su éxito.

El señor Galliano estaba encantado con Jimmy. Le dijo que podía seguir saliendo a la pista cada noche con «Sammy» y con «Lucky» hasta que el señor Wally pudiera volver. Tal vez entonces querría tomar a Jimmy como ayudante.

Así es que Jimmy llevó a «Sammy» a la pista, y el chimpancé sonreía enseñando los dientes al oír los aplausos y las ovaciones... Y cuando «Lucky» entraba corriendo a la pista en el preciso momento en que «Sammy» iba a lavarla y cepillarla, las aclamaciones de la gente iban en aumento.

Jimmy tenía entonces los días muy ocupados. Debía ensayar un buen rato con «Sammy» y con «Lucky» antes de ayudar a Lotta con los otros perros, y ayudar al señor Tonks con «Jumbo». También se entrenaba a montar a caballo y había aprendido a pasar por la cuerda casi tan bien como Oona el acróbata. También enseñaba a la inteligente perrita el mayor número posible de habilidades, porque sabía que el mejor tiempo para enseñar a los animales es cuando son jóvenes y están deseosos de aprender. Así es que el niño estaba ocupado desde la madrugada hasta la noche, y su madre decía que apenas podía verlo, si no era a la hora de las comidas.

El señor Wally se puso muy contento al enterarse de que habían encontrado a «Sammy» y devuelto al circo, pero no tan contento de que «Sammy» quisiera salir cada noche a la pista con Jimmy y trabajar igualmente bien con el chiquillo que con él, que había sido su entrenador y su maestro.

Nadie pensaba que el señor Wally pudiera tener celos de Jimmy. Al contrario, todos estaban seguros de que cuando el señor Wally estuviera curado de la pierna le diría a Jimmy que le ayudara cada noche en la pista con «Sammy» y «Lucky».

Pero todos se equivocaban. Cuando el señor Wally regresó al circo, cojeando ligeramente, estuvo mirando la función la primera noche y luego fue a hablar con el señor Galliano.

—Señor Galliano —dijo—, mañana por la noche yo mismo llevaré a «Sammy» a la pista. Me encuentro mucho mejor.

—Me alegro, sí —dijo el señor Galliano—. Seguramente querrá quedarse a Jimmy para que le ayude en la pista, ¿no, señor Wally?... Es un muchacho excelente.

—No quiero que me ayude —dijo el señor Wally—. Tiene mucha habilidad con los animales, pero no quiero que esté en la pista conmigo cuando estoy con «Sammy». Es mío y lo he enseñado yo.

El señor Galliano se enfadó.

—Jimmy ha hecho mucho por «Sammy» y usted le debería estar agradecido —gritó—. No es mucho pedir que le permita ayudarlo a usted en la pista. Al chico le gusta mucho trabajar allí.

—Estoy agradecido a Jimmy —dijo el señor Wally con firmeza—, y le pagaré bien por el tiempo que ha hecho trabajar a «Sammy» en mi lugar. Pero ahora que he vuelto no quiero compartir a «Sammy» con nadie mientras esté en la pista. Y si usted me dice que debo tener al chiquillo allí, me marcharé con «Sammy» y usted no me verá nunca más.

El señor Wally salió del carromato. Sabía que le había ganado la partida al señor Galliano. No le dejaría marchar precisamente en el momento en que el chimpancé atraía a un público tan numeroso cada noche. El señor Galliano se quedó unos momentos pensativo; luego llamó a Jimmy.

Cuando le dijo al chiquillo lo que había dicho el señor Wally, Jimmy quedó sorprendido y desilusionado. ¡No podría volver a salir a la pista ahora que le gustaba tanto! Permaneció quieto, mirando con tristeza al señor Galliano.

—¿Y no podré volver a salir a la pista nunca más? —preguntó con voz un poco temblorosa.

—Tal vez algún día —dijo el señor Galliano—. Pero de momento no. No puedes hacer nada allí si no es con «Sammy», y el señor Wally no quiere.

Jimmy volvió a su carromato. ¡Qué mal se había portado el señor Wally! Cuando llegó su madre lo encontró sentado sobre la cama con una expresión de desconsuelo en su rostro siempre tan animado.

—¿Qué te pasa, Jimmy? —preguntó alarmada.

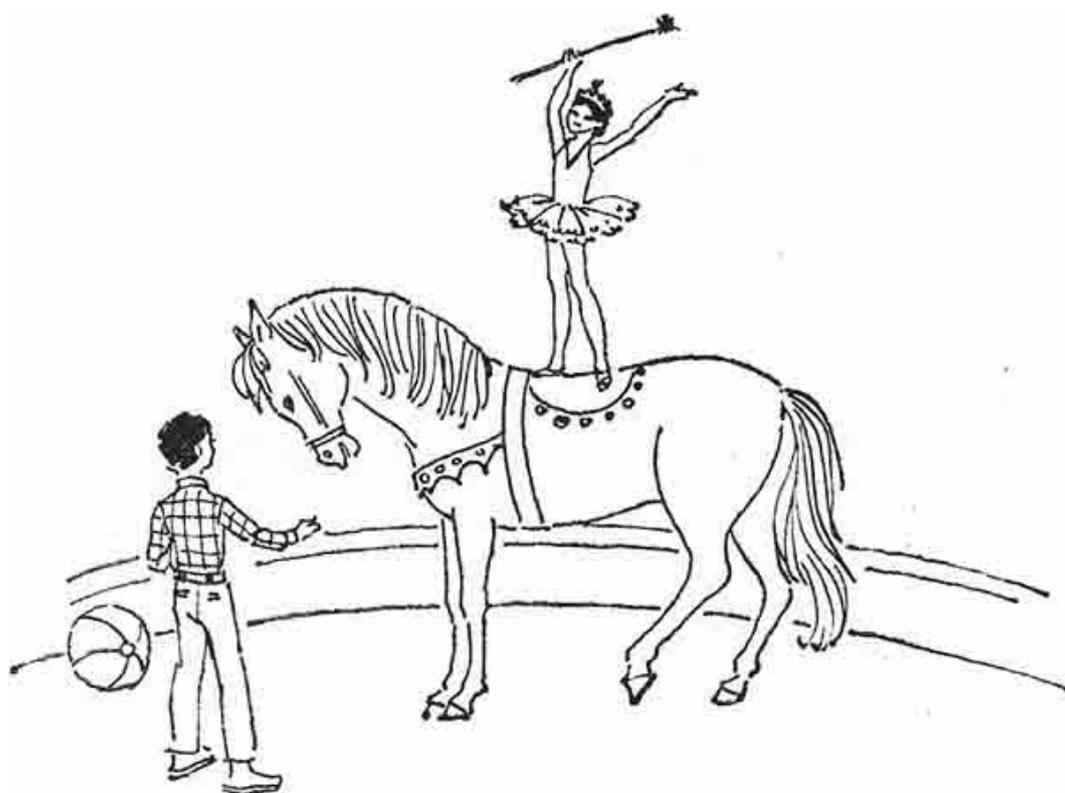
Jimmy se lo contó y su madre le pasó el brazo sobre los hombros y le estrechó contra su pecho.

—Jimmy, no te has de desanimar cuando las cosas no van bien —dijo—. Últimamente has tenido suerte en muchas cosas. Ahora que se te ha presentado un

obstáculo y no puedes obtener lo que deseas, no debes preocuparte demasiado por esto. La mejor manera de tratar a los obstáculos es hacerlos servir de escalones. Ríete de ellos, pacta con ellos y aprovéchalos para que te lleven a algo mejor, y en cuanto al señor Wally, no pienses mal de él. Quiere mucho a «Sammy» y es natural que quiera estar solo con él en la pista. ¿Verdad que tú no querrías compartir a «Lucky» con nadie?

—No, estoy seguro de que no querría —dijo Jimmy, sintiéndose ya más aliviado—. Eres estupenda, mamá... siempre dices lo que se ha de decir. Ya no me preocuparé más por esto ni le haré mala cara al señor Wally. Haré lo que me dices y procuraré que este obstáculo me sirva de escalón para algo mejor.

¿Cómo lo consiguió Jimmy? Pronto lo veréis.



## LA ESTUPENDA «LUCKY»

Jimmy corrió al encuentro de Lotta y le dijo que el señor Wally no quería dejarle salir a la pista con «Sammy». Lotta se enfadó mucho.

—El señor Wally es malo y antipático —dijo violentamente—. Esta noche me meteré en su carromato mientras esté en la pista y pondré mantequilla en su lata de parafina, y vaciaré su paquete de té en su bote de cacao y...

—¡Lotta! No debes decir esas cosas —dijo Jimmy con sorpresa—. Si hicieras eso serías más antipática que el señor Wally. No seas tonta.

Lotta miró a Jimmy con estupefacción.

—¿Pero tú no estás enfadado también con él? —preguntó.

—Lo estaba —dijo Jimmy—. Pero ahora ya no lo estoy. ¿Sabes, Lotta? Mi madre dice que cuando se nos presenta un obstáculo, la mejor manera de tratarlo es hacerlo servir de escalón para algo mejor. Todavía no sé cómo lo haré, pero voy a probarlo. Si no puedo presentarme en la pista de una manera, buscaré otra.

—Muy bien dicho —dijo Lotta, abrazando a Jimmy—. Mira... aquí viene el señor Wally para darle la comida a «Sammy». No nos mira. Estoy segura de que cree que estás enfadado con él.

—Bueno, no podrá pensarlo mucho rato —dijo Jimmy—. ¡Hola, señor Wally! ¿Puedo ayudarle a dar la comida a «Sammy»? Tengo diez minutos libres.

El señor Wally volvió la cabeza sorprendido y miró el rostro resplandeciente del chiquillo. Pensaba que se mostraría brusco y desagradable con él, y por un momento no supo qué decir.

—Muy bien —dijo—. Dale la comida. Muchas gracias. Tengo mucho trabajo y no podría hacerlo si nadie me ayudara.

—También limpiaré la jaula —dijo alegremente Jimmy, y echó a correr para buscar un cubo y una escoba.

El señor Wally se quedó mirándolo con los ojos desmesuradamente abiertos. Nunca había visto que un muchacho se comportara de aquel modo después de haber sido tratado sin contemplaciones.

«Pero de todos modos “no” irá a la pista con “Sammy” y conmigo», se dijo para sí el señor Wally.

Un día, mientras Jimmy estaba practicando en la cuerda bajo la penetrante mirada de Oona, «Lucky» se presentó allí. La perrita observó a su dueño, que se balanceaba sobre la cuerda cuidadosamente, y movió la cabeza a un lado.

—¡Guau! —dijo, lo cual significaba: «Yo también lo probaré».

Y antes de que Jimmy pudiera pronunciar una sola palabra. «Lucky» dio un salto y aterrizó con tres patas sobre la cuerda. Se cayó en seguida, pero esto no le importó ni lo más mínimo. Al contrario... en seguida volvió a probar y esta vez consiguió poner las cuatro patas, una tras otra sobre la cuerda. Cosa rara, parecía sentirse muy segura. Permaneció unos momentos balanceándose, y después saltó al suelo. Oona y Jimmy la miraban estupefactos. ¿Qué más haría luego la perrita?

—¡Jimmy! —dijo de pronto Oona—. Creo que podrías enseñar a tu perra a caminar sobre la cuerda. Es tan lista como diez perritos juntos. ¡Ven aquí, «Lucky»! Enséñanos tus patas.

«Lucky» corrió hacia Oona y le mostró una pata. Parecía comprender lo que se le decía.

—Mira, Jimmy —dijo Oona—. Los perros tienen las plantas de los pies buenas y fuertes, con marcadas divisiones, y si le hago unos finos calcetines para ponérselos en las patas creo que podrá asirse perfectamente a la cuerda. ¡Caramba!, un perro que sabe pasar por la cuerda... sería una cosa nunca vista.

Jimmy escuchaba con los ojos muy abiertos y las mejillas enrojecidas. Llamó a «Lucky» y le acarició la sedosa cabeza. Estaba muy contento de haberla escogido a ella y no a cualquier otro de los cachorritos que le habían enseñado.

—Hoy mismo le haré unos calcetines de goma —dijo Oona, tan excitado como Jimmy—. Ya veremos cómo trabaja. «Lucky» tiene que llevar algo... Sus patas no son del todo apropiadas para esta clase de trabajo.

Oona cumplió su palabra. Compró una goma blanca muy fina y le dio forma de calcetines pegándola con pegamento. Cuando se los puso a «Lucky», la perrita no se preocupó ni poco ni mucho. Oona temía que se los quisiera arrancar con los dientes.

—Ahora tráela a la pista —dijo Oona, entusiasmado—. Precisamente en este momento no hay nadie y estaremos a nuestras anchas.

Así es que se llevaron a «Lucky» a la pista y colocaron la cuerda. Jimmy corrió ligeramente de un lado a otro de la cuerda y silbó a «Lucky».

—¡Sube, sube aquí! —gritó.

«Lucky» no se lo hizo repetir dos veces. Dio un salto y cayó con las cuatro patas sobre la cuerda. La fina goma hacía que se pudiera sujetar mejor. Probó a dar un paso, resbaló y se cayó, pero volvió a subir una y otra vez... A «Lucky» le encantaba probar cosas nuevas y su mayor alegría era probar y hacer lo que le decía su dueño. Al cabo de veinte minutos había aprendido a conservar el equilibrio y a adelantar tres pasos.

Oona y Jimmy estaban demasiado excitados para poder hablar. Sólo se miraron regocijadamente el uno al otro.

—¡Guau! —dijo «Lucky», lamiendo la mano de Jimmy.

Entonces Jimmy recuperó su lengua... pero no para lamer, sino para explicarle a Oona todos sus planes y sus esperanzas... De qué modo le enseñaría a «Lucky» cosas maravillosas y cómo sería famosa la perrita... Y él, Jimmy, la sacaría a la pista cada

noche y demostraría al público lo estupenda que era su perra. Oona escuchaba, asintiendo con la cabeza. Era un buen amigo.

Jimmy trabajó de firme para enseñar a «Lucky», y al poco tiempo la perrita podía correr de un lado a otro de la cuerda tan aprisa como Jimmy, luego Jimmy contó a su madre el secreto y ella le hizo a «Lucky» una preciosa falda roja y le compró una pequeña sombrilla para llevar abierta sobre la cabeza... porque «Lucky» había aprendido a caminar sobre la cuerda solamente con las patas traseras. Era estupendo mirarla, le gustaba aprender cosas nuevas y siempre estaba dispuesta a lucir sus habilidades.

Jimmy también le enseñaba otras cosas a «Lucky». Además de pasear a la muñeca en su cochecito y arroparla, sabía saltar como una liebre para agarrarse a una barra con los dientes y balancearse colgada de este modo. Sabía bailar con Jimmy siguiendo el ritmo de la música y agitar alegremente sus patas delanteras marcando el compás. Jimmy notó también que la perrita parecía comprender cuando «Sammy» contaba. Cuando el señor Wally decía al chimpancé: «¿Cuál es la número cuatro?», «Lucky» se colocaba delante de la figura correspondiente antes de que «Sammy» la señalara.

—Me parece que también sabría contar... y tal vez leer —pensó Jimmy con regocijo. Así es que pintó unos números muy grandes y empezó a enseñar pacientemente a «Lucky».

La perrita aprendía fácilmente. Pronto conoció los números hasta cinco, como «Sammy», luego aprendió a deletrear su propio nombre. Jimmy se lo enseñó de la siguiente manera: Pintó por separado todas las letras del alfabeto y las puso delante de «Lucky» untando con algo comestible en la L. «Lucky» lo olfateó en seguida y corrió a buscar la letra. Luego Jimmy untó con comida la letra U y «Lucky» la fue a buscar también. Después hizo lo mismo con la C, la K y la Y. Jimmy lo hizo una y otra vez... y pronto «Lucky» supo que tenía que ir a buscar aquellas cinco letras.

—¡Guau, guau! —decía, ladeando su cabecita. Esto significaba: «Ya lo he entendido, maestro. Y he comprendido también que quieres que te traiga unas letras determinadas, por una razón u otra».

Al cabo, de una semana, «Lucky» había aprendido a escoger las cinco letras de su nombre y llevarlas en orden: L-U-C-K-Y. La primera vez que Oona vio como lo hacía no podía creer a sus ojos.

—Ahora que sabe lo que quiero que haga con estas letras me será fácil enseñarle otras palabras —dijo Jimmy, encantado—. También le estoy enseñando a hacer sumas, Oona. Escucha, «Lucky»..., un hueso y dos huesos..., ¿cuántos son?

«Lucky» ladeó la cabeza y sus ojos vivarachos brillaron. Dio tres golpes en el suelo con la pata y luego ladró tres veces.

—Ya lo ves —dijo Jimmy—. Puede contestar con la pata o ladrando... uno y dos son tres.

—Es un perro maravilloso —dijo Oona—. Le haré un zapatito para su pata delantera derecha, Jimmy, y así cuando dé golpes al suelo para contestar se oírás perfectamente el ruido.

Lotta también sabía lo de «Lucky», pero no se lo había dicho a nadie. Solamente cuando «Lucky» estuviera perfectamente entrenada se lo dirían al señor Galliano. Tal vez entonces diría que Jimmy y «Lucky» hicieran una demostración en la pista. Jimmy y Lotta cuidaban a la perrita con esmero, la bañaban y cepillaban hasta que estaba reluciente y le daban todo el cariño que su corazoncito de perro necesitaba. Era el perro más feliz del circo.

Jimmy no hacía trabajar a «Lucky» demasiado rato porque Lal le había dicho que era mejor entrenarla poco rato y con frecuencia. Cualquier animal se cansa y se pone pesado si le hacen hacer lo mismo durante demasiado rato: en esto son igual que los chiquillos. Pero a Jimmy no había necesidad de que se lo dijeran, porque sabía perfectamente lo que era bueno y conveniente para los animales que tenía a su cargo.

Sin embargo, escuchaba a Lal con atención, porque siempre estaba dispuesto a aprender algo referente al circo. Sabía ya gran cantidad de cosas: untar con resina los lomos de los caballos antes de que salieran a la pista, para que Lotta no resbalara cuando se ponía en pie; comprobar cada cuerda, cada tornillo, etc., antes de que Oona o Stanley empezaran su trabajo; adivinar cuando cualquier animal no se sentía bien o se hallaba en alguna dificultad.

Muchas veces los mozos solicitaban la ayuda de Jimmy cuando alguno de los hermosos caballos estaba inquieto y nervioso. Entonces Jimmy les hablaba con aquella voz baja y cariñosa que empleaba con los animales, y el caballo le escuchaba y se calmaba. La gente del circo decía que Jimmy sabía tanto en este aspecto como el señor Galliano... a pesar de que era extraordinario con los animales; incluso había llegado a entrar en la jaula de unos tigres que luchaban enfurecidos y los había calmado en seguida con pocas palabras.

Por fin «Lucky» estuvo perfectamente entrenada. Realizaba todas sus habilidades aprisa y limpiamente, tanto que ni siquiera Jimmy podía desear que lo hiciera mejor. Había llegado el momento de pedirle al señor Galliano que fuera a verla trabajar en la pista.

Pero el pobre Jimmy tuvo un desengaño. El señor Galliano estaba de mal humor aquel día. Había hecho tratos con un domador de tigres para que fuera a actuar al circo con cinco hermosos tigres, y acababa de recibir el recado de que el domador no se decidía a formalizar el contrato... y el señor Galliano estaba refunfuñando en su carromato.

Y cuando Jimmy subió tímidamente la escalerilla y llamó al señor Galliano encontró una cara ceñuda y un grito airado.

—¿Qué es lo que quieres, chico?

—Por favor, señor Galliano, venía a preguntarle si querría venir a ver trabajar a mi perrita «Lucky» en la pista... —empezó Jimmy, nerviosamente, porque lo mismo

que todos los demás, tenía miedo del señor Galliano cuando estaba de mal humor.

—¡Verte a ti y a tu perro en la pista! —gritó el señor Galliano—. ¡Claro que no! Quieres hacerme perder el tiempo, ¿verdad? Vete de aquí. Si te atreves a volverme a pedir semejantes tonterías te echaré.

Naturalmente, el señor Galliano no pensaba lo que decía..., pero Jimmy se sentía triste y decepcionado cuando regresaba hacia su carromato. Lamentaba haberle pedido aquello al señor Galliano precisamente entonces... Seguramente si no hubiera estado de mal humor le hubiera escuchado. ¡Pobre Jimmy! No valía la pena haber trabajado tanto.

Pero alguien había oído las palabras del señor Galliano... y este alguien era el señor Wally. Entonces recordó lo bien que se había portado el chico cuando él no le permitió que le ayudara en la pista para hacer trabajar al chimpancé.

Y el señor Wally corrió al encuentro de Jimmy.

—¡No te desanimes! —le dijo—. Mañana iré a ver al señor Galliano para hablarle de ti... y le convenceré de que te vea trabajar con «Lucky» en la pista. ¡Va verás como lo conseguirás!





## «LUCKY» Y JIMMY TIENEN UNA OPORTUNIDAD

Jimmy estuvo muy contento de que el señor Wally le hablara bondadosamente. Si conseguía ver al señor Galliano y hablarle de Jimmy y de «Lucky» las cosas podrían arreglarse.

—Es usted muy amable, señor Wally —dijo con agradecimiento.

—Jimmy, una vez quizás fui injusto contigo —dijo el señor Wally—, y en lugar de pagarme mostrándote rudo y desagradable, te portaste conmigo como si no hubiera sucedido nada... ayudándome con «Sammy» y haciendo todo lo que estaba a tu alcance. Bueno, si ahora yo puedo hacerte una «buena» partida te la haré. Tú no pudiste volver más a la pista con «Sammy» porque yo no te dejé... pero ahora te aseguro que irás allí con «Lucky», o no me llamo Wally.

Jimmy estuvo a punto de llorar de alegría. Era verdad lo que decía su madre... era preciso reírse de los obstáculos y usarlos como escalones, entonces conducen a algo. Sería muchísimo mejor para Jimmy salir a la pista con su propia perrita «Lucky» que como ayudante del señor Wally con el chimpancé.

El señor Wally cumplió su palabra. Al día siguiente, cuando el señor Galliano estuvo un poco más calmado y la señora Galliano les hubo enviado a todos los del circo unas latas de langosta para hacerles olvidar el mal humor de su marido el día anterior, el señor Wally fue a visitar al señor Galliano.

Jimmy le vio desaparecer en el interior del carromato del dueño del circo y se quedó esperando ansiosamente en las cercanías.

—Dele usted una oportunidad a Jimmy —le dijo el señor Wally al señor Galliano—. Creo que ha entrenado tan bien al perro que casi parece una criatura. Y Jimmy está deseando poder volver a la pista.

—Pero fue usted quien no le dejó volver, Wally... ¿verdad? —dijo el señor Galliano—. Entonces, ¿por qué me habla ahora del chico?

—Le hablo de él porque es un buen chico, una de las pocas personas que devuelven bien por mal —dijo el señor Wally, poniéndose encarnado.

El señor Galliano silbó suavemente. La señora Galliano habló con su lenta voz desde el fondo del carromato.

—Deberías ir a verlo, Galliano. El señor Wally tiene razón. Jimmy es un buen chico.

—Muy bien, iré a verle —dijo el señor Galliano—. Pero será perder el tiempo. Dígame que dentro de una hora iré a verle trabajar en la pista con «Lucky», Wally.

Jimmy se puso contentísimo cuando el señor Wally le comunicó la noticia. ¡Qué contento estaba por haber seguido los consejos de su madre de que no se mostrara desagradable con el señor Wally! Si lo hubiera hecho no tendría ahora su ayuda. El chiquillo corrió en busca de «Lucky» y la vistió.

Al cabo de una hora, Jimmy estaba en la pista con la perrita. También él se había vestido con su bonito traje de circo. «Lucky», vestida con su faldita, corría sobre sus patas traseras ladrando de excitación. Se daba perfecta cuenta de que iba a suceder algo de importancia.

—Hazlo lo mejor que puedas, querida «Lucky» —dijo Jimmy—. ¡Hazlo lo mejor que puedas!

«Lucky» le lamió la oreja y luego entró el señor Galliano... y la señora Galliano también. Pero no permitieron que nadie más penetrara allí.

—Empieza —dijo el señor Galliano.

Y Jimmy empezó. Le decía muy pocas cosas a «Lucky»... solamente una palabra de vez en cuando, pero «Lucky» comprendía una inclinación de su cabeza, un chasquido de sus dedos o un murmullo mejor que un grito de mando.

«Lucky» hizo primero las cosas corrientes: pedir, obedecer, saltar y caminar sobre las patas traseras llevando una bandera, un cesto o un parasol, luego llevó a la muñeca en el cochecito y la arropó. Después pasó por la cuerda con Jimmy, corriendo ligeramente de un lado a otro sobre sus patitas calzadas con los calcetines de goma.

El señor Galliano nunca había visto a un perro que lo hiciera ni la señora Galliano tampoco. Permanecían quietos como si se hubieran vuelto de piedra... ¿Cómo era posible que la perrita «Lucky», que era todavía un cachorro, hubiera aprendido tantas cosas en tan pocos meses?, luego vino el contar. Jimmy le puso a «Lucky» un diminuto zueco de madera en la pata derecha delantera, y dijo en voz muy alta, para que el señor y la señora Galliano lo pudieran oír:

—¡Escúchame, «Lucky»! Si te doy «dos» huesos y «tres» huesos, ¿cuántos huesos tendrás?

«Lucky» escuchó con la cabeza ladeada. Reflexionó un momento y golpeó el suelo con la pata cinco veces.

—¡Muy bien! —gritó Jimmy, lanzándole un bizcocho—. Ahora escucha otra vez, «Lucky». Si te doy «tres» huesos y te quito «uno», ¿cuántos te quedarán?

«Lucky» dio la respuesta dando «dos» golpes con la pata; luego ladró dos veces para demostrar que sabía de verdad la respuesta. El señor Galliano no pudo contener un respingo... estaba atónito.

Luego Jimmy trajo las letras del alfabeto y las extendió ante la perrita.

—Traeme las letras de tu nombre, «Lucky» —gritó.

Y «Lucky» las encontró y las fue trayendo una por una...: L-U-C-K-Y. La señora Galliano aplaudió. Sencillamente, no pudo contenerse.

Entonces Jimmy le hizo demostrar a «Lucky» su última habilidad.

—«Lucky» —le dijo—, ¿puedes decirme el nombre del hombre que posee el mejor circo?

«Lucky» movió la cola y fue a buscar las letras que le habían enseñado. ¿Sabéis qué letras eran? Eran éstas: G-A-L-L-I-A-N-O. ¡Galliano! Jimmy tuvo que poner dos eles y dos aes en el alfabeto porque el nombre de Galliano las tiene. Verdaderamente era una palabra muy larga para aprenderla un cachorro.

El señor Galliano se levantó de un salto de su asiento.

—¡Maravilloso! ¡Sorprendente! —gritó—. No hay un perro como éste entre mil; sí... y esta noche saldrá a la pista contigo, Jimmy, sí, sí, sí.

Jimmy se puso rojo de alegría y dio las gracias al señor Galliano.

—Este perro será tu fortuna, sin duda —dijo el dueño del circo, haciendo restallar el látigo que siempre llevaba consigo.

Jimmy corrió a decírselo a su madre, a Lotta y a Lal, y a Laddo y a Oona y al señor Wally. Todos quedaron contentos y entusiasmados.

—Has de tener un traje de circo más elegante —dijo Oona—. Sí, uno de esos llenos de lentejuelas que brillan como el mío. Iremos a la ciudad a una casa que yo conozco y te harán un traje estupendo.

—Pero no tengo mucho dinero —dijo Jimmy.

—Pronto lo tendrás —dijo Oona riendo—. Este perro tuyo ganará más en un mes que lo que ganaríamos uno de nosotros en un año.

«Lucky» fue un verdadero éxito desde que empezó a salir a la pista. El señor Galliano no había puesto nada de Jimmy y «Lucky» en los carteles del circo, así es que nadie sabía lo que verían aquella noche.

Pero cuando la perrita hubo acabado su maravillosa actuación, todo el público se puso en pie y aclamaron hasta quedarse roncós. Jimmy tuvo que salir a saludar una y otra vez, mientras «Lucky» corría encantada a su alrededor. La gente había quedado ya bastante sorprendida cuando «Lucky» pasó por la cuerda detrás de Jimmy... pero su admiración subió todavía más al ver que la perrita podía contar y deletrear. El señor Galliano nunca había visto a la gente aclamar y aplaudir con tanto entusiasmo.

Todos estaban satisfechos con el éxito de Jimmy, al que apreciaban mucho. El mismo Oona fue a buscar el traje de Jimmy y se lo llevó a su carromato para ver cómo le sentaba. Parecía un traje de cuento de hadas. Le encajaba perfectamente de pies a cabeza, e incluso los zapatos brillaban cuando se movía, porque las lentejuelas estaban cosidas por todos lados. Encima del traje plateado y reluciente llevaba una chaquetilla de terciopelo rojo, y su madre apenas podía creer que el muchacho que tenía ante ella fuera Jimmy.

Faltaban pocos días para marcharse del lugar en que actuaba el circo. Cada noche, Jimmy y «Lucky» eran aplaudidos y aclamados, y el señor Galliano, viendo que las localidades se agotaban a diario y que el dinero fluía a la taquilla, llevaba el sombrero tan ladeado hacia la oreja derecha que un día se le cayó y «Jemima», la monita, lo cogió y se escapó con él, con gran regocijo de Lotta.

—Supongo que pronto serás demasiado importante para querer jugar conmigo, Jimmy —dijo un día la niña mientras estaban sentados los dos sobre la escalerilla del carromato de Lotta comiendo bollos con mantequilla.

—Si vuelves a decir eso te tiraré escalones abajo, Lotta —dijo Jimmy—. Pensaba que me conocías mejor... Y además las aclamaciones y los aplausos no son para mí... son para «Lucky».

—Pero tú la has enseñado —dijo Lotta, lamiendo la mantequilla de su bollo—. Nadie hubiera sabido enseñarla tan bien como tú. Oí que mi madre lo decía.

—¿De verdad? —dijo Jimmy, encantado—. ¡Soy muy feliz, Lotta! Primero deseaba irme con el circo y pensaba que esto no sucedería nunca... ¡Y sucedió! Después deseaba trabajar en la pista, y lo hice... y después deseaba llevar a «Lucky» a la pista, y esto ha sucedido también.

—Sí... tienes mucha suerte —dijo Lotta—. Y estoy segura de que tu perrita «Lucky» te traerá más suerte todavía.

Lotta tenía razón. «Lucky» todavía le trajo más suerte a Jimmy. La noche en que el circo daba su última función en aquella ciudad, había un hombre alto sentado en una de las butacas delanteras, que observaba atentamente. Cuando vio salir a la pista a Jimmy, reluciente de pies a cabeza y llevando con él a su pequeño perro saltarín, el hombre se incorporó en su asiento. Esto era lo que él venía a ver realmente.

El hombre miró con mucho interés y silbó suavemente cuando vio que la perrita delectaba y contaba. Al final de la actuación se dirigió al carromato de Jimmy.

La madre del chiquillo estaba allí preparando huevos con tocino para la cena. El hombre alto habló con ella.

—¿Es usted la madre de Jimmy? —preguntó—. Oiga usted, buena mujer, yo soy Alfred Cyrano, el propietario del circo mayor del mundo. Deseo que su hijo deje este circo y venga al mío. Le pagaré bien. Tiene un perro que me convendría para mi circo.

En aquel momento llegaba Jimmy y el señor Alfred Cyrano le puso la mano sobre el hombro.

—Te felicito, chico —dijo—. Tienes un perro estupendo. Yo te lo compraré y te contrataré a ti para mi circo por diez libras cada semana. Y te daré cien libras por el perro.

Jimmy no podía pronunciar ni una palabra, ni su madre tampoco. ¡Cien libras por «Lucky»... y además diez libras cada semana por trabajar en un circo de mayor importancia! Parecía demasiado fabuloso para ser verdad. Pero luego un pensamiento asaltó a Jimmy.

—Si usted comprara a la perrita «Lucky» ya no sería mía —dijo—. Y supongamos que al cabo de una semana o dos usted quisiera despedirme... me vería obligado a dejarle a «Lucky», ¿verdad?

—Naturalmente, si compro a la perrita será mía —dijo el señor Alfred Cyrano, encendiendo un habano dos veces mayor que los que fumaba el señor Galliano.

Jimmy se decidió en un instante.

—Entonces le digo que no, señor Cyrano, muchas gracias —dijo—. No quiero separarme de mi perrita ni por «mil» libras. Para mí vale mucho más que el dinero, porque la quiero y ella me quiere a mí. Además, esto significaría dejar al señor Galliano y a todos mis amigos aquí, precisamente ahora que empiezo a ayudarles a ganar dinero, siendo así que ellos me acogieron y fueron buenos para mí cuando yo no era más que un colegial que no sabía nada.

—¡Bah! —dijo el señor Cyrano—; eres un chiquillo tonto y estúpido. ¡Algún día te pesará no haber querido venir con el gran Cyrano!

El señor Cyrano se alejó, muy disgustado. Cuando corrió la noticia de que Jimmy no había querido marcharse con el señor Cyrano, todos los del circo estaban entusiasmados. Y luego llegó un recado para Jimmy diciéndole que fuera al carromato del señor Galliano. ¿Para qué le llamaría?



## EL CARROMATO MARAVILLOSO... Y LA SORPRESA DE «JUMBO»

Jimmy entró en el carromato del señor Galliano. Era tarde y el chiquillo estaba cansado. ¿Qué querría el señor Galliano a aquellas horas de la noche?

Subió los escalones y la señora Galliano le abrió la puerta y le hizo entrar. Era realmente una casita con ruedas encantadora; mucho, muchísimo mejor que la de Jimmy. El señor Galliano estaba sentado delante de una mesa comiendo una tortada con nata. Cortó un buen trozo para Jimmy, le puso nata encima y empujó el plato hacia el sorprendido chiquillo.

—Come —dijo—. Quiero hablar contigo, Jimmy. He oído decir que el señor Alfred Cyrano vino a pedirte que le vendieras a «Lucky» y que marcharas con él a su importante circo, ¿verdad?

—Sí —dijo Jimmy, comiendo vorazmente su tortada—. Pero yo le he dicho que no.

—¿Y por qué dijiste que no? —preguntó el señor Galliano, mirando atentamente a Jimmy.

—Mire, señor Galliano, por dos razones —dijo Jimmy, poniéndose colorado—. No quiero vender mi perro a nadie del mundo... y tampoco quiero dejarle a usted, después que ha sido el que me ha ofrecido mi primera oportunidad.

La señora Galliano dejó oír un suave murmullo, parecido al ronroneo de un gato, y el señor Galliano se atragantó con un pedazo de tortada. Consiguió tragarlo, carraspeó y le dio a Jimmy tal manotazo en la espalda que el chiquillo casi cayó sobre el plato de la tortada.

—No quieres dejar a Galliano, ¿verdad? —gritó el señor Galliano, encantado—. No quieres vender tu perro, ¿verdad? No quieres dinero, ¿verdad? Prefieres a tu perro y tus amigos que al dinero, ¿verdad?

—Bueno, señor Galliano, en realidad me gustaría ganar dinero —dijo Jimmy—. Pero no quiero ganarlo si para obtenerlo tengo que vender a «Lucky» o dejarle a usted.

—¿Y para qué querrías el dinero, Jimmy? —preguntó el señor Galliano con su voz lenta y suave, alargándole una taza de café.

—Lo querría por una razón especial —dijo Jimmy—. Me gustaría que mi madre tuviera un carromato bonito como éste, señor Galliano. En realidad no forma parte de la gente del circo, y estaba acostumbrada a moverse con mucho más espacio. Nuestro

carromato es pequeño, viejo y feo, a pesar de que está un poco mejor desde que lo hemos pintado.

—Escúchame, Jimmy —dijo el señor Galliano sentándose e inclinándose hacia Jimmy por encima de la mesa—. Eres un chico agradecido y leal, y te aseguro que son dos cosas difíciles de encontrar en las personas. Bueno... yo también puedo ser leal y agradecido, ¿verdad? Galliano sabe ser un buen amigo para los que se portan bien con él. Tendrás el carromato que deseas... y también todas las otras cosas. Has dicho que te quedarías conmigo, Jimmy, y sé que tú y tu perrita traeréis dinero al circo. Muy bien, entonces... yo gastaré dinero para ti en cambio, ¿verdad?

Jimmy se quedó con la boca abierta de sorpresa y de alegría. ¡Podría tener un carromato como el del señor Galliano... grande, cómodo y bonito! ¿Qué diría su madre?

—¡Muchas gracias, señor Galliano! —balbuceó Jimmy—. Yo no esperaba esto. Procuraré ser digno de lo que usted hace por mí.

—Los chicos como Jimmy no abundan, ¿verdad, Tessa? —dijo el señor Galliano sonriendo a su mujer—. Te quedarás conmigo hasta que seas demasiado importante para mi circo, Jimmy... ¿verdad?

Jimmy se despidió y cayó rodando por los escalones del carromato en su prisa por darle a su madre las grandes noticias. ¡Qué suerte había tenido eligiendo al cachorrito! Lotta le había escogido un buen nombre. Mientras corría en la oscuridad hacia su propio carromato tropezó con el señor Tonks.

—¿Qué pasa, qué pasa, es esto un elefante nuevo o un tren descarrilado? —dijo el señor Tonks, al caer repentinamente sentado sobre la hierba—. ¿Qué sucede, Jimmy? ¿Estás tomando parte en una carrera?

—No —dijo Jimmy.

Y le contó toda la historia, sentado en la hierba húmeda de rocío.

—Hiciste muy bien en decirle que no al señor Cyrano, chico —dijo solamente el señor Tonks—. No era a ti a quien quería... quería a tu perrita. Dos semanas después de que hubieras entrado en su circo te hubiera despedido a ti quedándose a «Lucky». No es un hombre bueno.

—Y el señor Galliano sí que lo es —dijo Jimmy—. No lo dejaré nunca mientras él no lo desee.

Luego se precipitó hacia su carromato, donde su padre y su madre permanecían sentados esperándolo.

Jimmy se lo explicó todo en seguida, y los tres permanecieron hablando hasta pasada la medianoche.

—Si puedo tener un carromato verdaderamente limpio, con suficiente sitio para todas las cosas y una cocina fija, seré realmente feliz —dijo la señora Brown, encantada.

El padre de Jimmy miraba con orgullo a su hijo. ¿Quién hubiera podido pensar que podría hacer tantas cosas?

Jimmy no durmió mucho aquella noche. Se removía y daba vueltas, pensando en «Lucky», en Oona, en el señor Tonks, en Lotta, en el señor Cyrano y en todas las cosas. En lo que más pensaba era en el carromato nuevo que tendría para su madre. ¿Iría a escogerlo él solo para darle una sorpresa... o sería mejor ir con ella para que lo pudiera escoger? Tal vez sería mejor que lo escogiera ella. Por fin se quedó dormido y se despertó tan tarde que el circo casi estaba a punto de marchar. Lotta le había dado la comida a «Lucky» y a los demás perros. La madre de Jimmy no le permitió que lo despertara.

—Conozco un sitio donde venden carromatos —dijo el señor Tonks—. Debemos pasar por delante durante el camino y es muy cerca del lugar en donde montaremos el circo.

—¡Entonces le voy a preguntar al señor Galliano si lo podemos comprar allí! —dijo alegremente Jimmy.

Y al día siguiente, los tres, Jimmy, su padre y su madre fueron al sitio indicado con una nota del señor Galliano.

Los carromatos estaban en medio de un gran campo, dispuestos para ser vendidos. Los había de todas clases... Algunos para ser alquilados por dos o tres semanas, otros para vivir siempre en ellos, grandes o pequeños, azules o amarillos y algunos destinados a ser arrastrados por caballos y otros para ser arrastrados por coches.

—¡Caramba! —dijo Jimmy con sorpresa—. ¡Mira cuántos carromatos, mamá! ¿Cuál escogeremos?

El hombre encargado de la venta de los carromatos les enseñó varios. La señora Brown se detuvo delante de uno de color amarillo, con las ruedas y la chimenea azules.

—¿Es muy caro? —preguntó—. Es tan ancho y confortable, y todas las cosas quedan bien colocadas en su interior. Fíjate, Jimmy, hay espitas para abrir y cerrar y un depósito para llenar de agua y no tener que andar siempre corriendo al río más cercano. Podremos llenarlo siempre que queramos y nos durará bastante.

El hombre miró la carta del señor Galliano.

—Pueden quedarse éste si les gusta —dijo—. No vale más dinero del que el señor Galliano piensa gastar.

De modo que escogieron el carromato amarillo. ¡Era realmente maravilloso! Había sitio para todo. Había camas que durante el día quedaban escondidas en los huecos de las paredes. El señor Brown dijo que le recordaba los camarotes de un barco.

Había una hermosa cocina fija en una esquina, y armarios alrededor de las paredes y debajo del gran banco que ocupaba todo un lado. También había cajones debajo del carromato para poder guardar en ellos toda clase de cosas. ¡Incluso había una mesita plegable de color amarillo!

—No necesitaremos comprar casi nada para arreglar el carromato —dijo alegremente la madre de Jimmy—. Solamente cortinas, un reloj, alfombras... y cosas por el estilo.

En seguida fueron a comprarlas y volvieron con una alfombra y unas cortinas verdes, junto con otras cosas pequeñas que la señora Brown deseaba, Verdaderamente, aquel carromato sería el más bonito de todos, exceptuando el del señor Galliano.

—Vendremos a recoger el carromato esta noche —dijo el señor Brown, colocando dentro lo que habían comprado—. Y traeremos al caballo que ha de llevarlo.

Pero no fue preciso llevar ningún caballo. El señor Tonks dijo que les prestaría a «Jumbo», porque los caballos estaban cansados de su larga jornada; así es que a las siete Jimmy se puso en marcha con el elefante. Su madre estaba atareada empaquetando las cosas del carromato viejo y su padre tenía que realizar varios trabajos. Pero Jimmy podía arreglárselas perfectamente con «Jumbo» para traer el nuevo carromato.

Debían atravesar una pequeña ciudad en su camino hasta el campo de los carromatos y la gente se apiñaba para ver pasar al enorme elefante «Jumbo» caminaba pacíficamente cuando, de pronto, se detuvo, levantando la trompa y dejó oír un largo y sonoro berrido.

—¿Qué te pasa, «Jumbo»? —dijo Jimmy con sorpresa.

Pero su sorpresa fue todavía en aumento cuando «Jumbo» se separó de él y corrió hacia el gentío que le miraba. La muchedumbre se apartó, alarmada, y el elefante se precipitó hacia un hombre que estaba quieto en el umbral de una puerta, levantó la trompa y cogió fuertemente al hombre por la cintura.

—¡«Jumbo», «Jumbo»! ¿Qué estás haciendo? —gritó Jimmy, asustado.

El hombre luchaba por soltarse, pero sus esfuerzos para librarse del elefante eran inútiles.

Y de pronto Jimmy reconoció a aquel hombre. Era Harry, aquel que trabajaba en el circo y que se había fugado con todo el dinero sin que lograran encontrarlo.

Un policía se acercó corriendo.

—¿Qué pasa? ¿Qué significa esto? —dijo bruscamente—. ¿Qué es lo que está haciendo tu elefante?

—Ha agarrado al hombre que robó el dinero del circo —dijo Jimmy—. Este hombre que lleva en la trompa es. Harry, «Jumbo» no le hará ningún daño... supongo que sólo quiere volverlo a llevar al circo. Los elefantes nunca olvidan a los que se han portado bien o mal con ellos... y este hombre trataba muy mal a «Jumbo». Ahora «Jumbo» lo ha recordado y por eso lo ha levantado.

Un grupo de gente, con el policía a la cabeza, siguió al viejo «Jumbo», que se dirigía a grandes zancadas hacia el circo, sin soltar a Harry. Éste no había sufrido

ningún daño, pero estaba asustado al pensar que se encontraría frente a Galliano, al cual había robado unos meses antes.

«Jumbo» no soltó a Harry hasta que llegaron al circo... y apenas estuvo en el suelo el policía lo tomó por el brazo. El señor Galliano salió de su carromato lleno de asombro, y al poco rato el policía se llevó preso a Harry, después de haber tomado nota del dinero que había robado.

—¿Qué os dije? —dijo el señor Tonks a Jimmy y a Lotta—. ¡Un elefante nunca olvida! Si Harry se hubiera portado bien con «Jumbo», «Jumbo» no se hubiera metido con él; pero se había portado mal y «Jumbo» lo recordó.

—¡Ha sido un día lleno de emociones! —suspiró Jimmy, poniéndose nuevamente en marcha con «Jumbo» para ir a recoger su carromato. Por fin llegó al campo, enganchó a «Jumbo» en su encantador carromato amarillo y regresó de nuevo al circo. Cuando llegó allí ya había anochecido, pero toda la gente le esperaba para saludarle y aplaudir al precioso carromato nuevo.

—¡Hurra! ¡Aquí viene Jimmy!... ¡Vaya carromato estupendo! —chilló Lotta.

Todos los del circo se entusiasmaron al ver el maravilloso carromato y quisieron verlo con todo detalle, a pesar de que se estaba haciendo muy tarde. Pero por fin las camas quedaron hechas, la puerta cerrada y la familia Brown instalada para dormir en su hermosa casita nueva. «Lucky» tenía un cesto para ella y dormía muy satisfecha sobre una manta amarilla, que hacía juego con el carromato.

—Buenas noches, «Lucky» —dijo Jimmy, medio adormilado—. Verdaderamente me has traído suerte. ¡Buenas noches, perrita, la más preciosa del mundo!

## LOS HERMANOS MARVEL

Cuando Jimmy se despertó al día siguiente en el nuevo carromato miró encantado a su alrededor. El sol brillaba a través de las ventanas y lo iluminaba todo. Todas las cosas eran nuevas y relucientes. ¡Qué feliz sería su madre con una casita como la suya! A Jimmy le encantaba vivir en una casa con ruedas, le parecía muy divertido.

El circo salía para el próximo destino por la mañana temprano. Los Brown se levantaron y se lavaron por turno en el bonito lavabo. La madre de Jimmy hizo las camas, las metió en sus huecos y puso la mesa para el desayuno, que preparó en la brillante cocinita que había en una esquina.

—Me gustará mucho viajar con el circo y formar parte de él ahora que tenemos un precioso carromato nuevo —dijo la señora Brown con satisfacción—. Lo que no podía soportar era vivir entre confusión y desorden, y tener la casa sucia y desaseada como algunos del circo. Les aprecio mucho... son generosos y de buen corazón, pero la verdad, no se preocupan mucho por la limpieza.

—Tal vez cuando vean nuestro bonito y reluciente carromato todos querrán tener uno igual y se volverán limpios y ordenados —dijo Jimmy; pero el señor Brown dijo que no lo creía, porque la gente del circo era demasiado mayor para cambiar sus costumbres.

—Lotta no es vieja —dijo la madre de Jimmy—. Cuando vea nuestro carromato puede que se corrija y procure ir un poco más limpia.

Jimmy se echó a reír. Desde luego, Lotta no era muy aseada, aunque estaba muy bonita en la pista cuando lucía su lindo vestido. Pero no creía que ni siquiera su madre pudiera conseguir que se lavara las orejas cada mañana.

El circo se puso en marcha otra vez. Todos hablaban de que «Jumbo» había cogido prisionero a Harry la noche anterior, y el elefante era considerado como un héroe. El señor Tonks estaba muy orgulloso de él. No había duda de que Harry recibiría el castigo merecido. Tal vez nunca volvería a mostrarse cruel con los animales.

El circo llegó al lugar señalado y volvió a dar sus funciones cada noche. Todos trabajaban con ahínco y el circo volvió a obtener grandes éxitos, especialmente Jimmy y «Lucky». La gente aclamaba y se ponía en pie cuando veía a «Lucky» pasando por la cuerda detrás de Jimmy, caminando sobre sus patas traseras y llevando su pequeño parasol. Jimmy y «Lucky» salían retratados en los periódicos, y la señora Brown recortaba las fotografías y las clavaba en las paredes del carromato.

El circo seguía yendo de un lugar a otro, parecía estar siempre en movimiento. A veces solamente permanecía tres noches en una ciudad, otras veces dos o tres semanas. La Navidad se acercaba y el señor Galliano proyectaba dar algunas representaciones extraordinarias en las afueras de alguna ciudad importante, y preparaba cuidadosamente el programa.

—Me falta algo para completar el programa —le dijo a la señora Galliano—. Contrataré a los hermanos Marvel. Son unos buenos trapevistas y saltan de un trapevio a otro mientras se columpian, Esto gusta mucho a la gente, ¿verdad?

Efectivamente, los hermanos Marvel entraron a formar parte del circo. Eran unos hombres fuertes, de hermoso y robusto cuerpo y ojos claros y brillantes. Llevaban con ellos a una diminuta perrita negra de melancólicos ojos castaños y caídas orejas.

Jimmy se hizo amigo en seguida del animalito. Se llamaba «Lulú», y en seguida se halló tan a sus anchas con Jimmy como si le hubiera conocido de toda su vida.

—Lotta, ¿no te parece que esta perra está muy flaca? —dijo Jimmy acariciándola—. Me parece que no está bien cuidada.

—Puede que los hermanos Marvel no le den bastante comida —dijo Lotta—. Le daré algunos bizcochos cuando dé la comida a nuestros perros. No me gustan estos recién llegados, Jimmy. Sonríen demasiado.

—¿Sonríen demasiado? —dijo Jimmy sorprendido—. ¿Qué quieres decir?

—Fíjate en ellos la primera vez que los veas —dijo Lotta—. Sonríen con la boca y enseñan sus bonitos dientes... pero no sonríen con los ojos como tú y como todo el mundo lo hace.

Lotta tenía razón. Jan y Yol, los dos trapevistas, no sonreían nunca con los ojos... pero sonreían con sus bocas centenares de veces al día, diciendo cosas amables a cada uno para que la gente pensara que eran los hermanos más maravillosos del mundo.

Y eran efectivamente maravillosos. La primera, vez que Jimmy los vio columpiándose en sus trapevios a gran altura, casi hasta tocar el techo del gran entoldado, saltando de la barra de un trapevio a la del otro y cogiéndose uno a otro en el aire, se quedó pasmado. Tenía un miedo terrible de que se cayeran.

—¡Caernos! —dijo Jan despreciativamente un día que Jimmy se lo dijo—. No sabes lo que dices, chico. He estado haciendo esto desde que tenía dos años. Mi padre y mi madre, mi abuelo y mi bisabuelo, todos eran trapevistas.

La perrita «Lulú» apareció entonces y se lanzó sobre los pies de Jan. Éste la apartó de un puntapié. Jimmy enrojeció de cólera.

—No hagas eso —dijo—. Le haces daño.

—El perro es mío, ¿verdad? —dijo Jan, y le hubiera dado otro puntapié si el animalito no se hubiera puesto fuera de su alcance. Jimmy no dijo nada más y fue a explicárselo a Lotta. La niña movió la cabeza.

—Son listos pero no son buenos —dijo—. No dejes que «Lucky» se les acerque.

Jimmy tuvo especial cuidado en que «Lucky» no se acercara nunca a los hermanos Marvel, porque desde que le había dicho a Jan que no maltratara al perro,

los dos hermanos parecían disgustados con él.

Luego sucedió otra cosa que hizo que Jimmy fuera todavía con más precaución. Su padre era el encargado de colocar los grandes postes de acero y las barras de los trapecios desde los cuales Jan y Yol saltaban cada noche, y lo hacía con sumo cuidado, porque sabía que si algo fallaba, Jan o Yol podían caerse.

Una noche Jan falló al intentar coger a su hermano en el momento en que se precipitaba al vacío desde su trapecio. Yol cayó sobre la red que había debajo, sobre la cual botó y rebotó. Volvió a subir al trapecio como si nada hubiera sucedido, pero el señor Galliano se enfadó.

—Si esto vuelve a suceder os pagaré menos —les dijo a los dos hermanos—. ¿Sabéis por qué habéis fallado? Porque no os entrenáis suficientemente. De ahora en adelante os entrenaréis cada día, ¿verdad?

—No es culpa nuestra —dijo Jan—. Los postes no estaban bien puestos. Estaban un poco inclinados. Brown no los colocó bien.

El padre de Jimmy fue llamado al carromato del señor Galliano. Pero estaba perfectamente seguro de que todo estaba en orden, cada poste, cada barra... y el señor Galliano le creyó, porque sabía que Brown era un hombre honrado y sincero.

Esto hizo que Jan y Yol le cogieran más manía a Jimmy, y le esperaban por detrás de los carromatos para echarle la zancadilla. El niño se sentía desgraciado porque no estaba acostumbrado a que alguien tuviera antipatía por él. Además, tenía un miedo atroz de que le hicieran algún daño a «Lucky» y siempre se la llevaba consigo, a cualquier parte que fuera.

La perrita «Lulú» iba detrás de Jimmy siempre que podía. El chiquillo le daba comida, porque sabía perfectamente que Jan y Yol no le daban el alimento suficiente. «Lulú» pasaba el día sentada en los escalones del carromato de Jimmy. Quería mucho a Jimmy y a Lotta, pero los hermanos Marvel se enfadaron cuando se dieron cuenta de que «Lulú» seguía siempre a los niños. Entonces le pegaron con un látigo y la encerraron en su propio carromato, en donde estuvo horas y horas aullando y arañando la puerta.

Jimmy y Lotta no se atrevieron a soltar a «Lulú», pero estaban inquietos por la perrita. El carromato de los dos hermanos estaba en el extremo del campo y nadie más que los dos niños podía oír gritar al animalito. Jimmy y Lotta no sabían qué hacer.

—Es una lástima que hayan venido al circo —dijo Jimmy tristemente—. Son las primeras personas que no me han sido simpáticas.

—¡Oh, no toda la gente del circo es simpática! —dijo Lotta riendo de la melancólica cara de Jimmy—. Pero es raro encontrar dos tipos como éstos a quienes no les gustan los animales. Casi toda la gente del circo los quiere.

—Además, van diciendo que mi padre no hace bien las cosas —dijo Jimmy—. No me importa lo que digan de «mí»... pero no quiero que anden diciendo cosas de mi padre.

—Brownie es una excelente persona —dijo Lotta, que apreciaba mucho al padre de Jimmy—. Anímate, Jimmy. Vamos a llevar a los perros a dar un paseo.

—Me gustaría llevar también a «Lulú» —dijo Jimmy. Pero esto era imposible.

Aquella noche, cuando los hermanos Marvel subieron la escalerilla de su carromato, tropezaron con «Lulú» que corría a su encuentro. Yol se dio un golpe en la cabeza contra un silla y se puso furioso. Cogió un látigo y azotó duramente a la pobre «Lulú», luego la sacó del carromato y cerró la puerta, dejándola en la oscura y helada noche. La perrita se quedó un rato debajo del carromato, temblando de frío; luego se arrastró hacia el carromato de Lotta, que era el más cercano, y empezó a aullar. Lotta, que siempre se despertaba al oír ladrar o aullar a un perro, se incorporó y escuchó atentamente. «Lulú» volvió a aullar lastimeramente.

La niña saltó de la cama y encendió una vela, luego abrió la puerta y vio a la pobre perrita sangrando por una herida sobre el ojo, en donde Yol la había golpeado brutalmente. Lotta se puso un abrigo, salió sigilosamente del carromato y fue a avisar a Jimmy. Entre los dos lavaron la herida de la perrita, murmurando contra Yol y Jan, muy enfadados; luego Jimmy puso a «Lucky» a los pies de su propia cama y a «Lulú» en el cesto de «Lucky». Viendo que todavía estaba temblando de frío, le calentó un poco de leche para beber y la abrigó con una manta.

Al día siguiente Jimmy se dirigió al carromato del señor Galliano llevando a «Lulú» y le explicó como la habían recogido por la noche herida y temblando de frío. El señor Galliano le escuchó atentamente y su rostro se ensombreció.

—Nadie que se muestre cruel con los animales puede estar en mi circo —dijo—. Oiga, señor Wally, dígales a Jan y a Yol que deseo hablar con ellos.

Los dos hermanos se presentaron sonrientes y luciendo la blancura de sus dientes, Jimmy y Lotta se habían marchado llevándose a «Lulú». El señor Galliano estaba de pie delante de su carromato, con su látigo en la mano y con el sombrero completamente horizontal sobre su cabeza.

—Aquí tenéis lo que os debo —dijo a los dos sorprendidos trapeceistas—. Cogedlo y marchaos. No quiero conmigo a nadie que trata a su perro como vosotros lo habéis hecho. Y debéis dejar al perro aquí.

—Pero, señor Galliano —dijo Jan, olvidándose de sonreír—, usted no puede hacer eso. Nosotros traemos mucha gente a su circo. Somos muy famosos.

—No me importa si viene más gente o no —dijo el señor Galliano, haciendo restallar su látigo—. Sois hábiles, desde luego, pero esto no basta. Marchaos esta misma mañana.

Los dos hermanos no se atrevieron a decir nada más. Con rostros sombríos y preocupados recogieron sus cosas y se alejaron en su carromato verde, dejando tras ellos a «Lulu». Jimmy y Lotta se quedaron mirando como se alejaban. Toda la gente del circo estaba contenta.

—Galliano es un buen hombre —dijo Liliput, que se paseaba llevando a «Jemima» abrazada a su cuello como de costumbre—. Aunque pierda dinero al

hacerlo, siempre mandará a paseo a los sinvergüenzas.

—Les dijo que dejaran a «Lulú» y lo han hecho —dijo Jimmy—. La cuidaremos entre Lotta y yo y será de los dos. No es nada lista, pero es muy cariñosa y obediente, y «Lucky» la quiere mucho.

—Jan y Yol no se han atrevido a llevársela habiéndoselo prohibido el señor Galliano —dijo Liliput—. Saben que el señor Galliano podría mandar recado a todos los circos de los alrededores y nadie querría contratar a los hermanos Marvel. He oído decir que ya los habían echado de otros dos circos.

—¡Guau! —dijo «Lulú», tirando del cordón del zapato de Jimmy, como dándole a entender que estaba muy contenta de tenerle por dueño.

## LOTTA ES DESGRACIADA

Las vacaciones de Navidad se habían acabado y el mes de enero iba quedando atrás. El circo había funcionado con éxito durante las vacaciones y después de ellas y se disponía a viajar de nuevo. El camino era largo hasta su nuevo punto de destino y Jimmy estaba muy contento de que su madre pudiera vivir en un carromato tan grande y tan cómodo. Estaba muy orgulloso de la casita con ruedas que él había podido proporcionarle.

La madre de Jimmy la cuidaba con esmero... no como solían ser cuidados los carromatos. Lotta empezaba a ser mucho más limpia y aseada, se cepillaba cada día su bonito cabello y se lo ataba en la nuca, y al menos su rostro estaba siempre limpio. También se aplicaba más en sus lecciones, así es que ya leía perfectamente.

Lal estaba encantada. Un día fue a ver a la señora Brown para darle las gracias.

—Lotta es una chiquilla completamente diferente desde que usted y Jimmy viven aquí —dijo—. Era una niña muy dejada y yo no sabía cómo dominarla... pero ahora estoy muy orgullosa de ella.

—También ustedes han hecho mucho por Jimmy —dijo la señora Brown—. Usted y Laddo le han enseñado a montar a caballo, le han ayudado con los animales... y usted fue quien le compró a «Lucky», esa maravillosa perrita.

Jimmy y Lotta estaban siempre juntos. A veces se peleaban, especialmente cuando Lotta tenía uno de sus días malos, y le hacía muecas, le pellizcaba o empujaba al pobre Jimmy por cualquier motivo... pero siempre se reconciliaban y cada uno creía que el otro era estupendo.

—¿Verdad que será estupendo cuando llegue la primavera y podamos salir a pasear por la mañana temprano? —decía Lotta, a quien gustaban los frescos amaneceres del campo—. Por Pascua florida estaremos en Westsea; es un lugar muy bonito... Cada día, antes del desayuno, llevaremos a los perros a pasear por la playa.

—A mí también me gusta el verano —decía Jimmy—, el olor de las flores en el camino... y los pájaros que cantan... y el cielo azul como las nomeolvides... ¡Es precioso!

Los niños estaban sentados en el carromato de Jimmy, mientras la señora Brown cosía. Cuando el circo iba de un lado a otro en invierno hacía ya demasiado frío para estar sentados en la escalerilla. El viento frío les azotaba las piernas y las manos y les hacía temblar. La señora Brown no quería que cogieran un resfriado, así es que charlaban y jugaban en el interior del carromato.

Resultaba divertido asomarse por la gran ventana del lado y mirar las ciudades que atravesaban. A Jimmy le daba pena pensar en la gente que vivía en las casas. Era mucho más divertido una casita con ruedas... se podía ir por todas partes, ver lugares nuevos y conocer gente distinta, para marcharse cuando llegaba el momento llevados por las ruedas. ¡Era estupendo!

El circo llegó a su destino después de una semana entera de viaje. Era el mes de febrero y los días empezaban a alargarse. Los pájaros cantaban locamente en la madrugada y Jimmy los escuchaba desde la cama. Intentaba silbar en el mismo tono y a veces los imitaba tan bien que los mirlos le contestaban y los estorninos se instalaban sobre la chimenea del carromato y farfullaban o siseaban pensando que debajo de ellos había otro estornino.

El chiquillo se sentía muy feliz, y Lotta también... hasta que sucedió una cosa terrible.

Jimmy había notado que Lal y Laddo, el padre y la madre de Lotta, parecían serios y preocupados aquellos días, pero ni él ni Lotta sabían por qué motivo. Algunas veces le habían dicho a Lotta que saliera del carromato porque tenían que hablar; esto resultaba misterioso.

Jimmy se preguntaba qué significaría todo aquello... y un día lo supo. Una mañana echó de menos a Lotta y no pudo hallarla por ninguna parte. La buscó por los alrededores del circo, preguntó a Oona, a Liliput y al señor Tonks si habían visto a la niña, pero nadie le pudo dar razón de ella. Parecía que se la hubiera tragado la tierra.

«¿Dónde se puede haber metido?», se preguntaba Jimmy, muy preocupado. Y luego la encontró por fin.

Estaba debajo de su propio carromato, acurrucada y hecha un ovillo dentro de una gran caja vieja, y lloraba amargamente, mientras la perrita «Lulú» le lamía la cara.

Jimmy gateó por debajo del carromato, muy alarmado. Lotta no lloraba nunca. ¿Qué sucedería?

—Lotta, dime qué te pasa —dijo Jimmy—. ¡Sal de aquí debajo y explícamelo!

Pero Lotta no quería salir de allí ni dejaba de llorar. Su rostro estaba sucio por las lágrimas y tenía los ojos enrojecidos. Jimmy se sentó a su lado y le puso el brazo alrededor de los hombros. La niña se abrazó a él derramando calientes lágrimas sobre su chaqueta.

—Lotta, has de decirme qué te sucede —dijo Jimmy—. ¿Estás enferma? ¿Te han castigado por algo?

Lotta no contestó de momento... pero sus sollozos fueron cesando gradualmente y luego empezó a hablar.

—¡Oh, Jimmy! Lal y Laddo se van del circo... y no me llevan a mí. Yo tengo que ir a casa del tío Benjy y vivir con él hasta que ellos vuelvan.

Jimmy se sobresaltó. Era ya bastante triste que Lal y Laddo se marcharan, pero que también se fuera Lotta..., eso era espantoso.

—Estaré muy sola y seré muy desgraciada —dijo Lotta, volviendo a mojar con sus lágrimas la chaqueta de Jimmy—. Quiero mucho al tío B... B... B... Benjy..., pero no podré soportar el vivir en una casa... Quiero estar en el circo... y contigo.

—¿Y por qué no te llevan con ellos Lal y Laddo? —preguntó Jimmy, sorprendido, porque Lal y Laddo querían mucho a su lista hijita.

—Porque se van a Hungría por seis meses para trabajar en un circo que el hermano de Lal tiene en Budapest —dijo Lotta—. Lal dice que les pagará muy bien y por eso quieren ir. Además, también quieren comprar unos caballos allí. Pero no tienen permiso para llevarme a «mí».

La niña empezó a llorar otra vez y Jimmy la abrazó fuertemente. ¡Pobrecita Lotta! Formaba parte del circo; no había vivido nunca en una casa. Sería muy desgraciada con el tío Benjy... debería ir a un colegio y no entendería nada. Echaría mucho de menos a sus caballos, y a Lal y Laddo... y a Jimmy.

—¿Cuándo se van? —preguntó Jimmy.

—En cuanto nos vayamos de aquí —dijo Lotta, frotándose con la sucia manita su mojado rostro—. Ya se lo han dicho al señor Galliano. Está buscando a otra gente para cuando el circo vaya a Easter. Traerán sus propios caballos, porque Lal y Laddo se llevan los suyos.

Jimmy quedó muy preocupado. Esto significaba que Lotta se marcharía muy pronto... dentro de pocas semanas. ¿Qué haría sin ella? El niño no sabía qué decir para consolar a Lotta. Mientras estaba acurrucado a su lado debajo del carromato oyó gritar al señor Galliano.

—¡Jimmy! ¡Jimmy! ¿Dónde estás?

—Aquí, señor Galliano —contestó Jimmy, arrastrándose para salir de debajo del carromato.

Corrió hacia el señor Galliano y vio con gran sorpresa que el dueño del circo llevaba puesto el sombrero completamente horizontal sobre la cabeza. ¿Qué ocurriría para que se lo pusiera de aquel modo?

—Jimmy, tu madre te necesita —dijo el señor Galliano—. Ha tropezado con algo y se ha hecho daño en una pierna. Tu padre ha ido a buscar al médico.

Jimmy palideció. Quería a su madre más que a nadie en el mundo, y se precipitó hacia el carromato olvidándose de la pobre Lotta.

La señora Brown estaba acostada en la cama y parecía muy enferma. Al ver entrar a Jimmy le sonrió.

—No te apures, hijito —dijo—. Sólo me he dislocado el tobillo. Pronto estaré mejor.

«¡Qué mañana tan espantosa! —pensó Jimmy, poniendo a calentar un poco de leche para su madre—. Primero lo de la pobre Lotta... y ahora lo de mamá».

El doctor no tardó en llegar y examinó la pierna de la señora Brown. El golpe había sido muy fuerte y el tobillo estaba muy hinchado.

—No es muy grave —dijo alegremente el doctor—, pero tendrá que quedarse en cama dos o tres semanas y tener la pierna completamente inmóvil.

—Oh, eso es imposible —dijo la señora Brown, alarmada—. ¿Quién cuidaría de mi marido y de mi hijo? ¿Quién haría la comida y arreglaría el carromato?... No, eso no puede ser.

—Es preciso que lo haga —dijo el doctor con aspecto serio—. Si no se queda en cama, no se curará nunca.

—Ya vigilaré que mamá no se mueva, doctor —dijo Jimmy—. Yo haré todo su trabajo.

—No, Jimmy, eso es imposible —dijo la señora Brown—. Tu padre y tú estáis ocupados todo el día... no tienes tiempo para hacer mi trabajo. Mañana me levantaré.

El doctor no dijo nada más. Bajó la escalerilla y Jimmy y su padre le dieron las gracias por haber venido y le pagaron la visita. Lotta estaba un poquito más lejos, con su carita todavía sucia por las lágrimas.

—Jimmy —dijo, corriendo hacia él—. ¿Qué le ha pasado a tu madre? ¿Está muy enferma?

—No —dijo Jimmy—. Sólo es el tobillo. El doctor le ha dicho que se quede quieta dos o tres semanas... y está preocupada porque no podrá hacernos la comida ni arreglar el carromato. Hoy ha sido un día terrible, Lotta.

Al ver la cara triste de Jimmy, Lotta se olvidó de su propio disgusto.

—Jimmy, acuérdate de lo que me explicaste que decía tu madre cuando pasaba algo malo —dijo—. Acéptalo y se convertirá en escalones que te llevarán hacia algo bueno. No te preocupes... vendré a ayudarte cada día.

—No veo que pueda salir nada bueno de una cosa como ésta —dijo tristemente Jimmy—. Ni tampoco de lo que te está pasando a ti, Lotta.

—No digas eso, Jimmy —dijo Lotta, haciendo un esfuerzo para mostrarse animosa—. Te prometo no preocuparme por lo que me pasa si tú me prometes no apurarte demasiado por lo de tu madre. Yo te ayudaré todo lo que pueda.

—Eres una buena amiga, Lotta —dijo Jimmy—. Muy bien... los dos seremos valientes. Pero no veo que pueda salir nada bueno de lo que nos pasa. ¿Cómo puede ser que esto se convierta en escalones para llevarnos a algo mejor? ¡Todo esto es horrible!

Lotta subió corriendo los escalones del carromato para decirle a la señora Brown que iría a ayudarla cada día, la señora Brown se puso muy contenta. Quería mucho a la niña... y Lotta sabía perfectamente cómo le gustaban las cosas a la señora Brown. Sabía que le gustaba que la cocinita estuviera siempre limpia. Sabía que le gustaba que se limpiara el suelo cada día. Sabía de qué modo cocinaba. Lotta sabía ahora muchas cosas que antes ignoraba.

Jimmy salió para cuidar de los perros y dejó a Lotta para que ayudara a la señora Brown. «Lucky» siguió al chiquillo, bailando alegremente, intentando hacer sonreír a

su dueño. Pero Jimmy no tenía ganas de sonreír aquel día. No podía olvidar que pronto perdería a su mejor amiga... la querida y traviesa Lotta.

Lotta empezó a olvidar su propio disgusto ayudando a la señora Brown, le arregló la cama y le cuidó el tobillo. Salió a buscar algo para la comida, lo puso a cocer y estuvo charlando con ella. Dispuso lindamente lo necesario sobre la mesita plegable y la señora Brown pensó que era una niña muy dispuesta.

Los dos chicos se mostraron muy valientes aquel día, y no le dijeron nada a la señora Brown de que Lal y Laddo se marchaban. Se guardaron su pena para ellos y durante la comida estuvieron riendo y hablando con la señora Brown para que estuviera animada y distraída, la madre de Jimmy estuvo muy contenta.

—¡No sé qué hubiera hecho sin ti, Lotta! —le dijo a la niña.

## JIMMY Y LOTTA RECIBEN SU RECOMPENSA

Los días fueron transcurriendo. El tobillo de la señora Brown mejoraba muy lentamente y la buena señora se veía obligada a permanecer en cama, dentro del carromato, sin poder dar ni un paso; pero esto ya no le importaba, porque Lotta pasaba con ella todos los momentos que podía, arreglando el carromato, lavando todo lo que la señora Brown deseaba que estuviera limpia, guisando la comida y charlando con su alegre vocecita.

Jimmy estaba orgulloso de Lotta, porque sabía lo triste que estaba mientras pasaban los días y se acercaba el momento en que se vería obligada a marcharse del circo para ir a vivir tan lejos, con el tío Benjy. El chico hubiera deseado que Lotta supiera escribir mejor para que fuera capaz de escribirle una verdadera carta. Seis meses le parecían como años y años... y tal vez Lal y Laddo tardarían todavía más en volver.

Un día se presentaron tres personas que deseaban hablar con el señor Galliano. Eran los que debían ocupar el lugar de Lal y Laddo, dos mujeres y un hombre. Todos ellos eran fuertes, de rostro amable y amistosa sonrisa. A Jimmy le fueron simpáticos en seguida. Sus caballos venían en un carromato semejante a una gran caja y eran unos animales magníficos, lustrosos, bien cuidados y dóciles; Jimmy fue a verlos en seguida.

Los recién llegados —sus nombres eran Juanita, Pepita y Lou— se acercaron a los caballos cuando acabaron de hablar con el señor Galliano. Al ver a Jimmy le sonrieron y Juanita señaló a «Lucky», que danzaba en torno a ella.

—¿Ésta es «Lucky», la famosa perrita? —preguntó con voz suave y opaca—. Y tú eres Jimmy, ¿verdad? Hemos oído hablar de ti.

Jimmy se puso rojo de satisfacción al comprobar que empezaba a ser famoso, y no supo qué contestar. Stanley, el payaso, que rondaba por allí, dijo riendo:

—Algún día nuestro Jimmy tendrá un circo suyo propio, ¿verdad, Jimmy? Será el famoso señor «Jimmiano» y llevará un sombrero bombín el doble de grande que el del señor Galliano.

Jimmy se echó a reír y acarició al caballo que tenía más cerca.

—Estos caballos son estupendos —dijo—. Si quieren que les ayude a cuidarlos, díganmelo. Cada día ayudo a Lal y a Laddo con los caballos, y Lotta también.

—Entonces nos ayudarás con los nuestros —dijo Lou, sonriendo al chiquillo—. Y Lotta también, aunque no sé quién es Lotta.

—Es una amazona maravillosa —dijo tímidamente Jimmy—. Ya verá las cosas que hace sobre el lomo del caballo.

Jimmy estuvo muy contento de que los recién llegados al circo fueran amables y simpáticos..., pero hubiera preferido que no se marcharan Lal y Laddo. Pero se marchaban... Sus caballos y sus perros estaban ya en sus carromatos de viaje. No tardarían mucho en irse, y entonces dejarían a Lotta en el tren para que fuera a casa del tío Benjy.

La señora Brown había oído decir que Lal y Laddo se marchaban, pero creía que se llevaban a la niña con ellos, lo sentía al pensar que Jimmy perdería a su compañera de juegos, pero como el chiquillo no le había dicho nada creyó que tal vez no le importaba gran cosa.

—Te echaré mucho de menos, Lotta —le dijo a la niña—. Has sido muy buena conmigo estas semanas. Me gustaría que no te marcharas con tus padres.

—No me voy con ellos —dijo Lotta, con los ojos llenos de lágrimas—. No pueden llevarme. He de ir a vivir con mi tío Benjy... en una cas... y esto me horroriza.

La señora Brown la miró con asombro.

—No llores, queridita —dijo—. Ven aquí y explícamelo todo. Ni tú ni Jimmy me habíais dicho nada de esto.

—Ya lo sé —sollozó Lotta—. No queríamos que usted se preocupara por nosotros mientras le doliera el pie, y pensábamos que si nos portábamos bien y éramos valientes tal vez saldría algo bueno de estas cosas tan horribles... Pero no ha salido nada bueno, y el sábado me marchó.

La señora Brown acarició a la desconsolada niña y se puso a pensar. «Han sido unos excelentes chiquillos. Lotta ha sido tan cariñosa y servicial conmigo, y Jimmy no me ha dicho ni una palabra de lo que sucedía».

Luego se le ocurrió una idea. En el carromato había cuatro camas plegables... ¿Tal vez podría quedarse Lotta con ellos mientras sus padres estuvieran fuera? Lotta era una niña cariñosa y abnegada y la señora Brown la quería mucho. No podía soportar la idea de que se marchara sola con el tío Benjy, viviendo en una casa por primera vez en su vida... y viéndose obligada a ir a una escuela en donde se burlarían de ella porque no sabría bien las lecciones. La señora Brown abrazó a Lotta.

—Diles a tus padres si pueden encontrar un minuto para venir a hablar conmigo —dijo.

La niña se enjugó los ojos y se alejó corriendo. Al poco rato. Lal y Laddo subían la escalerita del carromato.

—Corre a buscar a Jimmy y quédate unos minutos con él —dijo la señora Brown a Lotta.

La niña se marchó y la señora Brown sonrió a Lal y a Laddo.

—Hasta ahora no he sabido que ustedes no se llevaban a Lotta —dijo—. Yo quiero mucho a esta niña y ella nos aprecia a todos nosotros. No la manden a casa de

su tío Benjy; dejen que yo me cuide de ella hasta que regresen ustedes. Será feliz en nuestro carromato, con Jimmy, con Brownie y conmigo.

El rostro de Lal se iluminó.

—¿De verdad, señora Brown, se quedaría usted a Lotta? No nos gustaba nada sacarla de aquí, pero era imposible que se quedara sola en el circo. Con ustedes será muy feliz, y sé que usted la cuidará muy bien.

—Será una hija para usted —dijo Laddo—. Se portará mejor con usted que con nosotros. Estamos muy contentos de que se quede con ella.

—Muy bien, ya está todo arreglado —dijo la señora Brown, complacida—. Tal vez ahora podrían buscar a Jimmy y Lotta y mandármelos a mí para que se lo diga. Los dos merecen un poco de alegría.

Los niños subieron la escalerita pensando para qué los llamarían. La señora Brown los recibió sonriendo.

—Quería decirles que de vuestros disgustos ha salido algo bueno —dijo—. Lotta se quedará con nosotros, Jimmy; no se marchará a casa de su tío. Vivirá en nuestro carromato y ocupará la cama que tenemos vacía.

Los dos chiquillos abrieron desmesuradamente los ojos, como si no pudieran creer lo que estaban oyendo. Luego se pusieron como locos de alegría. Abrazaron a la señora Brown, se abrazaron el uno al otro, dieron vueltas bailando por el carromato, haciendo caer dos sartenes, un taburete y un candelero. Saltaron por encima de la cama y volvieron a bajar. La señora Brown no podía menos de reírse al verlos.

Lotta rompió a llorar de repente, pero sin dejar de reír a la vez.

—No llo... llo... lloro de verdad —sollozó—. Sólo es porque estoy con... con... contenta.

—Es una manera un poco rara de demostrarlo —dijo la señora Brown—. Los dos merecáis una buena sorpresa... Habéis sido unos buenos chicos, y no os he oído quejaros a ninguno de los dos.

—La señora Galliano dice que los que se quejan se llevan toda la mala suerte que ronda por el mundo —dijo Jimmy riendo—, así es que no me quejaré nunca, mamá. Escucha, Lotta... seguramente podrás montar los caballos que han traído Juanita, Pepita y Lou... y puede que si eres amable y obediente te dejen salir a la pista con ellos.

—¡Oh, Jimmy, déjame salir a la pista contigo y con «Lucky»! —pidió Lotta, volviendo a saltar sobre la cama—. Haríamos una función estupenda.

—En estos seis meses nos divertiremos mucho —dijo Jimmy bailando ruidosamente sobre el suelo del carromato—. Yo estaba en el fondo de un pozo... y ahora estoy en el cielo.

—Bueno, pues no lo parece —dijo la señora Brown, mientras el chiquillo seguía haciendo un ruido tremendo en su baile por el carromato—. Estoy segura de que en las nubes no harías tanto ruido. Párate ya, Jimmy, y vete con Lotta a comprar algo bueno para comer.

Los niños saltaron fuera del carromato, tan felices como los mirlos en primavera, y Jimmy corrió en busca de su cajita secreta, en la que guardaba su dinero. Sacó de ella una cantidad que hizo abrir desmesuradamente los ojos a Lotta.

—No sabía que eras tan rico —dijo—. ¿Para qué quieres este dinero, Jimmy?

—Espera y lo verás —dijo Jimmy haciéndole una mueca. La niña le hizo otra y ambos se pusieron a reír. Eran demasiado felices para poder hacer otra cosa.

Luego fueron a la ciudad a comprar algo bueno para comer y Jimmy quiso ir a una tienda de telas... y ¿sabéis qué compró? Pidió mantas, sábanas, un colchón y un edredón.

—Son para tu cama plegable —dijo—. Es mi regalo para ti, Lotta. Estarás muy caliente y muy cómoda por la noche en nuestro carromato.

Lotta estaba entusiasmada. Nunca había tenido ropa tan bonita para la cama; en realidad nunca había dormido entre sábanas. Mucha de la gente del circo tenía alfombras y mantas, pero casi ninguno usaba sábanas. Lotta se sintió muy importante.

La señora Brown se echó a reír cuando vio llegar a los niños tan cargados. «Lucky» llevaba el cestito de la comida en la boca... Verdaderamente ayudaba mucho cuando iban de compras. Se apiñaron en el cómodo carromato y lo desempaquetaron todo para que lo viera la señora Brown.

El señor Brown entró entonces y se enteró de la gran noticia. Estuvo encantado, porque también quería mucho a Lotta y le estaba muy agradecido por lo bien que se había portado mientras la señora Brown estaba en cama.

—Ahora seremos una familia de cuatro —dijo sentándose ante la mesa para comer.

—¡No, papá, seremos cinco! —dijo Jimmy, al ver que «Lucky» le saltaba sobre las rodillas—. ¡No te olvides de «Lucky»! A ella le debemos una buena parte de nuestra suerte, ¿verdad, perrinche?

—¡Guau! —dijo «Lucky», apoderándose hábilmente de media salchicha del plato de Jimmy.

Fue una comida muy feliz. Lotta miraba a su alrededor en el amplio y alegre carromato que debía ser su hogar durante varios meses. Se sentía muy feliz al pensar que no tendría que abandonar el circo, y sobre todo que no tendría que dejar a Jimmy. Todos hablaban con animación.

—¡Yo ayudaré a Jimmy en la pista con «Lucky»! —dijo Lotta.

—Y Lotta preguntará también si puede salir a la pista con los nuevos caballistas —dijo Jimmy—. Son una gente muy simpática... Estoy seguro de que dejarán salir a Lotta con sus caballos.

—Y yo estoy mucho mejor del tobillo, así es que ya podré levantarme y cuidarme de mi numerosa familia —dijo la señora Brown.

—Y yo pondré un poco de orden y vigilaré que no os volváis demasiado famosos —dijo el señor Brown, riendo.

—¡Guau, guau, guau! —dijo «Lucky», uniéndose a los demás.

Lal y Laddo se marcharon con sus caballos y sus perros, satisfechos de haber podido dejar a su pequeña Lotta con una gente tan buena. El circo se desmontó otra vez porque debía dirigirse a Easter, en donde debían dar unas representaciones estupendas. En el campo había mucha prisa y mucho bullicio, y el señor Galliano hacía restallar su látigo y daba órdenes de la mañana a la noche. A Lotta y a Jimmy les encantaba esto. Era excitante.

Y vemos el circo en marcha una vez más. Delante va la hermosa hilera de caballos negros, con uno de los mozos vestido de rojo cabalgando en el caballo delantero y haciendo sonar el cuerno. Magnífico espectáculo.

Luego sigue un carruaje que parece de oro, y en él va un hombre de buena presencia y algo grueso al lado de una mujer sonriente de negros cabellos. Son, naturalmente, el famoso señor Galliano y su esposa. ¡Mirad cómo se quita el sombrero y saluda a todo el mundo, y a los chicos que le miran embobados, como si fuera un rey! ¡Mirad su fino bigote, con las agudas puntas erizadas, y su reluciente sombrero bombín!

Ahora vienen los caballos blancos, y con ellos van Juanita, Pepita y Lou, porque son los caballos que trajeron ellos. Pepita cabalga orgullosamente en el delantero y está tan hermosa como una pintura con su vestido de reluciente color azul, luego viene el payaso Stanley, vestido de rojo y negro, con su alto sombrero puntiagudo, dando volteretas y saltos mortales con gran regocijo de los chicos que están mirando.

Y luego el largo cordón de carromatos... uno rojo... otro azul... otro verde... y finalmente uno amarillo con lindas cortinas agitadas por el viento. En los escalones hay un par de chiquillos que acarician a un perrito negro... Jimmy y Lotta, porque aquel carromato es el suyo. Todos los chicos miran con envidia al niño y a la niña del circo, porque también les gustaría pertenecer a él.

Ahora viene el elefante, el buenazo de «Jumbo», paciente y bondadoso como siempre, arrastrando tras él tres pesadas jaulas. El señor Tonks camina a su lado, y de cuando en cuando el elefante le pasa la trompa alrededor del cuello como si le abrazara. Esto hace reír mucho a la gente.

Siguen luego dos jaulas con barrotes... En una de ellas está «Sammy», comiendo un plátano y tirando la piel encima del primero que ve. El señor Wally va sentado a su lado. En la otra jaula hay tres monos vestidos de rojo, sentados sobre una barra horizontal, y en uno de los escalones de la escalerilla va sentado un hombrecito — Liliput, naturalmente— con su querida mona «Jemima» abrazada a su cuello como de costumbre. Ahora ya conocemos bien a toda la gente del circo.

Pero, ¿quién es este animalillo que camina sobre sus patas traseras y lleva una bandera, tan orgulloso como un general? Es «Lucky», la perrita «Lucky», que sabe perfectamente que le darán muchos bizcochos si se presenta de este modo. Sí... demasiados bizcochos.

Jimmy le silba y «Lucky» cae sobre sus cuatro patas y corre hacia él, con la bandera en la boca. ¡Preciosa «Lucky»!, ¿verdad que quieres a tu joven amo más que

a nadie en el mundo?

—¡Adiós, adiós! —chillan los chicos que están mirando el paso del circo—.  
¡Volved pronto! ¡Adiós, circo Galliano!

Y nosotros también debemos decirle adiós; pero si oís decir que el circo Galliano viene a «vuestra» ciudad, id a ver qué hacen Jimmy y Lotta.

¡Buena suerte, señor Galliano!

FIN

# Notas

[1] «Lucky», en inglés, significa «afortunado». <<

[2] «Licky», en inglés, significa «lamer». <<

## Índice de contenido

Cubierta

El circo Galliano

1. El circo llega a la ciudad
2. Jimmy se hace amigo de la gente del circo
3. Jimmy aprende las cosas del circo
4. ¡Jimmy ve el circo!
5. Un disgusto para el señor Galliano
6. Una noche emocionante
7. Jimmy persigue a «Jumbo»
8. Jimmy se queda en el circo
9. El circo en la carretera
10. La primera noche en el campamento
11. Lotta enseña a montar a Jimmy
12. El circo tiene éxito
13. ¡Pobrecito «Punch»!
14. La extraña medicina
15. El maravilloso chimpancé del señor Wally
16. Jimmy tiene su propio perro
17. «Lucky» va a la escuela
18. El señor Wally sufre un accidente
19. Lo que le sucedió a «Sammy», el chimpancé
20. Jimmy sale a la pista
21. La estupenda «Lucky»
22. «Lucky» y Jimmy tienen una oportunidad
23. El carromato maravilloso... y la sorpresa de «Jumbo»
24. Los hermanos Marvel
25. Lotta es desgraciada
26. Jimmy y Lotta reciben su recompensa

Notas



# EL CIRCO GALLIANO

Enid  
Blyton



Lectulandia

